

IGUALITICOS

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE
LA DESIGUALDAD EN COSTA RICA

IGUALITICOS

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE
LA DESIGUALDAD EN COSTA RICA

CARLOS SOJO

339.46

S683-i

Sojo, Carlos

Igualitarios: la construcción social de
la desigualdad en Costa Rica / Carlos Sojo.

- 1ª. ed. - San José, C.R. : Master Litho: PNUD, 2010.
180 p.; 24 x 16 cm.

ISBN 978-9968-539-03-6

1. Costa Rica - Condiciones socioeconómicas.
2. Problemas sociales. 3. Costa Rica - Desigualdad
social. 4. Desarrollo humano. I. Título.



ESTA PUBLICACIÓN ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO DE FLACSO-COSTA RICA
Y DEL PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO - PNUD

Diseño de portada: Jorge Vargas González
Fotografía de portada: Carlos Sojo, *San Rafael de Escazú y Bajo de Los Anonos*
Producción editorial: Jorge Vargas González
Primera edición: Enero de 2010

A Gloriana

*Que ha sabido ver
más allá de su pecera*

CONTENIDO

Prólogo.....	9
Introducción	13
PRIMERA PARTE	
RECORRIDOS DE LA DESIGUALDAD	19
I La igualdad imaginada.....	21
Etnofobia e identidad.....	22
De <i>dones</i> y <i>descalzos</i>	30
Ciudadanos todos... <i>ma non troppo</i>	38
II La desigualdad construida.....	45
Reivindicar la diferencia: adecuar la realidad.....	46
III La Segunda República y la sociedad de semejantes.....	63
Los años dorados de la clase media.....	63
IV La era de la ostentación.....	81
Ostentar riqueza, demostrar pobreza.....	85
Desigualdades múltiples.....	88
Desigualdades de ingresos.....	88
Desigualdades territoriales.....	92
Desigualdades idiosincráticas.....	101

SEGUNDA PARTE	
REPRESENTACIONES E IMAGINARIOS.....	107
V Representaciones de la diferencia: una mirada exterior.....	109
VI Representaciones e imaginarios: una aproximación cualitativa....	115
Desigualdad.....	116
Estructura Social.....	127
Desigualdades dinámicas.....	134
Desigualdades categoriales.....	144
Ciudadanía desigual.....	146
La representación de la estructura social.	
Los ricos, los pobres y la clase media.....	151
Las jerarquías y las desigualdades legítimas.....	154
Conclusiones.....	165
Referencias.....	171

PRÓLOGO

Ni antes ni ahora

Igualíticos nunca hemos sido, como lo demuestra fehacientemente este nuevo libro de Carlos Sojo. Hay un mito sobre el pasado costarricense que llega hasta nuestros días: la existencia de una sociedad de pequeños productores campesinos, todos iguales; labriegos sencillos, como dice el Himno Nacional, sin grandes diferencias económicas y sociales entre ellos, que se fue reproduciendo con el paso del tiempo. Pero esa visión idílica no resiste el examen serio de los hechos, como lo han mostrado estudios históricos rigurosos.

La sociedad colonial fue desigual económica y socialmente. Como lo ha sido señalado repetidamente, en dicha sociedad a las personas se les categorizaba de acuerdo con su origen:* españoles, indios, negros, mestizos, mulatos, zambos, pardos, tercerón, cuarterón, quinterón y sexterón, eran algunas de las categorías aplicadas. En otras palabras, que a pesar de su reducido tamaño, la sociedad colonial no era precisamente una sociedad de iguales: las relaciones sociales estaban normadas por el color de la piel de las personas y por su ascendencia familiar. En la cúspide estaban los españoles, por supuesto, y en la base los indios, negros, mulatos, zambos y pardos. La estratificación social servía para sostener un sistema económico basado en la explotación de indios y negros, estos últimos, sobre todo, en calidad de esclavos. El intento fracasado de establecer una economía de plantación en el litoral Caribe, basada en el cultivo del cacao con mano de obra esclava, indica la existencia de un número importante de esclavos en manos de peninsulares y criollos. Dicho sea de paso, la ruina de esas plantaciones y de otras aventuras productivas, evitó la acentuación de las diferencias económicas y sociales.

Gran parte de la desigualdad social y económica de la colonia fue trasladada a la sociedad postcolonial, a pesar de fenómeno del mestizaje. Si bien es cierto que los relatos de viajeros del Siglo XIX nos indican que la distancia social era menor que en otras sociedades centroamericanas, y que en los espacios públicos se observaba una interacción pacífica entre "dones" y "peones", eso no significa la inexistencia de desigualdades. Con la introducción de la agricultura del café nuevas desigualdades aparecieron; otras desaparecieron, y así sucesivamente a lo largo de nuestra historia, aunque con particularidades que nos localizaron en un lugar muy diferente al resto de Centroamérica.

* Ver Meléndez Obando, Mauricio, en Columna Raíces, http://www.nacion.com/ln_e/ESPECIALES/raices/antiores.html

Sin embargo, hay un momento en que se construye ese mito de la igualdad originaria, que llega con fuerza hasta nosotros. Sojo, al igual que otros investigadores, sitúa ese momento en el período denominado II República, desde finales de los años cuarenta, hasta inicios de la crisis de los ochentas. La construcción está basada en el lanzamiento de las instituciones de bienestar social –salud y educación públicas extendidas, así como empleo en la nueva institucionalidad estatal–, que provocaron un importante proceso de ascenso social. Es el momento de expansión de la clase media, que hasta entonces había sido bastante pequeña.

La desigualdad presente en la sociedad costarricense hoy en día es incomparable a las de otros períodos históricos. Las distancias en ingresos entre clases y sectores sociales han aumentado considerablemente, derivando, por un lado, en patrones de consumo que contrastan violentamente los unos con los otros, y, por el otro, en una limitación de la movilidad social, sobre todo entre estratos medios y altos, como lo han mostrado investigaciones recientes. Las mansiones en barrios privados, los enormes y ostentosos autos, las tiendas exclusivas y los restaurantes de lujo, son apenas una muestra de las desigualdades presentes, que seguramente se han ido traduciendo en subculturas y mentalidades híbridas, que apenas comienzan a aflorar. También han emergido otras desigualdades que habían sido cuidadosamente ocultadas, como las de género, las étnicas y las de opción social.

Sojo se hace varias preguntas en relación al presente: ¿persiste en las representaciones individuales la afirmación de una naturaleza igualitaria en la sociedad costarricense? ¿Perciben cambios las personas en sus relaciones con otras y en su comprensión de las estructuras y jerarquías sociales? ¿Preocupa la desigualdad y se considera creciente como creen los investigadores? ¿Cambia en definitiva la definición de la sociedad, la valoración que se tiene del problema de la desigualdad? Estas preguntas trata de responderlas a través de un conjunto de entrevistas realizadas a personas localizadas diferencialmente en diversos planos de la realidad: social, económico, laboral, educativo, espacial, sexual, etc. Estas entrevistas y su análisis seguramente son las mayores contribuciones que hace el libro.

Es muy interesante seguir las respuestas del conjunto de personas entrevistadas, tanto en lo relativo a la percepción que tienen de las desigualdades presentes en la sociedad actual –que no se reducen solamente al plano de lo económico– sino también a las causas que señalan como origen de esas desigualdades. Dentro de ese conjunto se encuentran personas que revelan una gran claridad en cuanto al panorama de las desigualdades y a su origen estructural; pero también se observa como el peso del pasado y de las visiones predominantes sobre el orden social, incluidas las religiosas, están presentes en muchas de las explicaciones.

Las ideas que las personas se hacen sobre el lugar que ocupan en la estructura social están presentes, por supuesto, en el trasfondo de las explicaciones. En ese sentido llama mucho la atención la pervivencia de una imagen de sociedad integrada fundamentalmente por la clase media, que opera como una especie de toldo encubridor de las diferencias objetivas que se han desarrollado en los últimos veinte años. Los sistemas sociales se modifican a lo largo del tiempo y con

ellos la base económica de las desigualdades, pero a veces sus representaciones sociales no lo hacen tan rápidamente y permanecen como anacronismos, aunque con consecuencias sociales y políticas reales.

A pesar de que la evidencia empírica indica que en el último período señalado por Sojo –la época de la liberalización económica–, ha ocurrido un proceso diferenciador acelerado, la herencia "ideológica" de la II República todavía permanece, con derivaciones políticas significativas. El "atraso" político que presentan algunos grupos sociales que siguen adheridos a fórmulas partidarias que objetivamente no representan sus intereses, podría tener origen en la permanencia del pasado en el plano de las representaciones sociales. Porque igualíticos no hemos sido ni antes ni ahora.

Pero esa es una hipótesis derivada de la lectura del libro de Carlos Sojo, que seguramente dará origen a muchas otras y a interesantes discusiones sobre el reflejo en las mentalidades sociales de las transformaciones estructurales de la sociedad, así como sobre el impacto de dichas mentalidades en la cultura política costarricense. En fin, un libro que merece ser leído con atención, y que sin duda pasará a ocupar un lugar preponderante en la sociología costarricense de las desigualdades.

Manuel Rojas-Bolaños

INTRODUCCIÓN

En la historia latinoamericana, Costa Rica es una experiencia excepcional sustentada en un rasgo social dominante que ha sido poco frecuente en la región: la desigualdad en el país es menor que en la mayoría de los países latinoamericanos desde muy temprano en la conformación histórica de la sociedad. Con base en un solo indicador de desigualdad, el coeficiente de Gini de los ingresos familiares, alrededor de 2007 la desigualdad en Costa Rica fue la más baja de la región latinoamericana junto con Uruguay y Venezuela.

Esto está cambiando. En las últimas décadas el país ha experimentado un proceso sostenido e intenso de transformación social. Son múltiples las dimensiones de tales cambios, algunas relacionadas con la evolución del empleo, que indican una expansión del trabajo precario en demérito del empleo formal asalariado; otras con cambios en la estructura socio-ocupacional que limitan, por ejemplo, el desarrollo del empleo público y la pequeña producción agropecuaria como ámbitos de movilidad social y desenvolvimiento de las capas medias. Los cambios también se asocian a las posibilidades de ascenso social derivadas del acceso y el logro educativo y de la utilidad del conocimiento como instrumento para el progreso material de las personas. El reconocimiento de la diversidad étnica de la nación y el cambio en la composición de los habitantes a causa de flujos permanentes de inmigración internacional; la segregación espacial urbana y el cambio en la geografía política nacional son dimensiones relevantes de estas transformaciones en curso.

Lo más reconocido es lo que la ponderación estadística permite calificar. Por ello la discusión sobre cambio social en el país suele derivar, tarde o temprano, a la valoración de dos indicadores: el nivel de pobreza y la evolución de la distribución del ingreso. Las variaciones en el nivel de pobreza de ingresos señalan “grosso modo” el arribo a una suerte de núcleo duro de la privación en Costa Rica. Podría decirse que en este país, a la

vista del hecho de que la proporción de hogares bajo la línea de pobreza se ha mantenido en alrededor de 20 por ciento en el último cuarto de siglo, toda la pobreza es crónica.

Las variaciones en la distribución del ingreso señalan, a diferencia de la pobreza donde no hay mejoría, un claro empeoramiento de la situación. De acuerdo con los últimos datos estadísticos proporcionados por el INEC, la distancia entre el ingreso de las familias del 20 por ciento más pobre se ha acentuado en relación con el ingreso del 20 por ciento más rico. Así la proporción del ingreso capturada por el quinto quintil pasó de 43 por ciento en 1988 a 54 por ciento en 2004. Con ello el ingreso del 20 por ciento más rico de la distribución multiplica por 17 el ingreso del 20 por ciento más pobre. En esta tendencia Costa Rica es también excepcional porque contraría la evolución de América Latina: mientras en el promedio de la región la equidad de ingreso mejora, al menos durante la primera década de este siglo, en Costa Rica tiende a empeorar.

A la luz de la información periódica generada por las estadísticas de ingreso, la sociedad costarricense se ha vuelto mucho más desigual y no ha logrado avanzar significativamente en la reducción de la pobreza. Las razones están asociadas a la evolución complementaria de las políticas públicas y el desempeño de los mercados. En términos generales las políticas sociales tendieron a la focalización, perdiendo proyección universal, y los desempeños económicos, estimulados por determinadas políticas públicas produjeron mayor concentración de los beneficios, perdiendo capacidad distributiva, debido a la reducción de la carga fiscal y al deterioro de la distribución primaria a través del empleo y las remuneraciones.

Este estudio se propone abordar las dinámicas de la desigualdad social por medio del análisis de la forma en que la sociedad se la representa, acudiendo a la reconstrucción de las representaciones sociales de equidad y desigualdad mediante dos tipos de información: el análisis de fuentes secundarias para ayudarnos a interpretar la historia nacional en clave de desigualdad; y la construcción, con base en entrevistas en profundidad, de las representaciones actuales de la desigualdad, sus causas, manifestaciones y dinámicas. Se trata de una exploración principalmente cualitativa del fenómeno, que procura complementar la evidencia aportada por la investigación estadística en primer lugar. En segundo lugar busca avanzar en la profundización del conocimiento de regiones de las problemáticas sociales que no son siempre sujetos de ponderación matemática. En épocas de profunda transformación social, la buena comprensión de los fenómenos actuales demanda complementariedad y pluralidad metodológica.

La evolución progresiva de la desigualdad de ingreso, la más conocida y respecto de la cual se realiza más investigación empírica, constituye un potente argumento a favor de la complementariedad metodológica. Ello ha sido ampliamente reconocido para el estudio de los fenómenos de la pobreza. Desde las contribuciones de Amartya Sen sobre pobreza de capacidades que alimentan la formulación de índices más amplios para el análisis de las privaciones más allá de la insuficiencia de ingreso; hasta formulaciones conceptuales alrededor de la exclusión social, las estrategias de supervivencia, la vulnerabilidad y el desarrollo sostenible. En el contexto latinoamericano la exploración cualitativa de los temas de la pobreza ha sido particularmente prolífica en el estudio de experiencias de empobrecimiento de capas medias especialmente en las sociedades del Cono Sur. En Centroamérica al promediar los años ochenta se realizaron estudios cualitativos sobre procesos de empobrecimiento en tres países de la región: Nicaragua, Honduras y Costa Rica.

El análisis de la desigualdad de ingreso ha tenido importancia histórica en los estudios de economía social. Recientemente el Banco Mundial ha publicado un exhaustivo recuento sobre la desigualdad en América Latina, a la sazón la región de mayor desigualdad del planeta, donde se constatan dos cosas importantes en la perspectiva de la propuesta de investigación que aquí presentamos: la diversidad de factores que se relacionan con la desigualdad de ingresos, y la importancia de avanzar mayores investigaciones sobre dimensiones no exploradas de la desigualdad.

Ese es el contexto en el que se ubica esta propuesta. Este estudio busca elementos para el reconocimiento del estado actual de las representaciones (ideas y prácticas entrelazadas) sobre desigualdad social en Costa Rica. Dada la ausencia de precedentes analíticos directos, que permitan, por ejemplo, establecer hipótesis asociadas a modelos económicos y percepciones de desigualdad, las interrogantes que el estudio pretende contestar están más bien referidas al tipo de variables que pueden introducir modificaciones en las representaciones sociales sobre la desigualdad en Costa Rica: entre hombres y mujeres; entre adultos y no adultos; entre empleados y empleadores; entre políticos y ciudadanos “de a pie”; entre las distintas ofertas políticas; entre los habitantes de la Gran Área Metropolitana y el resto del país; entre grupos étnicos diferenciados, para citar solo algunos “clivajes” sociales inevitables en el análisis.

El estudio procura abundar en la definición del fenómeno percibido: ¿qué es la desigualdad? y en la explicación de sus causas, transformaciones y consecuencias; y en suma aportar evidencias cualitativas para la respuesta

a una pregunta fundamental en el imaginario nacional: ¿cuán iguales creemos que somos?

La cuestión de la desigualdad supone también un procesamiento político institucional; la desigualdad está normatizada (unos somos adultos con derecho a voto, otros no; unos empleadores, otros empleados) y al mismo tiempo está anclada en discursos que la justifican o la denuncian. En ese contexto el estudio profundiza en el reconocimiento de patrones de tolerancia a la desigualdad percibida y a la orientación de los cambios que se observan.

El texto está integrado por dos partes: el recorrido de la desigualdad y las representaciones e imaginarios sobre ella. En la primera formulamos una periodización a partir de las ideas de igualdad y desigualdad en el imaginario social costarricense con base en una exploración parcial de la abundante bibliografía histórica producida en el país. Se proponen cuatro períodos a cada uno de los cuales se dedica un capítulo: **la igualdad imaginada** que abarca la época que transcurre entre la fundación de la república y finales del Siglo XIX donde se construyen los mitos más asentados de la igualdad social en Costa Rica. El segundo relata una época en que es necesario “construir” la desigualdad para propiciar el progreso social a la vista del “descubrimiento” de la pobreza y la cuestión social. Este período se proyecta a lo largo del Siglo XX, pero a partir de la constitución de la Segunda República en 1949, adquiere una nueva connotación: un tercer período en el que se inaugura la época dorada de la clase media como aspiración constructivista de una sociedad de semejantes. El cuarto capítulo presenta la “era de la ostentación”, una etapa empujada por la crisis económica de comienzos de la década de los ochentas y que adquiere personalidad propia con la adopción de reformas económicas liberalizadoras que se proyectan hasta la actualidad.

En la segunda parte se presenta el resultado del estudio de las representaciones sociales actuales sobre la desigualdad y la equidad. Para ello entrevistamos 30 personas, mujeres y hombres en igual número, de todo el país, de diversas edades, ubicados en distintos momentos en el ciclo de vida, de distinta condición socioeconómica y nivel educativo, y de diverso origen étnico y nacional. En el capítulo 5 desarrollamos a modo de ensayo introductorio una reflexión en torno a la época actual, los cambios perceptibles en las estructuras sociales y sus efectos potenciales para el procesamiento de las relaciones sociales entre grupos de distinta composición. En el capítulo 6 proyectamos en la forma más fiel posible los discursos individuales que retratan las representaciones sobre desigualdad en la sociedad contemporánea. El orden de exposición incluye las

definiciones, la forma en que las personas verbalizan la desigualdad y sus manifestaciones; exploramos las representaciones de la estructura social donde los individuos definen contenidos, jerarquías y relaciones; luego analizamos las ideas sobre las transformaciones sociales y sus efectos en la tensión desigualdad-equidad. En la parte final se estudia la desigualdad en las relaciones sociales a partir del examen de vínculos categoriales que son dicotomías y jerarquías.

Toda investigación es producto de esfuerzo colectivo, directa o indirectamente involucrado. Por eso los agradecimientos son en cierto modo un reconocimiento a una multitud de coautorías. Este estudio fue concebido y posible en el contexto de la iniciativa de la empresa Florida Ice and Farm Co. para apoyar el emprendimiento científico y cultural por medio del *Premio Aportes a la Creatividad y la Excelencia, edición 2007*. Agradezco la iniciativa de la empresa y el apoyo a esta propuesta por parte de un distinguido Comité de Selección. La antropóloga Madeline Cocco apoyó ampliamente el proceso de recolección de información primaria por medio del conjunto de entrevistas que soportan el estudio cualitativo, una tarea ardua por sí misma y de amplia exigencia en apresto metodológico y requerimiento de capacidad empática. Flor Salas colaboró con la transcripción de una buena parte de las entrevistas. José Antonio Lara ayudó a corregir el borrador identificando errores, abusos del lenguaje e ideas confusas. Jorge Vargas González con entusiasmo usual aportó el diseño gráfico y diagramado final.

La Sede Costa Rica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, proporcionaron su apoyo para hacer posible la producción editorial. Al agradecer su contribución es debido recordar que las ideas que se exponen son exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen en modo alguno a dichas instituciones.

Agradezco por último a las personas entrevistadas, 15 mujeres y 15 hombres, que aportaron sus pensamientos, ideas y reflexiones, que apoyan la parte medular del estudio y son responsables directos de la utilidad instrumental que pueda tener. Sus nombres permanecen anónimos porque así lo convinimos, pero confío en que su experiencia relata patrones comunes e imágenes compartidas.

Enero 2010.

PRIMERA PARTE

RECORRIDOS DE LA DESIGUALDAD

I

LA IGUALDAD IMAGINADA

Con ojos del Siglo XXI las expresiones pasadas sobre la igualdad costarricense en todos los planos de la vida social, desde la composición étnica hasta la propiedad de la tierra, resultan sorprendentes por lo que abiertamente afirman y por lo que esconden. El enunciado explícito es profundamente racista, machista y clasista. Los próceres del pasado, muchos de ellos mestizos de pleno derecho, se esmeraron por cultivar el ideal igualitario sobre la base de la ignorancia y el ocultamiento de las diferencias que integraban a la sociedad. La percepción de uniformidad étnica era sobre todo una afirmación de expectativas de supremacía racial. A la luz de nuestra comprensión contemporánea, que reconoce el racismo como la fuente del etnocidio y que demanda la recuperación de lo reprimido, de lo ancestral, los argumentos de la primacía *blanca* resultan absurdos e intolerables.

Lo que no es explícito también ofende a lo que podría definirse en nuestro tiempo como políticamente correcto. Aquella arcadia de campesinos dignos y humildes opacaba realidades de pobreza generalizada y desigualdad profunda. Hoy no es posible ignorar la existencia de la pobreza, tampoco se la puede atribuir a cualidades inferiores de los pobres, relacionadas con la falta de atributos positivos como educación, urbanidad, buenas costumbres. Además, reconocer la pobreza es necesario para actuar sobre ella. En el pasado, en la Costa Rica imaginada de nuestros próceres la pobreza no existía porque era cualidad compartida, conchería, modo de vida, tradición, folklore. Los relatos de los pobres en las artes, que son la primera línea de evolución de las conciencias sobre la desigualdad de las oportunidades, son en Costa Rica un fenómeno del Siglo XX temprano¹.

¹ Molina (2005:43-78).

La pobreza hasta entonces era pensada como un atributo natural de los pardos o una condición social definitoria de la nación. En cualquier caso, nada de qué preocuparse.

No obstante, es necesario afirmar que el racismo y el clasismo, es decir la valoración negativa y subordinante de los otros en virtud del color de piel y de la propiedad material, no derivó en Costa Rica hacia la construcción de una sociedad autoritaria, represiva política y culturalmente, y esclavizante económicamente. Aquí tales elementos condujeron a un diseño político, a una ingeniería social instalada sobre la afirmación de una identidad excepcional que debería construirse en el camino. Y para ello se imaginó una dinámica de integración social centrada en la unidad étnica, la propiedad distribuida y la democracia política.

Etnofobia e identidad.

Lo propio de la etnofobia costarricense se manifiesta en la pretendida ausencia del mestizaje. La pureza racial es definida como rasgo de identidad afirmando que la mayoría de la población del altiplano, la “Tiquicia pura” de Masferrer (citado por Molina, 2005:20), es blanca: “*pura raza española, de Galicia*”. Blancos al menos tanto como los españoles originarios, a su vez producto de otros mestizajes por ejemplo con poblaciones de origen árabe o magrebí. Lo demás, 10 por ciento de acuerdo con el viajero salvadoreño, fueron producto de minorías provenientes del norte de Centroamérica, los resabios de un poblamiento indígena precario y la colonización afrocaribeña de la costa oriental.

La historia ha informado extensamente sobre el decurso de la construcción social de esta condición étnica definida como blanca, como un proceso más o menos contemporáneo con la formación de la república liberal, entre los setenta del Siglo XIX y los veinte del Siglo XX. Esa construcción echó mano, sin embargo, de numerosos referentes históricos que confirmaron las causas de la pretendida homogeneidad “blanca” de lo costarricense. Básicamente dos fueron exploradas y esgrimidas: la escasa población indígena originaria y la ausencia de mestizaje. La primera formulada explícitamente, la segunda menos clara aunque evidente como consecuencia de razonamiento lógico: la población es blanca (española) porque había pocos indígenas con los que no se mezclaron los españoles. En términos de formación de identidad, el discurso conduce a dos conclusiones integradas sobre las que se construye la etnicidad costarricense: ella es simultáneamente blanca y homogénea.

Iván Molina cita al escocés Robert Glasgow Dunlop quien en 1844 confirmó: *“los habitantes del Estado de Costa Rica son casi todos blancos, no habiéndose mezclado con los indios como en otras partes de la América española, y los pocos de color han venido sin duda de los Estados vecinos”* (2005:20). Quedaban así registrados en un solo golpe de efecto los pilares de la identidad costarricense: pureza racial (*blancos*), homogeneidad cultural (*casi todos*) y excepcionalidad costarricense (los pocos de color *vienen de fuera*).

Nada más lejos de la posibilidad histórica y la evidencia tangible. Para la población de lo que el Almirante llamó Costa Rica, el mestizaje era inevitable, si no en razón de la ausencia de suficientes mujeres entre las huestes conquistadoras, por lo menos debido a la condición originaria de los mismos colonizadores. El hecho es que la conquista costarricense fue tardía y por lo tanto nuestros conquistadores fueron una generación de criollos y mestizos nacidos entre 1520 y las expediciones de Juan de Cavallón en 1560. Como advierten Kramer, Novell y Lutz (1992:37)

Es interesante notar la diferencia entre los miembros del ejército de Juan de Cavallón y los de la primera década de la Conquista. En lugar de españoles peninsulares, los soldados de Cavallón eran en su mayoría españoles nacidos en Nicaragua, mestizos, indios nicaragüenses que servían como auxiliares y algunos esclavos negros.

Lo *blanco* es definido por oposición a lo *pardo* de las poblaciones mestizas. Por supuesto existen tipos de “blanco” que no son todos *el tipo* costarricense. Para Wilhelm Maar, un explorador alemán de mediados del Siglo XIX -contemporáneo del escocés- para quien el racismo forma parte integral del relato de las especies, lo blanco de los ticos es por lo menos peculiar. Refiriéndose al general José Joaquín Mora, jefe del ejército nacional y hermano del Presidente don Juan Rafael Mora, lo describió como *“un cacique indio anémico vestido de frac”* (370). A diferencia de Glasgow, Maar no dudaba del mestizaje costarricense, aunque a escala menor que en otras latitudes: *“Cierto es que entre los novohispanos, los costarricenses son los que tienen menos mezcla de sangre y los más puros, así como los menos infectados, por este motivo de vicios físicos”* (366). A su llegada a *Punta Arenas* (sic) describió así a un mayor del ejército, don Rafael Escalante, a quien calificó como *“un grande de Costa Rica”*: *“un hombre alto y flaco, con una nariz finamente encorvada, al cual se habría podido tomar por un vástago del tronco castellano, a no haber sido porque el color de sus uñas y el matiz de su piel delataban la mezcla de sangre india y etíope”* (331).

La genética ha demostrado en nuestros tiempos lo que al explorador racista le pareció evidente en 1853. La población costarricense como el resto de América Latina es producto de la mixtura de tres grandes troncos raciales: el amerindio, el caucásico y el africano. De acuerdo con Barrantes y Morera² en el caso costarricense el genotipo promedio está conformado por un cóctel con 61 por ciento de genes caucásicos, 30 por ciento amerindios y 9 por ciento africanos.

Los estudios genealógicos por su parte, críticos de la lectura líneal de castas, dinastías y heráldicas, han procurado el establecimiento de los patrones de mestizaje a partir del reconocimiento de las genealogías de las esclavas, muchas de ellas procreadoras de hijos ilegítimos de los conquistadores y su descendencia. Meléndez³ advierte que alrededor del destino de los esclavos se escribió una buena parte de la historia del mestizaje puesto que resultaba en cierto modo punto de partida: *“la población esclava durante la Colonia fue predominantemente mulata. Salvo algunos periodos de auge en el contrabando negrero ilegal, la mayoría de los esclavos era el resultado de las relaciones interraciales entre negros, españoles e indios.”*

La ampliación del mestizaje condujo a dificultar la consignación de las características étnicas de la población lo que, a juzgar por los efectos de la experiencia de autoidentificación étnico - cultural introducida en el censo de población del año 2000, continúa siendo una cuestión problemática, difícil de ponderar aún en nuestros días.⁴ Desde muy temprano era evidente que el tema del color de la piel no solo dependía de la impresión de la luz en la retina del observador. La percepción social de la raza (lo biológico) y de lo étnico (lo cultural) es entonces fundamental. La del mestizaje no solamente era una cuestión de mezcla de raza o etnicidad sino también de evolución de percepciones sociales de la condición económica y el *status*. Al respecto ilustra Meléndez (1997: 91-92):

El proceso de mestizaje de los tres grupos étnicos fundamentales produjo casos confusos. Por esta razón, encontramos hijos de un mismo matrimonio consignados indistintamente como mestizos, mulatos o españoles, lo que demuestra el proceso de mezcla en la población costarricense durante la Colonia. También se hallan

2 Citados por Mauricio Meléndez Obando en *Descendientes mulatos de Juan Vázquez de Coronado*. Trabajo presentado para la incorporación a la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas. s.f. Mimeo.

3 Ibid.

4 Tanto las comunidades afrocostarricenses como la de origen chino consideran subestimadas las cifras de población de tales orígenes aportadas por el último censo de población, según el cual 1,7 por ciento de la población se considera indígena; 1,9 por ciento afrocostarricense y 0,2 por ciento china.

casos de un mismo individuo, quien, en diferentes etapas de su vida, recibe distintas categorías. Por ejemplo, José Joaquín Ulloa Ulloa, hijo legítimo de don Tomás Cayetano Ulloa (español) y María de la Encarnación Ulloa (mulata blanca), es consignado como mulato en la partida bautismal (1786); en su partida matrimonial (1808) recibe el tratamiento distintivo de don, exclusivo para los españoles -peninsulares o criollos-, y en el bautizo de su hija María de Jesús (1822) recibe la categoría de mestizo; asimismo, Dominga Ulloa Ulloa, hermana de José Joaquín, es inscrita como mulata en su partida de bautizo (1798) y como mestiza en la de casamiento (1817).

La construcción etnofóbica de una sociedad racialmente pura y homogénea, ha conducido a una seguidilla de violencias sobre las desigualdades evidentes. En cierto modo el punto de partida de esta distinción secesionista entre la sociedad blanqueada y el universo de los “pardos” proviene justamente de la construcción del patronazgo católico fundamental alrededor de la leyenda de la Virgen de los Ángeles. Sorprende, en la crónica, el anonimato de la indígena vidente a quien se le manifiesta el portento, en amplio contraste con, por ejemplo, el protagonismo de Juan Diego en el caso paralelo de la Virgen de Guadalupe del altar mexicano. El hecho es que el milagro atestiguado por una indígena anónima en 1639, *la chola*, fue un culto de “pardos” ignorado por los españoles. Dice al respecto Ricardo Fernández Guardia (2006: 206):

...al principio y durante largo tiempo después, la devoción a la imagen hallada por la chola fue solo de las clases bajas, de los indios y especialmente de los negros y mulatos de la Puebla de los Ángeles que vivían separados de los blancos de Cartago, sirviendo de lindero entre ambas poblaciones una cruz de Caravaca o de cuatros brazos . Los españoles permanecieron fieles a la antigua y también milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción, que tenía su santuario en el pueblo de Ujarrás, como se infiere de la circunstancia de haber acudido a ella y a no a la de los Ángeles cuando la gran invasión de los piratas en 1666.

El relato de Fernández Guardia no es solamente la memoria de la evolución de las creencias sino la constancia de una sociedad segregada fuertemente, donde el gueto de los excluidos era una práctica ordinaria sustentada en motivaciones racistas y religiosas, así como en propósitos políticos de dominación y control todos combinados.

Como se ha indicado, la razón de la pretendida homogeneidad blanca de la sociedad costarricense descansa en la presunción de ausencia de mestizaje y en una hipótesis primaria de despoblamiento relativo en el período precolonial: no hubo mestizaje porque había pocos indígenas. No obstante este argumento no se sostiene con la evidencia empírica disponible. Los indígenas, si bien dispersos en pequeñas comarcas, constituían en el momento del contacto inicial una población que oscilaba entre 400 mil personas según la estimación más alta derivada del estudio de William Denevan de 1976, y 119 mil 400 individuos de acuerdo con las estimaciones menores de Steward de 1949⁵. Los números pueden parecer pequeños a nuestros ojos, pero a juzgar por los patrones de crecimiento demográfico de la colonia y los primeros años de la vida independiente, no lo eran en absoluto. Para el censo de 1864⁶, la población total del país se estimaba en 120 mil 499 personas. En otras palabras, partiendo de las cifras bajas de la población indígena hacia 1560, se requirió de 304 años para disponer de una población equivalente en el territorio nacional.

La ocasión del censo de 1864 no permitió una buena ponderación de los remanentes indígenas en la población costarricense. El director del censo de apellido Estreber estimó el tamaño de la población indígena no censada en una proporción más o menos equivalente a 10 por ciento de la población total, para lo cual acudió a información “impresionista” derivada de reportes de comerciantes.

*Es de advertir que la población indijena que vive todavía en un estado salvaje y se denomina **indios bravos**, no ha sido incluida en el Censo. –Su número no excederá de 10 a 12,000 almas según el cálculo de personas que han mantenido tráfico con las tribus fronterizas, y según los datos que pueden deducirse de la importacion y exportacion de Moin y Boca del Toro; pues pocos, si acaso algunos, han penetrado en sus establecimientos interiores. La mayor parte ocupa el territorio entre Moin y Boca del Toro conocido bajo el nombre de Talamanca y Viceita; solo una pequeña poblacion de 1,000 almas, poco más o menos, llamada Guatusos, vive en los márgenes de los río “Frio” y “San Juan” en la falda de los cerros que llevan el mismo nombre de Guatusos (Énfasis en el original. Pag. XV).*

5 Citados por Kramer, Novell y Lutz (1992:77).

6 El Centro Centroamericano de Población CCP ha digitalizado este valioso documento que se encuentra disponible en <http://ccp.ucr.ac.cr/bvp/censos/1864/1864c01-cr.pdf>

Estreber también proporcionó una explicación sobre las razones de la pérdida de población indígena. La primera el mestizaje, la segunda la fuga hacia territorios aislados para evitar lo que en el lenguaje contemporáneo, a la Huntington, se llamaría el “choque de civilizaciones”.

La confrontación que he hecho entre la población anterior y la actual de algunos pueblos en los que se ha conservado la raza india, demuestra que esta ha permanecido en unas casi estacionaria y en otras va disminuyéndose. Solo forma excepción aquellos pueblos en donde, como en Curridabat y Cot, la mezcla con ladinos y mestizos ha sido tan completa que no ha dejado subsistir sino muy pocos restos de la raza pura: restos que pertenecen a la jeneración pasada. La población india de Orosi se ha trasladado á un sitio limítrofe, llamado Cachí, y la de la Unión y Pacaca, á lugares remotos y desiertos, en donde no tienen contacto con los blancos. Encontramos en este hecho una prueba significativa de que el indio desaparece ante la civilización (Pag. XVIII).

Así, la desesperada búsqueda del ancestro puro peninsular condujo a la ignorancia de la verdadera dimensión de la población indígena originaria. Al etnocidio evidente derivado de la estadística demográfica (producto quizá no tanto del arrasamiento militar como de la proliferación de nuevas enfermedades y los excesos de la explotación económica) se le sumó entonces un genocidio cultural.

No muy diferente fue lo ocurrido con la contribución de los negros al desarrollo de la población de este país.

La historiografía tradicional conduce a pensar que la presencia de los negros es producto de la construcción del ferrocarril y las inversiones bananeras del Siglo XIX tardío y comienzos del Siglo XX. Pero se ignoró, hasta fechas recientes, la asentada herencia de la negritud desde el inicio de la conquista. Con nuestros antepasados negros, como con los indígenas, ocurrió un proceso conducente al anonimato y al olvido. Tatiana Lobo y Mauricio Meléndez (1997) nos recuerdan el fundamento esclavo de la sociedad costarricense y relatan por medio del recuento de la crónica y el estudio genealógico, una Costa Rica remota donde el comercio de esclavos en la Plaza de Cartago era común y donde la preocupación por el “blaqueamiento” conduce a un efecto real de disminución de los resabios del gen africano. En el proceso de blanqueamiento se fue ganando status social y pertenencia comunitaria dado el mayor disfrute de oportunidades conforme más clara la piel. Los esclavos adquirirían el apellido de sus amos,

por lo que al cabo del tiempo los hijos de los amos y los de ellos y sus esclavas no se distinguieron ni por el apellido ni por el color.

La reproducción criolla de esclavos costarricense estuvo prácticamente fundamentada en las mujeres, primero con mayor intensidad en las negras, luego en sus descendientes mulatas. Casos como los de Juana de Retes, María Sanabria, Mónica Cubero, Dominga Fallas y Lucía Calvo, quienes fueron madres, abuelas y bisabuelas (y las hubo hasta tatarabuelas) de esclavos, son frecuentes en la documentación colonial. Asimismo el blanqueamiento de esta prole, en el que dio su contribución genética el amo, sus hijos, sus parientes o amigos, se evidencia en las descripciones de sus descendientes, principalmente, a fines del siglo XVIII (Meléndez, 1997:95).

El blanqueamiento es también un asunto contractual, incluso independiente del color de la piel, que puede alcanzarse por designación de los encargados del registro de las personas o por el mejoramiento de la condición social. “Los descendientes libres de los esclavos y los esclavos mismos, intentaban unirse con una mujer de mejor posición social que la suya, como una forma de ascenso social; seguro de que sus hijos tendrían un mejor *status*” (Ibid:93).

El caso de Jerónimo de las Mercedes Flores, ubicado en el *padrón de pardos*, y su pedido al gobernador Vázquez y Téllez en 1793 es llamativo. Partiendo de su condición de hijo de español y parda cuarterona y por el hecho de haberse casado con española, solicitó para sus hijos que

...en vista de dichas certificaciones se sirva (teniéndolo por conveniente) declarar por su decreto el privilegio que gosan por estar en grado de sexteronos para que en lo sucesivo se entienda no ser pertenecientes a la clace de pardos y sí a la de mestizos...
(Idem).

No está demás indicar que el pedido de Jerónimo fue atendido por el Gobernador.

La construcción republicana original, como después la de la Costa Rica desarmada y comprometida con la justicia social de la llamada Segunda República, no se distanció formalmente del prejuicio racista derivado de la creencia en nuestra homogeneidad. La modernidad que le llegó al Caribe en ferrocarril supuso el acercamiento de San José y el alejamiento

de la cultura angloparlante con la que se fundó Limón y sus alrededores. Con la integración geográfica vino después la asimilación culturalista que acabó o minó cuando menos la tradición oral, la religiosidad ancestral y su sincretismo, la música y la comida tradicional.⁷

El último capítulo sobre la integración étnica, que renueva vívidamente las creencias de la *caucasidad* homogénea original, proviene del efecto de las migraciones laborales masivas de nicaragüenses con ritmos inéditos desde comienzos de los años noventa del Siglo XX. Sobre eso volveremos más adelante.

Hasta aquí lo que interesa establecer es que las bases de la identidad étnica costarricense se fundamentan en tres consideraciones falsas: la primera es que los originarios eran pocos; la segunda es que todos los que llegaron eran blancos y la tercera es que no hubo, entre razas, mestizaje.

Lo propio de lo costarricense es justamente la condición de mestizaje original que fue pronto instalada en una lógica de blanqueamiento temprano al cabo de lo cual todos somos mestizos, aunque algunos con pocos resabios de sus ascendentes indígenas y negros. Ese “blanco” costarricense diverso, continuo desde el negro hasta el trigueño, que en todo caso tiene la fuerza de incorporarse en el imaginario nacional al menos hasta que los viajeros del exterior, o nuestros interlocutores en nuestros propios viajes, nos recuerdan nuestra herencia múltiple. Le pasó a una colega, “blanca” alajuelense, que al iniciar estudios en una universidad de la cosmopolita costa Este de los Estados Unidos no daba crédito a la invitación de su tutora para integrarse, lo antes posible, en la Asociación de Estudiantes de Color de la universidad. La definición de *Costa Rica* en el portal de la influyente enciclopedia virtual Wikipedia, relata una notable controversia sobre la condición étnica de los costarricenses que concluye en el juicio negativo de nuestra blancura y la afirmación de los orígenes étnicos diversos.⁸

Lo interesante es que la etnofobia original condujo a una especie de consecuencia derivada del famoso teorema de Thomas: autodefinida como blanca, la sociedad costarricense termina “blanqueada” y “blanqueándose” por medio de un proceso de uniformación sentado en la constitución de una imagen “occidentalizada” del “querer ser”, que posiblemente influyó en la temprana introducción de instituciones modernas en los planos económicos

7 Es obligada la lectura de Carlos Meléndez y Quince Duncan en su *El Negro en Costa Rica* y y de Ana Cristina Rossi *Limón Blues*.

8 Una contribución notable a la comprensión del mestizaje en Costa Rica es el detallado trabajo de Soto y Díaz (2007).

(el asalariamiento), políticos (los derechos civiles y la democracia electoral) y sociales (el acceso a educación pública gratuita).

De dones y descalzos

Lo peculiar de la sociedad costarricense en el entorno geográfico e histórico en el que está asentada, emana se dice, de tres fuentes: homogeneidad étnica, igualdad social y democracia política. Habiendo discutido hasta aquí los fundamentos de lo que llamaríamos nuestra etnofóbica identidad, de seguido interesa explorar el sustrato material de nuestra igualdad. El postulado original del mito de nuestra igualdad social asume la siguiente forma: “los costarricenses, todos blancos, son pobres”.

Desde muy temprano en la recuperación de nuestra historia el mensaje frecuentemente dirigido es un recuento de diferencias de *status*, de desigualdades categoriales⁹, que no son necesariamente desigualdades de ingreso. No es que todos *seamos* iguales sino que todos *vivimos* igual sometidos a las mismas necesidades, agobiados por las mismas inclemencias. Vivimos igual y en condiciones precarias, humildemente.

La Cartilla Histórica de Ricardo Fernández Guardia (2005:43-44) describía así la pobreza de Costa Rica:

En Méjico, el Perú y otras partes muy pobladas de América, los conquistadores encontraron la recompensa de sus fatigas en las delicias de una vida holgazana y la riqueza que les proporcionaba el trabajo de los indios. No así los españoles de Costa Rica, que por falta de minas y la gran escasez de población, se vieron reducidos a la mayor pobreza y a tener que cultivar la tierra con sus propias manos para no perecer de hambre. Sembraban maíz, trigo y hortalizas, y criaban ganado vacuno, caballar y de cerda.

La descripción de Fernández Guardia conduce a dos supuestos recurrentes en la formulación de una identidad igualitaria: la ausencia de oligarquía ociosa y la limitada explotación de los oprimidos, en este caso, porque no

⁹ El concepto de desigualdades categoriales proviene de la formulación de Charles Tilly. Para él “una categoría consiste en un conjunto de actores que comparten un límite que los distingue de al menos otro conjunto de actores visiblemente excluidos por ese límite y los relaciona con ellos”. (2000:75). Los componentes básicos de esta definición están dados por tres aspectos centrales: a) la construcción social de una semejanza que, b) distingue de “otros” que no son semejantes y c) gobierna una relación entre las categorías. Sobre este tema volveremos en el capítulo VI cuando examinemos las representaciones sociales actuales sobre la equidad y la desigualdad.

eran muchos y no había minas para desarrollar las instituciones económicas esclavistas que se impusieron en la primera época colonial como la mita y la encomienda. Estos serán argumentos recurrentes en la descripción de una sociedad donde las diferencias de status no siempre se traducen en diferencias socioeconómicas significativas.

¿Cuáles fueron las razones de nuestra carencia originaria que afectaba a todos sin distinción de status y raza? El aislamiento está indicado como causa fundamental en dos sentidos: uno que podríamos denominar nacional, referido a la distancia de Costa Rica respecto de los centros importantes del poder colonial. Otro, subjetivo individual, que proviene de la connotación rural, montañesa, poco avenida a la aglomeración urbana.

En la construcción social del territorio la distancia es un obstáculo a vencer. En las sociedades capitalistas la aglomeración de productores y consumidores en el espacio urbano es esencial para su desarrollo. En la historia previa, la distancia de los centros del poder político y de los puntos de comercio era una cuestión vital para el abastecimiento y el control de los asentamientos en ciudades, villas y poblados.

Por una circunstancia no claramente explicada, el territorio que hoy forma Costa Rica fue zona de frontera. Lo fronterizo es sinónimo de lejanía, pobreza, exclusión. Para las civilizaciones mayas que poblaron el istmo ésta fue una región poco explorada. Más bien dejada a la influencia de otros pueblos provenientes del sur del continente para quienes también esta parte resultó remota. Las razones de esta desconexión geográfica relativa no son del todo claras aunque posiblemente están ligadas a la escasa disposición de lo que entonces era apreciable. Antes del contacto con los españoles toda esta región del sur del Istmo, denominada la *región histórica chibcha* (Fonseca y Cooke, 1992) y que abarcó desde el sureste de Nicaragua, hasta porciones de lo que es hoy Colombia, estuvo gobernada por regímenes de cacicazgo, 18 en el caso de Costa Rica, y señoríos dispersos en el territorio, cada uno con su propia lengua, en amplio contraste con la conformación “estatal” de los pueblos de origen maya en el centro y norte de la región. (Carmack, 1992:283 y ss.) Así que la dispersión política original hablaba de esa tendencia al aislamiento.

La situación remota de nuestra formación social originaria no varió mucho en el período colonial. Mientras en el territorio panameño se instalaron importantes bases de comercio, la más relevante sin duda el eje Panamá-Portobelo, y en el lado de Nicaragua se desarrolló una colonización temprana con importantes asentamientos eclesiales y culturales en las ciudades de León y Granada, Costa Rica conservó su carácter marginal. La

distancia de los centros de poder obligó en más de una ocasión a gestionar la reforma de la división territorial para integrar Costa Rica a Panamá o para constituir con Nicaragua y Costa Rica una nueva capitania general (Pinto Soria, 1992:318).

En el aislamiento las oportunidades no llegaban, para ninguno. La pobreza acentuaba además las limitaciones para la convivencia urbana. Las ciudades, según recuerda Eugenio Rodríguez (2006:43) surgen con lentitud, a regañadientes, impulsadas por motivaciones clericales y ante la amenaza potencial de sanciones o la evidencia real de la quema de sus ranchos para obligar al desplazamiento.

Si el aislamiento fue la base de la distribución de oportunidades y recursos en la Costa Rica originaria, un patrón extrovertido de desarrollo económico y la distribución de la propiedad son los referentes de la organización social poscolonial en donde la identidad empieza a distanciarse de la pobreza y se aproxima a la idea del emprendimiento y el progreso.

De este modo, cuando aparecieron finalmente las oportunidades, gracias a la temprana consolidación de las exportaciones de café, llegaron con posibilidades significativas de distribución primaria. En otras palabras, la expansión de la agroexportación cafetalera se originó distribuida, especialmente a causa de la combinación de demografía, geografía y ecosistemas. Producir café de altura en una región relativamente despoblada, estableció un formato de producción en donde no fueron los aumentos de la productividad sino la incorporación de mano de obra y área cultivada las bases en las que se fundamentó el crecimiento de la oferta exportadora de café (Pérez Brignoli, 1994). En otras palabras, la expansión cafetalera requería de una colonización agrícola destinada a ese fin. La *economía cafetalera* constituyó entonces una *sociedad cafetalera* sentada en la distribución de la producción en pequeñas fincas con progresiva concentración en el procesamiento y la comercialización.

Los datos proporcionados por Pérez Brignoli (1994:106-107) muestran cómo todavía en 1950 los efectos igualadores de la *sociedad cafetalera* eran notables. El coeficiente de Gini de la superficie cultivada de café era de 0,361 para el promedio nacional con un límite inferior en Alajuela 0,339 y superior en Cartago 0,591. Como se sabe el coeficiente de Gini es una medida de desigualdad en la distribución de factores donde 1 es completa inequidad o concentración y 0 es perfecta distribución. Así el coeficiente de 0,361 de Costa Rica expresaba mucho mayor equidad que el 0,660 de El Salvador en el mismo período. Además mientras el café tenía un mayor potencial igualador, el banano mostraba mayor tendencia

a la concentración como queda manifiesto con el índice de 0,510 del área cultivada de banano en ese mismo período.

El café permitió el desarrollo de un ideal de movilidad social que antecede la adquisición de derechos políticos universales. Es posible que haya constituido un apropiado sustituto del efecto integrador de la necesidad en el período colonial. Es decir, las diferencias sociales existentes se diluían en un entorno de necesidad en la era colonial que luego se trastocó en un ideal de progreso compartido con el desarrollo de la economía cafetalera. Partiendo de los relatos de viajeros de mediados del Siglo XIX hasta la reconstrucción liberal de las primeras décadas del XX, prolifera la convicción de que se organizó en torno a la propiedad rural una sociedad equitativa; una fórmula que si en el pasado había garantizado la constitución de una identidad democrática y republicana en el futuro habría de deparar estabilidad política e institucional. Como lo tenía para sí el tres veces presidente liberal, Ricardo Jiménez:

...el secreto de nuestra estabilidad política está en la gran subdivisión de la tierra; en que casi todos los campesinos son propietarios...Ayudemos al bienestar de los agricultores en pequeño; y será como si tomáramos una póliza de seguro contra las revueltas y el retroceso (Citado por Molina, 2005:69).

No cabe duda de la contribución del café a la distribución de las oportunidades económicas, independientemente del grado en que efectivamente coadyuvó a disminuir las distancias sociales entre los más pobres y los más ricos. Lo que puede resultar más controversial es lo que se deriva, en la construcción de nuestra identidad imaginada, de la experiencia de la desigualdad socioeconómica en la convivencia cotidiana. En otras palabras, para la consolidación de un ideal igualitario que sirviera de referente para la construcción de la identidad nacional, era necesaria una estructura económica que no violentara absolutamente esas aspiraciones, tanto como una cultura política que afirmara la igualdad normativa.

Nuestra impresión es que ambos procesos tuvieron lugar. La cultura política reafirmaba las percepciones de una base material distribuida. Los ciudadanos políticos confirmaban la inclusión de los ciudadanos sociales. Junto con la idea de una producción económica distribuida se consolidó la representación de una sociedad igualitaria, clasemediera en sus prácticas y aspiraciones. Clasemediero significa aspiración modernizadora entre los pobres y austeridad relativa entre los ricos. Ambos son por supuesto construcciones simbólicas que pueden distanciarse mucho de las

experiencias de vida de los costarricenses de la época, pero está claro su papel en la formación de los discursos colectivos sobre nuestra identidad.

Los rasgos de ese patrón de conducta social provienen incluso de las primeras horas del amanecer occidentalizante. Al relatar el altruista proceso de conquista encabezado por Juan Vásquez de Coronado, Eugenio Rodríguez (2006:29) recuerda las expresiones de Ricardo Fernández Guardia "...que no hay quizás en toda la historia de la conquista de América memoria de un capitán más humanitario y menos codicioso". La cuestión es que cierta o no, la memoria de la humildad de los poderosos de antaño imprime un sello que los cronistas de la vida cotidiana recogen en múltiples formas, proyectándose a lo largo de nuestra historia.

Un botón de muestra. San José, un domingo de 1853, donde la ciudad de 20 mil habitantes reunía lo más granado de su población, masculina por supuesto: relatando su imagen de una gallera, el viajero alemán W. Maar dibuja la aspiración igualitaria de una sociedad modesta, unificada por el mestizaje y la precariedad. Entre la concurrencia, el presidente don Juanito Mora y su antecesor don José María Castro. De los demás, dice Maar (2004:371): "*El resto de la concurrencia formaba la sociedad más mezclada de dones y descalzos. Reinaba la más completa igualdad. El presidente no tiene el menor escrúpulo en apostar sus pesos contra los del último peón.*"

Los gallos, el domingo; la plaza del mercado los sábados. En ambas ocasiones había una oportunidad para la confirmación de que las desigualdades del mundo de lo público-político, no trascendían fácilmente al ámbito privado de las transacciones económicas. Las desigualdades estatutarias cedían ante la necesidad del intercambio mercantil y ahí la jerarquía de lo público se disolvía:

El día de mercado, el Presidente de la República no desdeña cortar algunas varas de zaraza para el campesino; el ministro de Hacienda se pone ronco en su afán de probarle al comprador que pierde al venderle un miserable vaso de vidrio. Detrás de los improvisados mostradores hay oficiales, capitanes y mayores vendiendo clavos, cortaplumas y tijeras; magistrados de la Corte Suprema expenden medias de algodón; abogados encuentran compradores para las mantas de los caballos; médicos obsequian refrescos de soda y licores en sus boticas. Más todavía: eclesiásticos desempeñan interinamente el oficio del caballero de la vara de medir mientras este almuerza (Maar, 2004:363).

Las descripciones del alemán no están desprovistas de sorna y ánimo literario por lo que posiblemente tergiversan en algún sentido lo observado. Pero resulta favorable a sus apreciaciones la recurrencia de figuras semejantes en otros relatos. Un viajero mucho más célebre fue el estadounidense John Lloyd Stephens quien en 1849 describió así a don Braulio Carrillo y su entorno:

Era pequeño de cuerpo y grueso; sencillo pero cuidadoso en su modo de vestir. En su rostro se pintaba una resolución inquebrantable. Su casa era lo bastante republicana y nada había en ella que la distinguiese de la de cualquier otro ciudadano. En una parte estaba una tiendecita de su mujer y en la otra tenía él su oficina para despachar los asuntos del Gobierno. Esta oficina no era más grande que la de un mercader de tercer orden y en ella tenía tres empleados que estaban escribiendo cuando entré, en tanto que él hojeaba unos papeles en mangas de camisa (Citado por Rojas y Ovares, 1995:13).

La formación de una identidad socioeconómica basada en la disminución de las diferencias sociales, no suponía el igualitarismo económico sino la disposición de mecanismos de igualación. Estos provinieron de la escasez relativa, documentada especialmente por los intelectuales liberales en procura de una identidad sobre la que fundar lo que hoy llamaríamos un proyecto de país. Es claro que la sociedad nunca fue igualitaria, que la pobreza era cualidad de los indígenas, los negros y sus descendientes más evidentes. También lo es que el poder económico y el poder político estaban concentrados en muy pocas manos. Todo esto hubiera caído en el vacío del desprecio social si no es porque, contemporáneamente, se impulsan procesos económicos y políticas públicas que demuestran la posibilidad de que, el enunciado de nuestro carácter sea alguna vez la realidad de nuestra condición social.

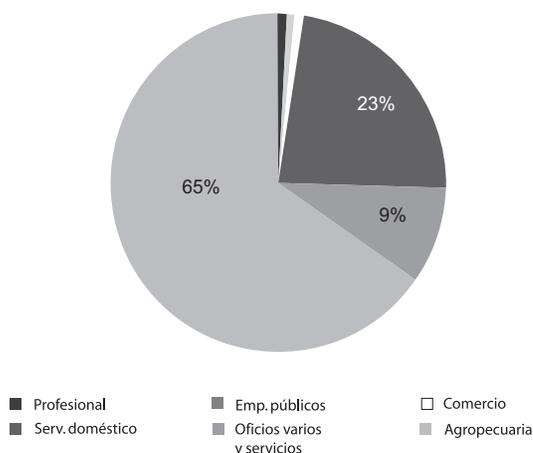
Este es un proceso complejo de idas y venidas desde el pasado resignificado en la historia oficial y el presente caracterizado intencionalmente. Hasta las postrimerías del Siglo XIX la construcción de la identidad socioeconómica basada en la ausencia de extremos sociales (pobres muy pobres y ricos acaudalados) fue un éxito rotundo. La nostalgia por el país perdido, el de la crónica colonial, el de las familias fundadoras y el del relato de los viajeros, es ingrediente indispensable de la formación de esa identidad. Enfrentados a los conflictos sociales emergentes, los fundadores del ideario nacional dibujaron un país ideal, siempre mejor (Rojas y Ovares, 1995:21). Entretanto la sociedad avanzaba en un proceso de diferenciación

y segmentación ilustrada por la evolución de las ocupaciones al menos desde mediados del Siglo XIX.

El censo de 1864 sirve para ilustrar categorías sociales, todas ellas muy cerca del trabajo agrícola y la propiedad de la tierra. El director del censo establecía que las tareas agrícolas eran la base del trabajo de todos, lo que corresponde con la imagen de sociedad rural económicamente homogénea. *“Hay pocos, relativamente hablando, que no se ocupen en la agricultura. juntamente con otro oficio...”* (pag.XXV).

Los datos arrojan una población activa equivalente a 36,4 por ciento de la población total (43 mil 918 personas que declaran ocupación). De ellas 65 por ciento se dedicaba a actividades indiscutiblemente agropecuarias, incluyendo caza y pesca. El servicio doméstico, mayoritariamente ejercido por mujeres en funciones de cocineras, sirvientas, aplanchadoras, lavanderas, ayas y nodrizas representa 23 por ciento de las ocupaciones. Del 12 por ciento restante la mayor parte corresponde a una amplia definición de toda clase de oficios (9 por ciento) y proporciones de alrededor de 1 por ciento en cada caso, para profesionales, empleados públicos y comerciantes.

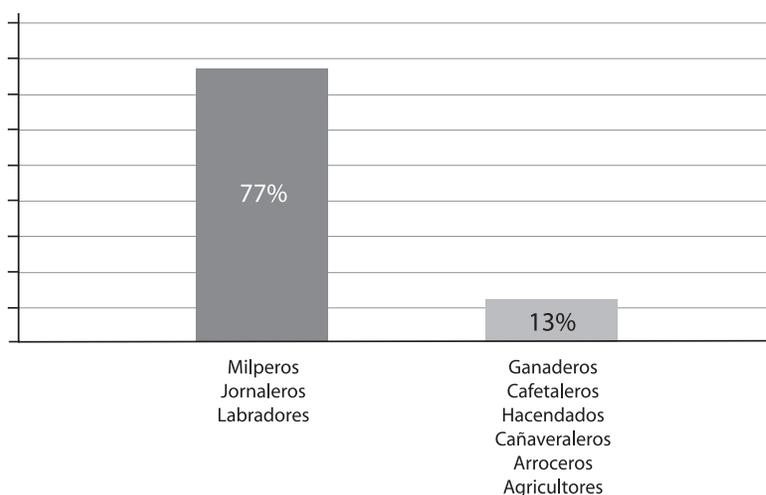
Gráfico N° 1
Profesiones y oficios de los habitantes
Censo de 1864



Fuente: Elaboración propia con datos del censo nacional.

Aunque no se dispone de información sobre los ingresos, en términos de desigualdades categoriales, conviene tener presente que más de tres cuartas partes de los ocupados agropecuarios (77 por ciento) se encontraban en tres categorías de nivel bajo: los *jornaleros* que se definen como ayudantes de albañiles, carpinteros o agricultores (equivalentes quizá a nuestros actuales peones agrícolas u obreros no calificados), los *labradores* que son definidos como “pequeños propietarios que cultivan sus fundos con su trabajo personal” y los *milperos*. Si se considera la definición de los *agricultores* y los *hacendados* como quienes cultivan la tierra contratando fuerza de trabajo, los segundos en grandes fundos, y en actividades como el café, la ganadería y otras exigentes en fuerza de trabajo, tenemos una estructura social bastante fragmentada.

Gráfico N° 2
Desigualdades categoriales en las ocupaciones rurales
Censo de 1864



Fuente: Elaboración propia con datos del censo nacional.

De este modo la fotografía de la sociedad estratificada por ocupaciones a mediados del Siglo XIX muestra una economía de impronta rural, con escasez evidente de profesionales y un sector público incipiente; pero en ella emergen con fuerza dos indicadores de distancia social: el campo tradicional, hogar de 86 por ciento de los trabajadores rurales, y el campo

modernizante apenas ocupado por 14 por ciento.¹⁰ Como se vé es una imagen situada lejos de la sociedad de pequeños propietarios, pobres por igual. La importante proporción de mujeres en ocupaciones de servicio doméstico dice también de diferencias sociales significativas.

Como lo hemos recordado, se le imputa a la expansión cafetalera la disminución de estas distancias, y por medio de su contribución al desarrollo del proceso de urbanización su aporte a la consolidación de las capas medias. Este progreso proviene del café como empeño económico y de las acciones de política pública que lo rodearon y que conformaron una república exportadora con ambiciones democráticas y de progreso basadas en la procura de equidad.

El malestar con esa imagen idealizada fue germinando desde apenas comenzado el Siglo XX y en cierto modo, hasta los 40, la lucha social fue orientada poco hacia la realización de ideales revolucionarios, y más a la búsqueda de los mecanismos requeridos para lograr en la práctica la Costa Rica igualitaria del ideal liberal.

Ciudadanos todos...*ma non troppo*

La universalización de la ciudadanía política es en Costa Rica un fenómeno de la primera mitad del Siglo XX. Esto significa que la sociedad de pequeños propietarios rurales, todos más o menos pobres que aquí ya hemos cuestionado, convivía con formas extendidas de exclusión política.

Pero la cultura política no se alimenta solo de la existencia de normas para regular el derecho de elegir o ser electos. Antes o incluso contemporánea al ejercicio de derechos políticos, proviene una determinada cultura de los intercambios de intereses y necesidades, y la posibilidad de unos para imponer los suyos como propios del conjunto de la nación. De eso hablamos cuando nos referimos a relaciones de poder.

La recuperación historiográfica del liberalismo, sobre la que se instaló el imaginario de la sociedad de los iguales, argumentó que la equidad social, producto de la homogeneidad étnica, cultural y económica, produjo a su vez una suerte de afiliación natural por la democracia.

10 En 1885, los jornaleros representan más de la mitad de la PEA masculina: 52.4 por ciento (Molina:2001:46).

Hoy diríamos que a pesar de las evidentes distancias sociales, de la existencia de inequidad social sustentada en racismo, elitismo y clasismo -es decir basadas en el menosprecio de las evidencias de mestizaje-, y en la persistencia de desigualdades de calidad de vida y acceso a las oportunidades en razón del estatus social y de los recursos económicos, en el país logró tomar fuerza una idea de igualdad jurídica que más temprano que tarde terminó derivando en inclusión ciudadana y democracia política.

Tres son quizá los referentes normativos de esta cultura política primigenia que, no gracias a la equidad social prevaleciente sino pese a las desigualdades reinantes, lograron imprimir una imagen de horizontalidad en las relaciones sociales que terminaron sellando la ilusión de igualdad sobre la que se construyó el país de los liberales: **la convivencia horizontal, la tolerancia y el pacifismo.**

Lo de la convivencia horizontal es una especie de autorepresión cuidadosa de las diferencias sociales evidentes. Constituye una forma de autorización para la semejanza simbólica y retórica que no mitiga ni disminuye en modo alguno las diferencias sociales e individuales, sino que pretende diluirlas en una representación social basada en la igualdad del vínculo primario: lo costarricense. Sanciona tanto la exposición altanera de riqueza y posesiones como la propia mendicidad. Enaltece la humildad de los poderosos y el emprendimiento de los desposeídos.

Láscariz (1994:40) recuerda la queja del gobernador Diego de la Haya en 1719:

No se ha podido descubrir de dónde tuvo (esta provincia), la derivación y título de Costa Rica, siendo tan sumamente pobre, en toda ella no se halla barbero, cirujano, médico ni botica; ni en la ciudad capital (Cartago), ni en las demás poblaciones se vende por las calles, ni en las plazas o tiendas, género ninguno de comestibles: cada vecino tiene que sembrar lo que ha de gastar y consumir en su casa durante el año: y esto tiene que hacerlo hasta el mismo gobernador, porque de lo contrario perecería...

En una reconstrucción del proceso de formación de lo que llama la “comunidad política costarricense” Víctor Hugo Acuña (2001) relata cómo las retóricas identitarias centradas en la homogeneidad social, el apego a la paz y la tolerancia se desarrollan incluso antes de la proclamación de la República en 1848. Acude entre otras evidencias documentales a la transcripción del mensaje del Secretario General del Gobierno al Congreso Federal en 1838, don Francisco José Oreamuno:

Costa Rica es el Estado que ha marchado con más regularidad y donde la tea de la discordia ha producido menos incendios; pero obsérvese que por su aislamiento de los demás Estados ha podido librarse del contagio de las perniciosas influencias del desorden general y del maligno influjo de los perversos, conservando de este modo la sencillez de sus costumbres: que por la homogeneidad de sus habitantes ha gozado de la paz que da la armonía de hombres que viven bajo las mismas leyes: que en Costa Rica las clases más infelices cuentan con una propiedad que los hace relativamente ricos sin ambicionar los bienes ajenos; que el amor natural a la propiedad en sus habitantes los ha hecho industriosos y laboriosos, y, en fin, que sobre estas felices condiciones no ha pesado sobre ellos una administración dispendiosa, sino que han sido antes bien favorecidos por leyes sencillas que han consultado su estado actual de civilización y fortuna. Sin embargo de estas felices cualidades, ¿no ha sentido ya Costa Rica sacudimientos que han hecho conocer que es un pueblo que pertenece a Centro América y que como parte constituyente debe ser plagada de los males que la República padece?

La conclusión de Acuña es que en las décadas 50 y 60 del Siglo XIX se decantan los rasgos identitarios que constituyen la nación costarricense como comunidad política, estremecida pero fortalecida por acontecimientos traumáticos como los fusilamientos de Mora y Cañas o por transformaciones profundas de su base económica, alrededor del café. La persistencia de la apelación a la concordia frente a la constante inestabilidad política de los vecinos de la región, principalmente Nicaragua, forma parte activa de esta construcción. El papel político de los liberales, a partir de 1870 queda entonces limitado a la reafirmación de una identidad ya construida a la que se le adosan elementos de difusión cultural por medio de la gestión pública, especialmente en el campo educativo. Dice Acuña:

La imagen de Costa Rica se construyó en el espejo de Centro América en los primeros 50 años de vida independiente, simultáneamente con la formación del Estado. De este modo, se puede decir que los liberales, antes que fabricar una visión de la nación, lo que hicieron fue propagandizar entre la masa del pueblo, una serie de representaciones ya elaboradas en el seno de sus élites antes de 1870. En el periodo liberal, solo se agregará el mito de “más maestros que soldados”; se subrayará la ideología racial del carácter europeo o blanco de su población y, sobre todo, se insistirá en la democracia como rasgo definitorio de la nacionalidad

costarricense. También se abandonará definitivamente la ilusión de resucitar la federación centroamericana.

De esta conclusión se deriva una notable controversia respecto a la construcción discursiva o ideológica de los fundamentos de identidad de la nación costarricense. Una observación importante proviene de la crítica de Iván Molina (2002) quien advierte que no fue la paz la base de la reinención liberal de la nación, sino justamente una guerra, la Campaña Nacional de 1856, la “que permitió a los intelectuales y políticos liberales mostrar cómo la sociedad se había unido para luchar contra los filibusteros, y más importante aún, cómo los sectores populares respondieron al llamado del Estado y de la clase dominante”.

Sin profundizar en otros argumentos de la crítica de Molina, lo cierto es que la movilización armada es una acción legítima para la preservación de la paz, aspecto que por lo demás queda líricamente planteado por José María Zeledón en la letra del Himno Nacional. De hecho la difícil asignación de letra a la música marcial de Manuel María Gutiérrez, terminó derivando desde una apelación belicosa en la propuesta de Fernández Ferraz de 1888, a una connotación cercana al idílico campesino originario, un mensaje centrado en la identidad común favorita –el labriego sencillo- en la propuesta ganadora del concurso de 1903.

Pero una nación pacífica, tolerante, referenciada en la convivencia armónica de los iguales no estaba completa a menos que fuese democrática. La constitución de un régimen electoral transparente y pluralista tiene antecedentes en los momentos primeros de la constitución de la identidad nacional.

La democracia electoral fue tributaria de la concatenación de estos elementos fundantes de nuestra cultura política. Eugenio Rodríguez, estudiando el período inmediatamente anterior a la proclamación de la República, establece una suerte de paradoja política. Piensa que la Costa Rica de entonces era una *sociedad democrática* gobernada por minorías excluyentes. En su análisis de alguna manera se logra separar la forma del sistema político de la cultura política de la sociedad. Escribe don Eugenio (2006:81):

Se quiere vivir una democracia formal, con sus asambleas, leyes y Constituciones, con el ropaje y la pompa retórica que los tiempos exigen, pero todo esto no deja de ser una actividad sólo para la pequeñísima minoría de las gentes ilustradas. Los de abajo, los

que no saben leer y escribir, los que ya se ocupan como peones en las haciendas de café que crecen aceleradamente, ven el espectáculo con algo de curiosidad y mucho de escepticismo. Son natural y profundamente demócratas, porque una experiencia que ya se cuenta por siglos les ha hecho sencillos y libres; pero no entienden la teoría política que algunos de sus líderes les están predicando.

En este argumento cabe una predisposición política prodemocrática derivada de la condición social. El desafío de las élites consiste en la confirmación normativa e institucional de una práctica política que ya está instalada en el imaginario social. Aunque el grado de desarrollo institucional del sistema democrático es materia de controversia entre los estudiosos, no parece serlo tanto la confirmación del mayor nivel de estabilidad política en la sociedad costarricense respecto de sus vecinos inmediatos, especialmente entre los integrantes de la República Federal de Centroamérica. Este aspecto puede ilustrar una dinámica de gobierno donde por distintas razones la sociedad impugna menos los poderes constituidos, bien que haya sido por medios electorales o por medios autoritarios. Hasta 1848 la democracia está “medio” desarrollada porque al menos 8 de los 15 jefes de Estado que gobernaron desde 1824 fueron electos en comicios (Molina: 2001:42).

Otra explicación proviene de la posibilidad efectiva de participar en la toma de decisiones políticas. Se ha afirmado como momento fundacional de la democracia costarricense, cuando la ciudadanía acudió por primera vez al ejercicio de la protesta callejera para hacer valer su decisión electoral, en la noche del 7 de noviembre de 1889. Sin embargo el Gobierno cuya elección fue defendida por el pueblo, disolvió el Congreso y suspendió las garantías individuales en agosto de 1892, culminando así un período de enfrentamientos con la oposición que se inició apenas cumplido su primer año de mandato (Rodríguez Vega: 2006:155-6). El pueblo efectivamente defendió en las calles su derecho al sufragio, pero eso no condujo a una definitiva consolidación institucional que pudiera llamarse democrática. Por eso se considera que la incorporación del voto directo en 1913 es el inicio del fin de una era de exclusión política que acompañó la etapa de consolidación del liberalismo entre 1870 y esa fecha.

Al respecto Iván Molina (2001) ha propuesto una controversia con el planteamiento que imputa al sistema político costarricense dinámicas de exclusión centradas en las diferencias étnicas y de clase entre 1870 y 1913, derivadas del sistema censitario y calificado que reducía el ejercicio de la ciudadanía política a un pequeño grupo de propietarios blancos.

Por el contrario Molina formula la existencia de una práctica política que resulta más incluyente de lo comúnmente aceptado, y creemos que en esa medida ayudó a perfilar una imagen de sociedad democrática en construcción que resultó firme, incluso ante el impacto certero de toda clase de experiencias de autoritarismo político e inculcación de derechos de ciudadanía. Para apoyar su argumento, Molina recurre a tres fuentes de análisis: el tamaño del padrón, la participación de los ciudadanos en los comicios, y la composición social y el comportamiento de los electores en segundo grado. Anota que entre 1885 y 1913 el porcentaje de varones adultos aptos para votar aumentó en proporciones superiores a la de otros países de América Latina y comparables con los niveles que por entonces se observaban en Estados Unidos y Gran Bretaña. Lo mismo en relación con los bajos niveles de abstencionismo. La hipótesis que explica este proceso de expansión, solamente limitado por los procesos de colonización agrícola y los flujos migratorios que les acompañaron, es que las tendencias a la inclusión política de las mayorías, generadas desde la constitución de la república terminaron favoreciendo una dinámica competitiva de los partidos que, en procura de adhesiones electorales, apoyó a su vez la expansión de los votantes acreditados con los cuales debieron los partidos suscribir diversos compromisos. Al final, en una especie de secuencia virtuosa de eventos, los compromisos políticos de los partidos derivaron en reformas sociales y orientación de los recursos públicos que favorecieron en su momento la capacidad política de los ciudadanos. La democracia electoral se desarrolló porque en su devenir propició la expansión de las capacidades de la ciudadanía.

Nuestra hipótesis es que la elevada asistencia a las urnas, y el incremento correspondiente en la inscripción electoral, fueron producto de la creciente competencia entre los partidos, que se intensificó después de 1902. En su afán por capturar el mayor número posible de sufragios, los partidos se esforzaron por empadronar y movilizar a todos los varones costarricenses que podían calificar para votar, independientemente de su etnia o condición social. Y para lograr ambas metas, empezaron también a establecer compromisos con sus votantes, ya fuera para satisfacer expectativas individuales, familiares o comunales. En efecto, la proporción del gasto estatal dedicada a educación, salud y obras públicas (que incluía infraestructura escolar y sanitaria) se elevó de 24,4 por ciento entre 1890 y 1901, durante los gobiernos autoritarios de Rodríguez e Iglesias, a 34,3 por ciento entre 1902 y 1916. Y entre esos mismos periodos, la tasa de crecimiento anual del empleo público se elevó de 2,1 a 4,1 por ciento (Molina: 2001:49-50).

La segunda cuestión abordada por Molina responde a la calidad de la representación en los sistemas de elección en segundo grado (Idib: 50 y ss.). La idea es que exclusión de clase limita la posibilidad de expresión de intereses colectivos entre los electores que en su lugar solo representan a las élites intelectuales y políticas. Basado en evidencia empírica sustancial, incluido un padrón de más de novecientos electores de segundo grado activos entre 1897 y 1907, Molina muestra que en términos de su composición se trataba mayoritariamente de grupos medios, representantes menos de la gran oligarquía cafetalera y más de jerarquías locales agrarias cuyos comportamientos políticos, relativamente autónomos del debate nacional y referidos a sus propios electorados, condujeron a la aprobación por parte de las élites políticas de la época de las reformas que condujeron al voto directo en 1913. Opina Molina que fue la aspiración de mayor control electoral lo que motivó la eliminación del voto censitario. Entretanto se tejieron los hilos de una competencia partidaria que favoreció su desarrollo contemporáneamente con el fortalecimiento de la capacidad de elección de los ciudadanos. Perdió quizá la política local y al cabo de los años ese es un desafío que el sistema político aún no logra enfrentar.

Todo esto enuncia una dinámica política que, con luces y sombras, muestra tempranas aspiraciones democráticas, dinámicas políticas heterogéneas y distribuidas y una evolución institucional que a la larga favoreció la expansión de los derechos políticos. Pero todo esto ocurrió en el contexto de la afirmación y ampliación de desigualdades sociales que no desaparecieron en el camino, víctimas de la exclusión autoritaria, sino que lograron integrarse como ingredientes activos de la sociedad nacional.

II

LA DESIGUALDAD CONSTRUIDA

En el capítulo anterior el interés ha sido revisar los fundamentos históricos de la construcción de una identidad igualitaria, que lejos de ser expresión de equidad en las relaciones sociales, constituye más bien una suerte de aspiración, un deseo constructivista que eventualmente deviene real. La sociedad costarricense ha sido étnica, económica y políticamente desigual desde sus orígenes, pero la aspiración de dejar de serlo y constituirse en una sociedad democrática, justa y culturalmente integrada, afincada en diversas motivaciones, ora de control ora de emancipación; contribuyó a la definición de mecanismos institucionales, prácticas y representaciones que han propendido a la integración social real, tanto como a la legitimación de un discurso igualitario históricamente persistente. La aspiración por la equidad, más que la conciencia de la desigualdad, ha jugado un papel central en la motivación de políticas públicas y prácticas sociales igualadoras.

En este capítulo interesa revisar el sustrato material de nuestra igualdad percibida. Para ello conviene partir del período de afirmación de la identidad económica de la nación, entendiendo por ella la consolidación del modelo agroexportador y de su imbricación con una dinámica política que afirma derechos incluyentes.

El punto de partida es la imagen resignificada -por no decir inventada- por los liberales de la identidad nacional centrada en el pequeño propietario rural. Cuando esta imagen de la sociedad está debidamente instalada en el discurso de las élites políticas y económicas, gracias a los procesos de modernización derivados de la expansión de la agroindustria del café y el banano con las manifestaciones de urbanización subsiguientes, se desarrollan las condiciones para la emergencia de un discurso alternativo

sustentado por fuerzas sociales, políticas y culturales emergentes. Alrededor de la denuncia de la pobreza y la explotación en la que vive la mayoría de los costarricenses, un nuevo discurso propone reconstruir la identidad nacional a partir de la visibilización de los excluidos y la lucha a favor de su acreditación ciudadana plena. Esta lucha se prolonga por lo menos durante la primera mitad del Siglo XX y culmina con la afirmación de un proyecto político de clase media para la clase media. En otras palabras se construye a lo largo de medio siglo una alternativa a la nación liberal prohijada, ya no por las élites económicas e intelectuales sino por una alianza de raigambre popular con influencia innegable de la iglesia católica y una secuencia de representación política que transcurre entre derivaciones demócrata cristianas y socialdemocráticas.

En ese decurso pueden distinguirse dos grandes períodos: el de la construcción de la diferencia como criterio de equidad hasta 1948 y el de la fundación de una sociedad de clase media hasta 1982.

Reivindicar la diferencia: adecuar la realidad.

La investigadora nórdica del fenómeno de la producción de la pobreza, Else Oyen, recuerda cómo fue por medio de la literatura que el mundo moderno comenzó a tener conciencia de la pobreza de sus habitantes. Esta es también la experiencia costarricense. Rojas y Ovares (1995:68) describen así el fenómeno hacia comienzos del Siglo XX:

La literatura de principio de siglo tenía una visión de país que se concentraba en el Valle Central, lo imaginaba como un espacio idílico y pacífico, habitado por una comunidad de laboriosos propietarios. Este mundo era armónico y cerrado, “todos éramos iguales”, y por esto, expulsaba de sí cualquier elemento perturbador, negaba o neutralizaba los elementos extraños y conflictivos. Sin embargo, en la misma literatura, este mundo idílico se empezó a percibir cada vez con más nostalgia y la imagen utópica comenzó a fracturarse.

Los relatos de igualdad desempeñaban una función política legitimatoria, intrínsecamente necesaria para la afirmación del sistema político y económico. La nación liberal mostraba pruebas innegables de existencia en la condición social igualitaria derivada del funcionamiento de la máquina económica. El mercado se afirmaba como fundamento de la cohesión social porque el resultado social de su desempeño era ética y políticamente

legítimo. Aceptar que el mercado podría producir pobreza y desigualdad habría sido políticamente inmanejable para el discurso liberal fundador de la nacionalidad modernizante de principios del Siglo XX. La pobreza y la falta de oportunidades provenían de un pasado premoderno, arcaico, donde ni la democracia ni la libre competencia tenían cabida.

Pero conforme avanzaba la estructuración de una economía compleja, se hacía cada vez más difícil el sostenimiento del ideal igualitario. La cuestión social transitaba desde la sola afirmación de la igualdad social con fines legitimatorios, hacia la lucha organizada para demostrar las diferencias sociales y vehiculizar la acción política con fines contestatarios. La denuncia de la opresión convive o influye en el aumento de la conciencia entre los liberales sobre la necesidad de introducir reformas para mitigar las diferencias sociales y ofrecer oportunidades para todos. La lucha socialista embrionaria es contemporánea con la reforma política liberal y juntas contribuyen a la formulación de las demandas de una sociedad que aspira a la integración haciendo votos por una temprana afirmación de la democracia.

Los antecedentes de los que abrevan los discursos políticos y culturales que buscan reivindicar la diferencia, provienen justamente de la fuerza organizativa de los menos favorecidos. En la historia de las luchas sociales de Costa Rica el proceso de urbanización derivado de la expansión cafetalera es una fuente primaria de organización e identidad colectiva de sectores sociales. Al respecto Oliva (2006) propone una evolución derivada desde las organizaciones mutualistas que se remontan a los primeros años de la década de 1850 hasta las ligas obreras de principios del Siglo XX. Contra las argumentaciones que valoraron las primeras formas de organización (el mutualismo y el cooperativismo) como expresiones de falta de autonomía y derivaciones del poder patronal¹¹, la hipótesis de Oliva (Ibid:72-86) es más útil para los propósitos de este ensayo pues considera que estas formas primarias de organización era entidades socialmente heterogéneas, capaces de actuar en el plano socioeconómico con reivindicaciones propias de su quehacer, y en el campo político y cultural (tenían su propia prensa) por medio de “una especie de proyecto transformador de la sociedad” cuya piedra angular consistía en la “unión del productor directo con los medios de producción”.

El desgaste de las organizaciones mutual y cooperativistas provino de dos fuentes: la reacción contraria de la Iglesia Católica que instaló sus propias

11 Oliva cita los trabajos de Vladimir de la Cruz y de Carlos Luis Fallas como ejemplos de una lectura histórica sesgada a favor del sindicalismo como única expresión auténtica de la clase obrera.

formas organizativas alrededor de los llamados Círculos Católicos y la erosión política de las propias mutuales en virtud de sus vinculaciones con las élites gobernantes. Ello dio pie para la emergencia más vigorosa de la Liga Obrera, que aunque vivió y murió al arrullo de una estrategia electoral y una apuesta por el parlamentarismo, constituyó base de las principales formas de protesta social que se desarrollaron en el Valle Central.

Estas manifestaciones embrionarias de organización laboral presentaban rasgos que permanecen vigentes más de un siglo después: la apelación a la organización interclases, la importancia del mutualismo y las aspiraciones de consolidar procesos políticos autónomos o influir en las decisiones políticas como expresión de medios de acción institucional. Clases había, pero la voluntad de ignorarlo por parte de algunos y las convicciones conciliadoras de los propios dirigentes gremiales, no permitían la consolidación de imágenes fragmentadas de la sociedad.

La luchas sociales, fórmula más o menos neutra para enunciar la evidencia de confrontación social impulsadas por colectividades con algún grado de asociación previa, motivadas en denuncias de trabajadores contra empleadores o contra el Estado, o simplemente disputas en relación con calidad de vida, son en Costa Rica un fenómeno evidente al iniciar el Siglo XX, inauguradas con huelgas de operarios de imprenta y panaderos en 1901. Lo interesante es que, como lo demuestra Oliva (Ibid: 104-105), pese a que la de los panaderos fue anunciada como la primera huelga formal de la historia por un medio de la época; desde un cuarto de siglo antes *chinos, jamaíquinos e italianos* habían realizado sucesivas huelgas en el contexto de la construcción del ferrocarril.

Una vez más lo costarricense quedaba referido al Valle Central, y las diferencias que encendían fuegos sociales fuera de la calma del altiplano tenían un estatuto menor. Parte de ello estaba asociada a la preocupación entre las élites por la tolerancia de flujos migratorios que alejaban a la nación de su proyecto de uniformación étnica, económica y cultural. Citando a Rodríguez y Borge, Chou (2002:41) menciona una oferta concreta de Minor C. Keith al gobierno en el proceso de construcción del ferrocarril: “[africanos y asiáticos] volverán a embarcarse tan pronto como la línea del ferrocarril llegue a Santiago, y [que] han de permanecer todo ese tiempo aislados en sus campamentos, sin contacto con la gente de aquí.”

La tensión de esta época transcurre entre una élite que procura la fundación de un orden vertical centrado en instituciones y normas y una demanda social creciente, que sin cuestionar los fundamentos normativos de la república liberal, busca que se reconozca la injusticia como fundamento de

un orden alternativo. El epígrafe del capítulo 15 de la *Biografía de Costa Rica* de Eugenio Rodríguez (2006:211), un fragmento de Mario Sancho de su texto: *Viajes y Lecturas* de 1934, ilustra esa tensión:

...el orden es otra de sus cantadas favoritas y el pretexto socorrido para condenar cualquier intento de justiciera evolución. A nuestro juicio el orden no puede ser más que la equidad, y así como sería absurdo esperar que tenga salud un individuo cuyos órganos andan mal, es también absurdo esperar que haya orden verdadero dentro de una sociedad, cuyo mecanismo funcional está desarreglado, y produce a cada paso fricciones cada vez más graves. El orden, que es la salud del cuerpo social, difícilmente existe donde no hay armonía y la armonía a su vez tampoco pueda haberla sin que haya antes justicia.

La disputa de la imagen nacional se libra en tres terrenos cuando menos: en el plano económico donde las demandas laborales contribuyen a decantar los contornos del estado social; en el terreno cultural donde las artes y la educación son punta de lanza de la denuncia de inequidad y en el terreno político, donde la persistencia del dominio liberal no impide la adopción de medidas regulatorias que reflejan la permeabilidad del sistema político producto de la incorporación activa de los sectores populares.

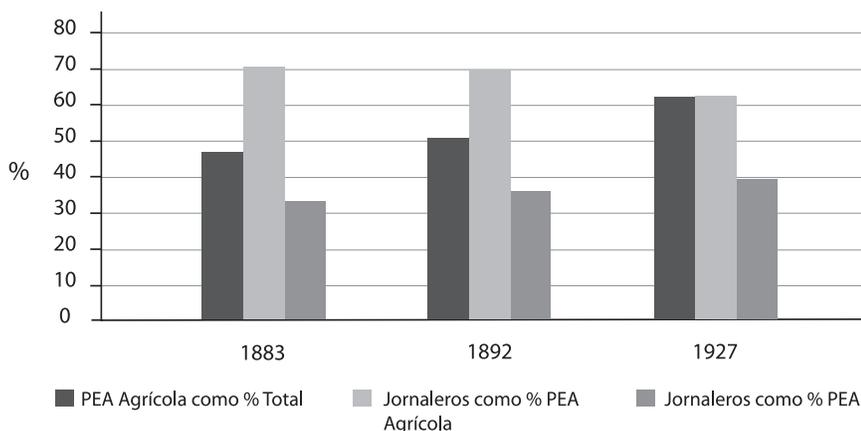
El perfil económico de la sociedad a principios de siglo estaba cada vez más estratificado porque la urbanización había permitido la ampliación de capas medias básicamente integradas por artesanos. En febrero de 1910 las distancias sociales quedaban indicadas por un texto de Hoja Obrera, el órgano de tendencia socialista reformista desaparecido en 1914, en donde un colaborador ilustraba diferencias de ingreso diario: un peón ganaba un colón, los artesanos tres; los ministros de estado veintitrés (Oliva, 2006:46). Eso significa, grosso modo, que los ingresos superiores podían multiplicar por 23 los ingresos inferiores.

Considerando los niveles de ingreso promedio de la actualidad (Encuesta de Hogares 2006), partiendo de un ingreso per cápita de 21 mil colones del 20 por ciento más pobre y de 305 mil colones del 20 por ciento más rico, la distancia actual entre ingresos superiores e inferiores es de 14 veces. Si más bien pensamos en salarios mínimos y partimos del mínimo menor, de 156 mil colones mensuales (a julio del 2007) y lo comparamos con el salario de un ministro de Estado, de alrededor de 1 millón y medio de colones la distancia se reduce a 9,6 veces. En otras palabras para alcanzar

en la actualidad las distancias de ingreso entre un peón y un ministro en 1910, éste tendría que ganar más del doble del salario actual.

La segmentación social creciente puede examinarse desde la composición de la estructura ocupacional según reportan los censos de 1883, 1892 y 1927.

Gráfico N° 3
El agro y el empleo



Fuente: Elaboración propia con datos de censos nacionales.

Los datos censales permiten una aproximación a la evolución de la estructura ocupacional. En la construcción del gráfico anterior se partió de las categorías del censo de 1927 que conservan alguna familiaridad con las descripciones previas y que fueron agregadas en sectores más amplios. Hay por supuesto diferencias metodológicas que seguramente no harían comparables los datos, con el rigor de las normativas actuales. Haciendo caso omiso de esas cuestiones, y a mejores fuentes de información aún por identificar, lo que sobresale de los datos es de doble importancia para la problemática de la equidad.

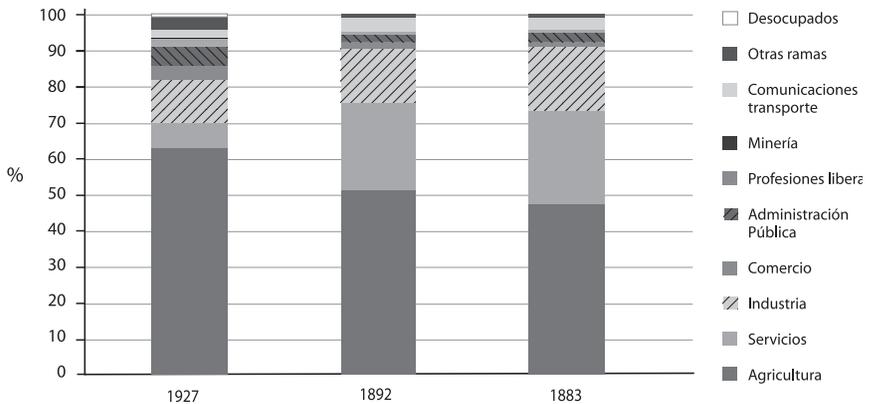
Obsérvese que la modernización económica tiene forma de ampliación de la preponderancia del asalariamiento agrícola, como queda de manifiesto con la tendencial progresión ascendente de la PEA agrícola en relación con la población activa, de 47 por ciento en 1883 a 67 por ciento un cuarto de siglo después. La tercera columna indica la evolución de la proletarianización del trabajo rural porque muestra cómo proporciones cercanas a 70

por ciento de los trabajadores del campo se ocupaban en la condición de jornaleros. La tendencia es creciente en términos de la PEA total, porque el porcentaje de jornaleros respecto del total de los trabajadores evolucionó de 33 por ciento a 39 por ciento en el período indicado.

La estructura económica se asentaba en una creciente actividad agrícola que ocupaba cada vez mayor cantidad de fuerza de trabajo y que reflejaba un grado significativo de concentración. Mientras 63 por ciento de los trabajadores rurales era jornalero en 1927, la proporción de ocupaciones que podrían calificar a los propietarios, entre ellas cafetaleros y “agricultores en general” alcanza proporciones menores del orden de 7 por ciento y 21 por ciento respectivamente. La imagen es entonces de una sociedad de base rural con una mayoría proletarizada en niveles seguramente concordantes con los que hoy calificaríamos como de pobreza. La sociedad imaginada de los propietarios se construía sobre la base de la peonización.

Una mirada más integradora de la estructura socio-ocupacional, tratando de valorar las vinculaciones urbano-rurales, se observa en el siguiente gráfico.

Gráfico N° 4
Evolución de las ocupaciones



Fuente: Elaboración propia con datos de censos nacionales.

Los datos parecen indicar una tendencia a la polarización con primacía de los trabajos agrícolas en demérito de los servicios (generalmente domésticos) y de las actividades industriales (típicamente oficios). La ampliación capitalista significó la expansión del trabajo agrícola como oportunidad, lo

que condujo a una imagen sociolaboral menos diversa. En el mismo cuarto de siglo empieza a manifestarse la ampliación de actividades propias de la urbanización incipiente, como es el caso del ensanchamiento de la contribución del empleo público y las profesiones liberales.

Así puede entenderse el malestar que produce la persistente afirmación liberal de un ideal de país sin diferencias sociales en medio del proceso de su establecimiento; en una época en que el éxito de la economía agroexportadora supone la ampliación de las desigualdades en el mundo rural mayoritario.

La crítica a la visión bucólica de la Costa Rica campesina proviene de sectores que justamente no lo son, como es el caso de las élites culturales y los artesanos urbanos que encabezan los movimientos de protesta social y denuncia que marcan la lucha social de las primeras décadas del Siglo XX. Rojas y Ovares (1995:69) recuerdan cómo Omar Dengo en 1919 procuraba la recuperación de la “realidad profunda” del campesinado más allá del folclorismo despectivo de lo concho. En 1927 el mismo Dengo afirma la existencia de una cultura afrodescendiente denunciando el “mito de Costa Rica como país de blancos y el implícito racista que atribuye peligrosidad sexual a los negros”.

La era de la modernización liberal construye una sociedad más compleja que la que el propio discurso modernizante reconoce como existente. El país no está poblado por propietarios iguales, sino por una masa de proletarios agrícolas subordinados al poder económico y político de una reducida oligarquía comercial y agroexportadora. Se procura mitigar en el plano político las diferencias sociales acentuadas por el proceso económico, por medio de la combinación de una función “publicitaria” de la instrucción pública y una gestión clientelista de la política que otorga poderes electorales más amplios de lo esperado. A la larga estos tres elementos, la proletarización del trabajo, la ampliación de la instrucción y el fortalecimiento del campo político por medio de la acción de los partidos, constituyen los referentes de la construcción política del problema social; de la invención social de la desigualdad como referente primario de la política.

Vladimir de la Cruz (2005: 56) advierte que entre 1870 y 1930 la pobreza no está planteada como problema. Las organizaciones sociales la definen tangencialmente como “cuestión social”, “problemas sociales” o “males sociales”. Tampoco se plantea la pobreza como cuestión central en el discurso político. Señala el autor que no hay evidencia del uso de la palabra pobreza en los programas de los partidos políticos defensores de los trabajadores, ni en los informes presidenciales o en los planes

gubernamentales. En la lógica de los grupos dominantes esto se explica porque “es importante hacer parecer que (la pobreza) no existe”. (Ibid: 65). ¿Pero por qué tampoco está presente como problema en el discurso de los desposeídos? La razón que esgrime de la Cruz es que los movimientos mutualistas y las asociaciones gremiales y sindicales de este período solo estuvieron en capacidad de plantearse primero “problemas específicos y particulares” (Ibid: 64). Concluye con que “el conjunto de las luchas sociales relacionadas con la pobreza se agotaron (sic) en la inmediatez de cada una y en las posibilidades concretas de sus respectivas soluciones” (Ibid: 66).

En esta visión solamente la confrontación total y final con las estructuras económicas podía conducir a una genuina lucha contra la pobreza. Más útil para nuestro propósito de rastrear los derroteros de las ideas de igualdad, en una sociedad estructural y socialmente desigual, resulta suponer que la pobreza no es motivo de movilización porque la sociedad en su conjunto, es decir la construcción idealizada del discurso dominante, la ha definido como una condición integradora: Costa Rica *es* pobre y salir de la pobreza es una necesidad del desarrollo nacional y no de los individuos concretos. La pobreza se entiende como un “mal orgánico, inherente a la sociedad” (Viales, 2005: 93).

De ahí que resulte más importante y movilizador un discurso centrado en la justicia y la igualdad de las oportunidades que una denuncia mínima de la existencia de pobreza. Por eso los relatos se concentran en la denuncia de las condiciones de vida y de trabajo y en el reclamo del derecho para superarlas. Esto puede entenderse como la consolidación de una cultura política liberal que habrá de impregnar la gestión gubernamental y la acción política y social de los contrarios al liberalismo. El propósito de las luchas sociales del período liberal no consiste en la lucha contra la pobreza sino en la denuncia de la injusticia y la desigualdad en las oportunidades. Esa aspiración condujo a la afirmación de un primer régimen de bienestar liberal que Viales, citando a Palmer, define como integrado por tres pilares, a saber: la beneficencia eclesiástica, la filantropía oligárquica y las políticas públicas, que considera son antecedente inmediato y fundamento de las más profundas reformas sociales de los años cuarenta (Ibid: 94).

La formación de una conciencia propia entre los trabajadores de bajo ingreso tiene lugar en dos espacios sociales que no se tocan, al menos hasta la década de los treinta. El incipiente mundo urbano, marginal y subordinado de la centralidad económica del agro pero influyente culturalmente, y el desarrollo de la economía de enclave y plantación que en el Caribe definía una nación singular. Dice Víctor Hugo Acuña (1986:19):

Los trabajadores urbanos costarricenses conformaron su propia cultura, ideología y conciencia social. Por el tipo de organizaciones que formaron y por las características de su participación política, no fueron ni radicales ni socialistas por lo menos hasta 1910. Su ideología era, más bien, liberal, moderada y evolucionista. Su principal preocupación no era cambiar la sociedad, sino mejorar su posición, como individuos y como grupo social, dentro de ella.

A partir de la década de 1910, la posición política y las expresiones organizadas de los trabajadores urbanos tienden a radicalizarse en virtud de la confluencia de ideas nuevas derivadas del pensamiento anarquista y socialista que ya influye los movimientos sociales europeos de la época y de la propia evolución de las condiciones de vida, que lejos de apuntar a un mejoramiento derivado de la promesa liberal de progreso por el trabajo, empieza a mostrar signos de deterioro que se agudizan desde mediados de la década con los efectos negativos de la Primera Guerra Mundial. Es así como el terreno es fértil para el nacimiento de medios de comunicación como “Hoja Obrera” (1909), “Renovación” (1911) y “Aurora Social” (1912) e importantes organizaciones como el Centro Germinal (1912), espacio de encuentro entre los trabajadores y la intelectualidad crítica del momento y la Confederación General de Trabajadores fundada en 1913.

Pese a ello, la radicalización ideológica y el fomento de las organizaciones populares no conducen necesariamente a la afirmación de una propuesta de orden social alternativo, que pudiera significar una evidente renuncia a la pertenencia a esa comunidad política cuyos rasgos definía el llamado Olimpo liberal. Acuña (Ibid: 21-23) lo analiza de esta manera:

Ni siquiera la radicalización de los años 10 implicó un serio cuestionamiento del régimen liberal. También aquellos socialistas en ciernes prefirieron no autoexcluirse, ni tampoco fueron marginados. En síntesis, ni la violencia, ni la represión, ni la intransigencia, ni la marginación son los rasgos sobresalientes de las relaciones entre las clases trabajadoras urbanas y el Estado y las clases dominantes en la época dorada de la República Liberal. Probablemente, no hizo falta la fuerza desnuda porque el régimen imperante gozaba de una gran legitimidad a los ojos de los sectores laborales urbanos y los gobernantes eran mirados más con deferencia que con temor.

Así la primera época de la identidad laboral urbana de Costa Rica no se construye en conflicto con el orden liberal sino con la injusticia derivada de la lenta marcha del carro del progreso. Se construye un discurso obrerista

que apela a un colectivo ideal heterogéneo; no a una clase en sentido estricto sino a una condición social que debe protegerse en su diversidad. Es evidente que en el sustrato, el reclamo de la diferencia se origina en raíces económicas y normativas de igualdad. En otras palabras, se construye la diferencia para reclamar la igualdad.

Un comunicado obrero publicado por el Diario de Costa Rica el 25 de noviembre de 1919, impulsando la idea de formación de un partido socialista, plantea la distribución de la riqueza como una tarea posterior a la afirmación del progreso, que se entiende, como la implantación definitiva de una economía industrial¹²:

*No se asusten los señores burgueses. Los trabajadores de Costa Rica no tendrán botín que repartirse. El botín habrá que hacerlo antes, habrá que irlo haciendo. No vamos a implantar el Soviet ni mucho menos. Haremos de pioneros del Socialismo en Costa Rica. Para esto es indispensable un estudio completo de las condiciones económicas y sociales del país, hecho con toda amplitud, y **no con estrecho espíritu de clase**, como que en un país incipiente como el nuestro, **todos, en cierto modo, hacemos de todo**. Cuando más adelante, con la industrialización que ahora es casi nula, la clase trabajadora este perfectamente separada, no se verá, estamos seguros, reducida a tan gravosa y crítica situación, porque habrá sido consciente en todo su desarrollo (Énfasis míos).*

El llamado a la formación de la conciencia de clase y a la acción organizativa arranca del reconocimiento de la necesidad de una comprensión profunda y objetiva de la especificidad costarricense, más allá de los intereses sociales y fundada en la aceptación del mito liberal de la nación socialmente homogénea, decantada desde la temprana fundación de la república: un lugar en el que “todos hacen de todo” y por lo tanto se dificulta el reconocimiento de clases separadas, autónomas en sentido económico y consecuentemente, político y cultural.

Los acontecimientos nacionales y mundiales de la segunda década del Siglo XX le habían introducido nuevas tensiones al ámbito bucólico de la Edad de Oro del liberalismo. La crisis económica acentuada por la guerra europea y el estrechamiento del ámbito político alimentado por la tiranía de los Tinoco le otorgó a los trabajadores urbanos argumentos para impulsar su proceso de diferenciación social más allá de lo antes imaginado. El triunfo de la revolución bolchevique estimuló el imaginario ideológico y creó así condiciones para un cambio de época que no habría de cuajar en

¹² Citado por Acuña 1986:24-25.

definitiva hasta la década de los cuarenta. El legado de la huelga de febrero de 1920 por la jornada laboral de ocho horas, el descanso dominical y un aumento general de salarios de 20 por ciento, constituyeron el inicio del fin de una época de paternalismo liberal. Durante los veinte, los trabajadores aumentaron sus demandas y su capacidad de organización y acción autónoma con notables resultados en la ampliación de lo que hoy llamaríamos el horizonte de derechos: en 1920 se aprobó la primera ley de accidentes del trabajo y en 1922 la de inquilinato. En 1923 con el soporte de la Confederación General de Trabajadores se fundó el Partido Reformista, todo lo cual desemboca, estimulado por las graves consecuencias de la crisis económica internacional de 1929, en la creación del Partido Comunista en 1931 (Acuña, *ibid*: 79-81).

Los años veinte, importantes en la formación de identidades sociales y políticas que reclaman su lugar en el pacto nacional, son también una época de relativa bonanza económica al menos hasta finalizar la década. Luego los treinta se presentan como un tiempo de lucha social, conflicto de clases y crisis económica. En cierto modo la de los treinta es una década que afianza en el imaginario social una sociedad menos plana, más desigual en lo económico y en lo político. Una sociedad respecto de la cual se pierde el referente jerárquico que organizaba el orden paternalismo-clientelismo del auge liberal, y se empiezan a cruzar barreras hasta entonces infranqueables: por una parte emerge el discurso prohibido (Acuña, *ibid*: 81) de la revolución proletaria y su correlato anticomunista, y por otra el Estado abandona su pose liberal y acentúa ante la crisis su intervención económica (Rojas Bolaños, 1989:31). De este modo, la sociedad gana autonomía mientras los sectores gobernantes pierden distancia respecto de las necesidades de los grupos económicos. Esta evolución indudablemente trastorna la visión prevaleciente de una sociedad sin clases y un Estado con un solo compromiso colectivo.

La estructura social conserva su base agraria predominante, pero los actores sociales ya no son todos iguales. Es importante advertir que hay no solo concentración de actividades económicas en el ámbito rural, sino más participación de extranjeros en las empresas más grandes y en las más dinámicas ramas de la producción. A comienzos de la década de los cuarenta, la mayor parte de las explotaciones industriales y comerciales se encontraba en manos de extranjeros o familias de inmigrantes tardíos de finales del Siglo XIX a lo sumo (Rojas Bolaños, *ibid*:34). Aunque minoritarios en su peso demográfico, los extranjeros disponían de las mayores explotaciones cafetaleras: datos del Censo Cafetero de 1935 indica que los extranjeros representaban 1,4 por ciento de los productores pero disponían de 14 por ciento del área cultivada debido a que sus explotaciones eran mucho más

extensas que las de los nacionales. En Cartago por ejemplo, tenían 67 manzanas en promedio, mientras que las fincas poseídas por nacionales solo alcanzaban un promedio de 4 manzanas (Carlos Merz citado por Rojas Bolaños, *ibidem*).

Si la concentración de riqueza entre extranjeros productores de café era notable, más lo era el control por parte de la United Fruit Company de la comercialización bananera y sus beneficios. Acuña (1984:15-16), distingue cuatro periodos en el desarrollo de la explotación bananera hasta 1934: el período de auge entre 1883 y 1913 cuando la producción alcanza un pico histórico de 11 millones de racimos, multiplicando 100 veces el volumen y el valor de las exportaciones iniciales. De 1914 a 1926 un descenso paulatino y entre 1927 y 1934 decadencia y crisis con caídas abruptas del volumen exportado (apenas 3.2 millones de racimos) y del precio de la fruta. Debido al aumento de los riesgos de la producción, la compañía había empezado a ceder la fase productiva a empresarios nacionales, y para la época de la crisis, antes del abandono definitivo de las plantaciones en el litoral Caribe, 75 por ciento de la producción estaba en manos de nacionales que debieron soportar disminución de precios, aumento de rechazos de fruta y suspensión de contratos (*Ibid*:17).

Por ello no es de extrañar que en ese contexto de crisis económica internacional y capacidades desiguales de enfrentarla entre la población, emerjan con fuerza discursos de enfrentamiento con el *statu quo* liberal. La promesa liberal está en crisis porque la sociedad de los iguales, la clase media rural, también lo está. En ello confluyen tanto la crítica de la emergente izquierda comunista como la denuncia socialdemocrática que por entonces ponía el acento en la volatilidad de un modelo económico centrado en el enclave bananero y el monocultivo del café. En los treinta los comunistas denunciaban la explotación de los ricos y el empobrecimiento de los pequeños propietarios. En los cuarenta los socialdemócratas procuraban el enfrentamiento con los riesgos del monocultivo y acusaban al Estado por funcionar como garante “de los intereses del capital imperialista y del gran capital criollo” (Rodrigo Facio, citado por Rojas Bolaños, *Ibid*:96).

De ambas visiones proviene una comprensión radicalmente diferente de la sociedad en dos momentos históricos: en los treinta una Costa Rica dividida por el empobrecimiento de la incipiente clase media y una polarización entre ricos y pobres denunciada por el nuevo Partido Comunista; en los cuarenta la reivindicación de la fortaleza de una identidad social sin clases antagónicas. Se publicaba así en el periódico *Trabajo*, el órgano oficial del Partido Comunista, los efectos sociales de la crisis de los tempranos treinta:

La clase media integrada por el pequeño comerciante, el industrial pobre, el propietario rural de fincas de pocas manzanas, está siendo arruinada. El monopolio comercial e industrial en las ciudades, el latifundismo en el campo, han empujado al sector proletario a esa clase media (Trabajo 2 de abril de 1933. Citado por Botey, 2005:282).

Una década más tarde, en amplio contraste, *Surco*, el órgano oficial del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales fundado por Rodrigo Facio y otros jóvenes intelectuales en 1940, reportaba la vigencia de la Costa Rica de clase media:

Como país semi-colonial, de economía basada casi totalmente en la agricultura y de industria incipiente, la clase social predominante numéricamente es la media, integrada por pequeños propietarios agrícolas, aparceros, arrendatarios, pequeños comerciantes, artesanos, profesionales, maestros, empleados de comercio, etc (Surco, julio de 1943, citado por Rojas Bolaños, Ibid:95).

Sustraigámonos por un momento de las evidentes distancias ideológicas que enmarcaban la lectura de la sociedad que hacían ambas agrupaciones, para preguntarnos si hubo cambios efectivos en la sociedad que autorizaran, después de la crisis de los treinta, el retorno a una reconstrucción de la sociedad sustentada en la mayoría igualitaria. ¿Fueron contenidas las tendencias polarizadoras que amenazaban con la fractura social a la Costa Rica de la década de los treinta? Mi opinión es que sí, y que en ese decurso confluyeron varios influjos.

La respuesta pública a las demandas de los trabajadores fue congruente con la expectativa de cambio derivada de las protestas, en primer lugar. En segundo lugar los efectos del ascenso del fascismo en Europa impulsaron alianzas políticas de otro modo impensables, y finalmente los años de la guerra coincidieron con aumentos generales en los precios del café cuyos rendimientos se distribuían socialmente, bien que mal, por medio de las remuneraciones y la recaudación impositiva. Todas estas fueron tendencias favorables a la igualdad social en el plano socioeconómico y en el político.

Desde la exitosa huelga de 1920, los movimientos sociales proyectaron una capacidad de levantamiento de justas reivindicaciones en el contexto del prontuario liberal. La clave quizá estaba en la naturaleza ciudadana de las demandas procurando, no la ruptura con el orden estatuido sino la adopción

de políticas de inclusión de los desposeídos económicos, a los derechos ciudadanos. Un ejemplo es el discurso del militante comunista español, Antonio Braña, miembro del Concejo Municipal de San José elegido en 1932, el cual refleja una retórica quizá alejada del tono cooperativo de los líderes trabajadores de los años veinte, así como un apego evidente a la reforma legal como herramienta de lucha:

No esperéis que los capitalistas os den nada, porque ellos son vuestros enemigos. Arrancadles el pan que os hace falta: luchando por una ley de seguro contra el paro, por una ley de salario mínimo, por una ley de inquilinato. Todo a cargo de los capitalistas avarientos (Citado por Botey, Ibid: 291).

Un discurso donde las diferencias sociales son denunciadas acremente; se juzgan producto de una lucha frontal, de clases enemigas, pero no derivan en el asalto al orden sino en la inclusión de los déficit de bienestar de los pobres y los trabajadores en las obligaciones del sistema.

Manuel Mora Valverde, fundador del Partido Comunista, comprendía a finales de la década que el fortalecimiento de las luchas de los trabajadores y la construcción de una identidad propia, pasaban necesariamente por el reconocimiento de las oportunidades que el sistema proporcionaba. En un discurso ante la Asamblea General del partido, en noviembre de 1938, Mora define “el comunismo tico” como referente del quehacer político futuro de la agrupación y agrega:

Creemos que nuestra democracia debe perfeccionarse, limpiándola de pillerías, limpiándola de traiciones y transformándola en una garantía cada vez mayor para la libertad de pensamiento, de prensa y de conciencia. También, con un criterio realista de la vida, proclamamos la necesidad de darle contenido económico a nuestra democracia. Es decir, que creemos que no basta que la libertad esté escrita en una constitución para que sea verdadera libertad para el pueblo; que sin libertad económica no hay verdadera libertad, y que nuestro pueblo sólo será libre cuando a la libertad política de que hoy goza con cierta relatividad, pueda agregar una amplia y verdadera libertad económica (Mora, 1938: 8).

Lejos de derivar en sanciones políticas represivas como las que asolaban las reivindicaciones laborales de las vecinas repúblicas centroamericanas, la respuesta de los gobernantes costarricenses a las luchas laborales condujo a legislación social y apertura política que permitió incluso la elección el mismo año que la gran Huelga Bananera, de dos diputados comunistas en

el Congreso Nacional. Mientras en 1928 y 1930 los trabajadores bananeros colombianos y hondureños fueron violentamente reprimidos por ir a la huelga, y en 1932 miles de indígenas salvadoreños de las regiones de Izalco y Ataco eran víctimas de una inconfesable masacre; la huelga bananera de Costa Rica, no derivó en excesiva represión debido entre otras razones a la moderación de los huelguistas y del gobierno. Según Acuña (1984: 47):

...la Huelga Bananera de 1934 no representó una clara ruptura con la práctica del sistema político costarricense de resolver los conflictos más por la vía del consenso que apelando al uso indiscriminado de la fuerza.

Los comunistas costarricenses preocupados por la adaptación de su discurso y sus prácticas a la realidad de una sociedad que se entendía a sí misma como precapitalista y democrática -en donde el sistema político "igualaba" por el lado de la ciudadanía y la lenta modernización no terminaba de "diferenciar" por medio del desarrollo de la industria y el levantamiento definitivo de la lucha de clases-, encontraron en los cambios del comunismo europeo a mediados de los años treinta una oportunidad para abandonar de plano el prontuario revolucionario y profundizar el camino costarricense (Rojas Bolaños, Ibid:61-91). Forzados por la represión, procuraron cambios de nombre y finalmente alcanzaron un notable éxito electoral a lo largo de la década de los treinta manteniendo constante presencia en el Congreso Nacional (Idem). La estrategia del Frente Popular definida por la Internacional Comunista en 1935, se terminó de cuadrar después de 1941 con el enfrentamiento entre los nazis y la Unión Soviética y la declaratoria costarricense de Guerra a las fuerzas del eje (Idem). Esto se da luego de que el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941 redefiniera ante los conservadores costarricenses el papel de la Unión Soviética y obligaran a los radicales comunistas a moderar su discurso anti imperialista contra los Estados Unidos, en virtud de la alianza internacional contra el facismo.

Los cuarenta terminan de cuajar, política e institucionalmente, una visión de sociedad que aspira a la expansión máxima de las clases medias por medio del avance de los derechos y las condiciones de vida de los trabajadores. Son claramente años donde las reformas igualizadoras consolidan los logros alcanzados por las organizaciones laborales y los afianzan en reformas legales y mecanismos institucionales. Las demandas laborales impulsadas por el partido comunista, devenido en Vanguardia Popular y legitimado por la Iglesia Católica, alcanzaron un punto culminante con la aprobación en 1943 del capítulo de Garantías Sociales en la Constitución y la promulgación del Código de Trabajo. A partir de 1946 las tensiones geopolíticas, reinventadas en el enfrentamiento con el comunismo sovié-

tico, comenzaron a debilitar la alianza política entre Vanguardia Popular y el Partido Republicano Nacional de Calderón Guardia y Teodoro Picado. En este período además, las ventajas derivadas del mejoramiento de los precios internacionales del café no lograron mitigar el aumento del costo de la vida, mientras que la oposición centraba su lucha contra el gobierno en denuncias de mal manejo administrativo, corrupción, fraude electoral y la entrega del poder a los comunistas.

Las reformas sociales de los años cuarenta, aunadas al fortalecimiento de las instituciones públicas de salud y educación, principalmente la Caja Costarricense del Seguro Social y la Universidad de Costa Rica, son expresión del avance de una agenda igualitaria que sin embargo no parecía mitigar la desigualdad estructural. La visión de un observador calificado de la época arroja luz al respecto:

En abril de 1947 el embajador Jhonson, dirigió un informe al Secretario de Estado, en el cual dice que la riqueza de Costa Rica está en manos de unos pocos individuos, que pagan salarios de hambre y que se oponen al cambio social y a la reforma social moderada. Según Jhonson, estos individuos resentían el hecho de que hubiera escapado de sus manos las riendas del gobierno; alegando desconfianza en el gobierno, evadían tanto como les era posible el pago de impuestos. Saboteaban los esfuerzos del gobierno para remediar la difícil situación fiscal, y eran responsables, al mantener ese estado de cosas, de la penetración comunista (Rojas Bolaños, Ibid:131).

Para los reformadores socialdemócratas la oposición al gobierno quedaba reducida a las denuncias por corrupción y fraude electoral, mientras que los grupos de poder económico tenían razones tangibles para oponerse a la continuidad del llamado Bloque de la Victoria. En 1946, reaccionando airadamente ante la promulgación de un aumento del impuesto territorial y la consolidación del impuesto sobre la renta, las agrupaciones empresariales protestaron fuertemente por el aumento de cargas que se sumaban a los costos introducidos en los años precedentes: días feriados, preaviso y cesantía, vacaciones, cargas salariales por la seguridad social, salarios mínimos crecientes, control del tipo de cambio, impuestos de importación y control de precios (Idem: 122).

La guerra civil viabilizada por el malestar de los grupos económicamente poderosos no fue un arrebato contra el contenido igualador de las reformas impulsadas por la coalición Iglesia-Gobierno-Comunistas. No es menor el interés explícito de Manuel Mora de negociar el levantamiento de las armas

a cambio de la preservación de las conquistas sociales alcanzadas, como tampoco lo es el compromiso de José Figueres para preservarlas. De ahí que la consecuencia práctica de la oposición conservadora al reformismo derivaría en una renovada época igualadora que se proyectaría hasta finales de los años setenta, ahora proporcionando condiciones materiales para el desarrollo de una sociedad más urbana e industrial con un definitivo impulso del Estado. De aquí proviene el período más importante de expansión de las clases medias en la historia nacional.

III

LA SEGUNDA REPÚBLICA Y LA SOCIEDAD DE SEMEJANTES: LOS AÑOS DORADOS DE LA CLASE MEDIA.

El período de 1950 a 1980 es indudablemente la época más dinámica en la promoción de una sociedad igualitaria en la historia costarricense. La evolución de los indicadores de pobreza da cuenta de una transformación social profunda donde el país logra por fin aproximarse efectivamente al imaginario igualitarista inventado por los liberales del Siglo XIX. Las diferencias sociales no desaparecen, pero merced a la reducción de la pobreza y la desigualdad se produce un ensanchamiento de la parte intermedia de la pirámide social. Hacia 1950 la mayoría de la población, por encima de 50 por ciento, era pobre. No es mucho lo que se avanza en la primera década, pero en los veinte años de 1960 a 1980 la pobreza cae 30 puntos para localizarse en las inmediaciones de una quinta parte de la población. Y las riquezas, gracias a un Estado más activo en la captación y la distribución, también se reparten en mayor medida.

Por paradójico o contradictorio que pueda parecer, esta es también una época de afirmación de diferencias sociales sustentadas en una estructura piramidal más compleja, donde la polaridad oligarquía-trabajadores, ricos-pobres, se diluye en una proliferación de capas medias y nuevos ricos asociada a la expansión del sector público y su funcionariado, a la consolidación del proceso de urbanización estimulado por la tardía industrialización que genera por fin una clase obrera más o menos definida y el fortalecimiento de grupos económicos que no provienen o no conservan vínculos difusos con la economía agroexportadora.¹³

13 El tema de las clases y estratos medios ha ocupado la atención de los investigadores sociales. Al respecto destacan los trabajos de Rodríguez, Castro et.al, Vega y Pérez Saínz. Una pregunta central se refiere a la correcta ponderación del peso de las clases medias en la estructura social. Con la excepción de Pérez Saínz, los demás

Este proceso concuerda con una división del trabajo esencial en la formación de los regímenes de bienestar en el capitalismo contemporáneo. El proceso de diferenciación social y concentración de la riqueza impulsado por el desempeño de los mercados, es constantemente marcado, delimitado y gobernado por una gestión pública encargada al mismo tiempo de abastecer fuerza de trabajo calificada y otorgar garantías de propiedad a quien solo posee su trabajo para vender. El salario justo y creciente, vacaciones, pensiones y remuneraciones extraordinarias adquieren sentido en el tanto proporcionan al trabajador asalariado seguridades que hasta entonces solo derivan de la tenencia de los medios de producción y de la tierra (Castel).

En este período el país pensado y el escenario político por fin concuerdan con su referente geográfico gracias a la migración de la red vial y a la apertura de nuevos horizontes de colonización agrícola, en mucho posibles gracias a la expulsión de pequeños productores del Valle Central (Rodríguez, 1993). La subjetividad costarricense se expande: las mujeres, cuyas luchas se proyectan desde medio siglo atrás, contemporáneas del nacimiento de las identidades “obreras” originarias, obtienen derecho al voto (aunque no derechos políticos plenos como queda de manifiesto por las luchas en torno a la igualdad real y la ciudadanía activa que se proyectan hasta finales del Siglo XX), y la población afrocostarricense adquiere carta de ciudadanía (Solís, 1992:324).

formulan una estructura donde las clases o estratos medios son mucho más pequeños que el estrato mayoritario de nivel bajo. De ser así, lo de la sociedad de clase media sería un mito más (Castro y Gutiérrez y Vega). Sin embargo una buena proporción, cercana a un tercio de la PEA ubicada en los estratos bajos, reporta ingresos superiores a varios grupos del estrato medio bajo por lo que, en teoría, podrían variar notablemente los resultados. Así por ejemplo, Castro et al. estiman para el año 2000 una proporción de 66 por ciento de la distribución de la PEA en el estrato socio-ocupacional bajo, pero de ese total, 48 por ciento son asalariados y cuenta propia del sector secundario y terciario que presentan ingresos promedio superiores a los del grupo de “empleados del comercio” que forman parte del estrato medio bajo. Si se hiciera la corrección por ingreso entonces la estratificación cambiaría completamente y en el estrato medio se colocaría la mayoría de la población ocupada (78 por ciento). El mito de la sociedad de clase media tendría así un correlato en la estructura ocupacional. El mismo problema se presenta en los estudios de Mylena Vega donde la distancia de ingreso entre el estrato medio bajo y el grupo “calificado” del estrato bajo es muy pequeña. Mi conclusión es que Costa Rica en la segunda mitad del Siglo XX se constituye como una sociedad de clase media porque a) la pobreza se reduce, b) la distribución del ingreso mejora, d) la estratificación social por ocupaciones, ingreso y nivel educativo lo demuestra y e) la conciencia colectiva lo confirma. Está en duda sin embargo la magnitud de los estratos medios, aspecto que dependerá siempre del procedimiento metodológico para su estimación. No obstante me resulta más sostenible la hipótesis de la sociedad de clase media, que la que los estudios de Vega y Castro implican.

Los cambios sociales de este período son resultado de un esfuerzo deliberado de redefinir la estructura social por medio de la gestión pública. Si en el pasado los esfuerzos de simplificación de la estructura social fueron asociados por los liberales al mayor y mejor funcionamiento de la máquina productiva privada; y posteriormente fueron denunciados en sus efectos de segmentación social por las organizaciones laborales y los círculos intelectuales de filiación socialista -que derivaron en reformas sociales orientadas al establecimiento de una promesa de integración social por el lado del trabajo-, en los cincuenta se inaugura una época francamente estatista, donde la constitución de lo social se entiende como derivada de la función activa de las instituciones públicas que redefinen a fondo su papel en la sociedad.

Este período concuerda con una renovación vigorosa de los discursos homogeneizadores, donde emerge, refrescada tras el cisma de los cuarenta, una identidad nacional unificada, monocromática en lo social y lo étnico. Alexander Jiménez (2005:88), lo sintetiza de esta manera:

Institucionalmente entre 1948 y 1980 Costa Rica deja de coincidir con el Valle Central y se gesta una nacionalización de los espacios periféricos. Los rasgos atribuidos a la identidad nacional se condensan en dos viejas metáforas: el paraíso en los trópicos, la suiza centroamericana.(...) La sociedad costarricense pasa a ser percibida y divulgada como un paraíso democrático, una tierra de justicia social. Se supone que esta característica lo convierte en un país resistente al comunismo.(...) Esta es la época en que, bajo el patrocinio del Estado, se desarrolla una cultura y una intelectualidad oficial costarricense que aquí hemos llamado respectivamente nacionalismo étnico metafísico y nacionalistas metafísicos. Ello se encargan de tramar un relato en el cual se reúnen metáforas, imágenes e imaginarios presentes desde la Independencia: el pacifismo, la blancura, la democracia rural, el carácter excepcional. En este relato hay un lugar ideal –el Valle Central–, una época dorada –la colonia– y un personaje emblemático –el campesino individualista.

La nueva época habla de la persistencia de imágenes prevalecientes pero ahora centradas en un claro enfrentamiento con las consecuencias de una gestión económica y política de la oligarquía que condujo al rezago económico, la corrupción administrativa y la insuficiencia política -hoy diríamos ingobernabilidad-, que alimentó la alianza con el comunismo y de ahí a la violencia contra las reglas de oro del juego democrático. La innovación socialdemocrática, cuyas distancias con el liberalismo

como lo ha expuesto insistentemente Manuel Solís (1992) no deben sobredimensionarse, consiste en el fortalecimiento de una máquina estatal que se ocupa de diversas tareas: de la producción como del crecimiento; de la educación como del control ideológico; de la democracia electoral como de la intolerancia a manifestaciones políticas consideradas antisistémicas.

En este período el discurso legitimador es prolífico en figuras heurísticas y metáforas que confirman la negación de lo incongruente, es decir, la invisibilidad de todo lo que no corresponde con el ideal igualitario reconstruido sobre las ruinas de una paraíso colonial víctima del liberalismo oligárquico. Se inventa una sociedad épica, fundada en los valores intrínsecos, inadvertida de conflictos sociales y luchas políticas. Un mundo feliz donde la política desaparece como expresión de los conflictos de poder en sociedades diferenciadas y segmentadas.

Este vaciamiento histórico de víctimas y victimarios ocurre desde el momento en que lo político, como ámbito de ejercicio, resistencias y transferencias de los poderes sociales, desaparece de la historia, de su narración, y en su lugar aparecen esencias, cielos, valoraciones y paraísos (Jiménez, Ibid.: 272).

Aquí quiero hacer una digresión del curso cronológico. Una sociedad sin política, porque no existe la necesidad de resolver conflictos distributivos y porque a todos asiste el mismo derecho ciudadano que la democracia garantiza, es un recurso discursivo que regresa a finales del Siglo XX, revestido ya no de esencialismo eclesiástico sino de una más mundana forma de tecnocracia económica. Los problemas del gobierno de la sociedad son asunto de teoría y práctica disciplinaria, asignada a la nueva intelectualidad reinante: los economistas liberales, neoliberales y libertarios. La buena política es la política económica, conservadora y monetarista, que se centra en el control del equilibrio fiscal y la inflación, aspectos en los que no tiene cabida la “politiquería” porque no responden a interés social predefinido e identificable. La retórica antipolítica pierde así lirismo a causa de una pretendida objetividad macroeconómica que sin embargo tiene problemas de interpelación del imaginario social. Todo el mundo se identifica con la escena y los personajes de la trama del campesino individual y montañés, pero de ordinario nos resulta difícil reconocer las bondades de una economía sin inflación (que no es lo mismo que con control del costo de la vida, lo cual depende de los precios pero también de los ingresos) o un “sano” equilibrio fiscal a menudo logrado dejando de hacer cosas que son indispensables. Sobre este aspecto avanzaremos en el capítulo siguiente; baste por ahora reconocer que con la crisis de los ochenta no solo se devaluó la moneda sino también la afirmación retórica del orden dominante.

Retomando el camino, observamos que la reacción antioligárquica no es ni hegemónica ni constante en la era marcada por la impronta ideológica del Partido Liberación Nacional que funda Figueres en 1951, sobre los restos del Partido Socialdemócrata mucho más agudo en la crítica contra el Republicano Nacional y sus principales figuras (Solís, *Ibid.*). Figueres, después de un período de afirmación de tendencias, opta más bien por un discurso mitigador donde de nuevo emerge la precariedad de la condición común, derivada del atraso económico, como el enemigo a vencer en la nueva sociedad. En *Cartas a un Ciudadano*, a comienzos de los cincuenta, Figueres decía:

*Nuestro mal no es tanto la concentración de la riqueza (que es un hecho innegable) sino su escasez y el propio rendimiento del trabajo, y en consecuencia, el bajo ingreso nacional. Con ningún plan de reparto se lograría que este ingreso mantuviera adecuadamente a toda la población. No se pueden llenar las necesidades sociales sin realizar programas económicos, sin levantar el nivel de educación, de preparación y de eficiencia, sin adoptar mejores métodos de trabajo y adquirir maquinaria, sin mejorar la productividad que es el rendimiento del trabajo y del capital (Citado por Solís, *Ibid*: 327).*

De acuerdo con Solís en el análisis del andamiaje ideológico de este período, la continuidad del proyecto liberacionista de la Segunda República es posible porque se localiza en el punto de encuentro, el ámbito común, que vincula a las dos principales orientaciones políticas que se desarrollan desde comienzos del Siglo XX. Porque los liberales, no son tan liberales, ni los socialdemócratas tan estatistas. Dice Solís (*Ibid*:79):

Los socialdemócratas surgieron en una sociedad donde ya existían otros proyectos de reforma, previos y simultáneos. Ellos no se gestaron como corriente política en una sociedad donde el Estado fuese marginal o tuviese una forma dictatorial; su problema particular no era la reivindicación de la intervención del Estado, sino la forma en que este debía intervenir y los alcances que ella debía tener.(...) Tampoco surgen los socialdemócratas en confrontación con una clase oligárquica señorial, opuesta toda forma de reforma. La “oligarquía”, contra la cual ellos luchan directamente, está constituida por los sectores que conducen el reformismo populista...

En qué sentido se vincula la realidad del cambio vertiginoso de las estructuras económicas y sociales, que acontece entre 1950 y 1980, con el discurso nacionalista que reconstruye Jiménez. Los liberales prometieron integración nacional y social por el camino de la modernización económica y los derechos civiles, que paulatinamente abrieron camino a una participación política amplia y contestataria. Ello condujo a mejoras de equidad derivadas del avance relativo de las condiciones de vida dada la expansión de las actividades económicas, tanto como el interés público en el fortalecimiento de la educación básica. Luego, la reacción antioligárquica obligaría a un nuevo compromiso basado en el reconocimiento de la existencia de trabajadores pobres (distintos de la oligarquía agroexportadora, los funcionarios y los pequeños propietarios urbanos) que merecían reconocimiento de ciudadanía, ya no solo civil (derechos de asociación ampliamente ejercidos desde finales del Siglo XIX) ni política (confirmados con la conquista del voto directo en 1913, aunque faltarían cuatro décadas para extender esa condición a las mujeres), sino también social.

La década de los cuarenta en Costa Rica es pues un período de invención de lo social, que como justamente propone el sociólogo francés Robert Castel, se dispone a domesticar el capitalismo. El período siguiente parte de esa domesticación para inventar una forma social de la misma criatura, que de ahora en adelante no ofrecerá cobijo solo para los beneficiarios del orden liberal sino para una cohorte más amplia de empresarios y funcionarios de nuevo tipo. Si los cuarenta fueron tiempo de conquistas sociales en los extremos de la pirámide, en un escenario de compromiso más que lucha aguerrida entre ricos y pobres, los años posteriores conducen a la creación de una nueva identidad definitoria de la nacionalidad moderna costarricense -la clase media urbana- en un entorno político de baja tolerancia a la disidencia en los extremos del espectro ideológico, y quizá por ello justamente parodiada como una democracia de “extremo centro”.¹⁴

Todo esto concierne a la revalorización de la importancia social del rol del Estado. El cambio impulsado por la Segunda República tiene dos contenidos estratégicos que no es conveniente menospreciar en términos de sus efectos sobre la equidad social: la abolición del ejército como autorenuncia explícita a la tentación de resolver por medios violentos los

14 La figura proviene de la novela *Víspera* de Jorge Blanco publicada en 1983, una época donde el apacible rebaño nacional (una expresión figuerista) pastaba preocupado por los acontecimientos políticos que asolaban, en genuina guerra de clases (porque no era lucha de hermanos), a los países del norte del Istmo. En la novela los costarricenses despiertan sobrecogidos un día cuando en el país se instala por fin una dictadura de extremo centro, que reprime por igual a la izquierda como a la derecha.

conflictos políticos del futuro, y la nacionalización estratégica de servicios públicos.

El significado del primer acontecimiento, correctamente ubicado en el proceso histórico que le antecede, es muestra de una forma de cultura política e insumo esencial para un derrotero que pasa a constituirse miembro activo del santoral nacional: el llamado carácter civilista que también define la identidad costarricense. Según Acuña Ortega (1996)

La peculiar situación de la institución militar en Costa Rica ha variado históricamente. En el período anterior a las Reformas Liberales, las instituciones militares o las bandas armadas dirigidas por caudillos no tuvieron presencia significativa alguna, una diferencia importante en relación con los otros países centroamericanos y con la norma en el caso latinoamericano. Con posterioridad, el Estado Liberal tuvo como principal institución al Ejército. Pero conviene señalar que, en comparación con los otros países centroamericanos, Costa Rica mostró en este período un patrón más equilibrado de gastos militares, de educación y de fomento. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, por factores de tipo geopolítico y por la evolución política interna, el ejército entró en decadencia. En 1922, el Departamento de Estado reconocía que este país había abandonado voluntariamente su ejército, que estaba siendo sustituido por una guardia civil. En 1931, el agregado militar de los Estados Unidos en San José informaba que Costa Rica había abolido prácticamente el ejército desde hacía algunos años. Es en esta óptica que debemos situar la formal abolición de esta institución, decretada por Figueres algunos meses después de la finalización de la guerra civil de 1948 (<http://www.envio.org.ni/articulo/217>).

Los grupos victoriosos del 48 supieron interpretar el mensaje de la historia y consolidaron, al más alto nivel de formalización como es el texto constitucional, el derecho a vivir sin fuerza armada. Ello por supuesto no se traduce en una automática “desmilitarización” de la sociedad por diversas razones, muchas de las cuales aparecerían en el último cuarto de siglo cuando el país es lanzado primero al apoyo de las subversiones y luego a la lucha contrarrevolucionaria. Pero indudablemente la abolición constitucional del Ejército derivó en un ahorro futuro de recursos fiscales y en la supresión de las tentaciones autoritarias que podrían germinar de persistir la institución castrense. Lo cual es hipotético porque no puede decirse que en efecto, en sentido histórico, lo que no gastamos en armas y soldados lo hayamos gastado en escuelas y hospitales.

Por lo que respecta al segundo tipo de transformaciones, las relacionadas con la nacionalización de servicios estratégicos, ella deriva de una visión de modernidad antioligárquica, pero al mismo tiempo de una ponderación racional de eficiencia de la gestión de los operadores privados especialmente en lo relacionado con los negocios bancarios y la producción y distribución de electricidad. Desde muy temprano los miembros del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales habían planteado la importancia de una gestión pública activa en el control de la producción. Pero luego todos se distanciaron del estatismo socializante de los años cuarenta (Solís, *Ibid*:170). Sin embargo con el decreto de nacionalización bancaria se reanudó el enfrentamiento entre los socialdemócratas y los grupos de capital que para entonces empezaban a agruparse discursivamente alrededor del Diario La Nación.

Los términos de referencia de la nueva vinculación económica del Estado quedaban fijados en el proyecto de constitución que los socialdemócratas habían elaborado, pero que no estarían en condiciones de aprobar dado que las elecciones constituyentes fueron ganadas por el Partido Unión Nacional de Otilio Ulate que obtuvo 34 curules de 45 (*Ibid*:293), dejando a la izquierda en una minoría dividida con 6 del partido Constitucional (vínculado a Vanguardia Popular) y 4 del Partido Social Demócrata. Por ello el proyecto de constitución de la Junta terminó siendo rechazado y en su lugar se instala un acuerdo de compromiso. Lo que no pasó fue una propuesta de capitalismo racionalista y solidario, defendida por la Junta y que en lo sustancial postulaba a) regulación a la producción privada con miras a garantizar el bienestar general; b) solidaridad y cooperación antes que lucha de clases; c) racionalización del trabajo, la empresa y la economía nacional por medio del avance científico y tecnológico y d) justicia social como principio rector (*Ibid*: 255). Y tampoco prosperó la utopía “igualitaria mercantilista” imaginada por Rodrigo Facio, que básicamente consistía en la reivindicación de un mercado sin monopolios y un Estado que no sustituye al mercado (*Ibid*: 192). Los constituyentes socialdemócratas lograron pese a todo, negociar una reforma integral de la Constitución de 1871 y con ello impregnar de su visión originaria el pacto para los nuevos tiempos. “Al quedar truncadas estas dos alternativas, se abrió el espacio para un diálogo con la burguesía agroexportadora que tuvo que renunciar a la Carta de 1871 en su formato original” (*Ibid*: 305).

Instaladas las condiciones políticas, por supuesto no sin conflictos y contradicciones, que permitieron la revisión del acuerdo político antioligárquico de los años cuarenta, a partir de los cincuenta el perfil social y económico del país se modifica sustancialmente. El Estado crece tanto en su peso en relación con la producción como en las funciones que

desempeña en la sociedad; la economía campesina se transforma al punto de la extinción; el paisaje social de las ciudades se hace complejo y diverso introduciéndose ya definitivamente la idea de una clase media urbana que ocupa el lugar dejado por la desaparición de los oficios y las clases artesanas a manos de la incipiente industrialización.

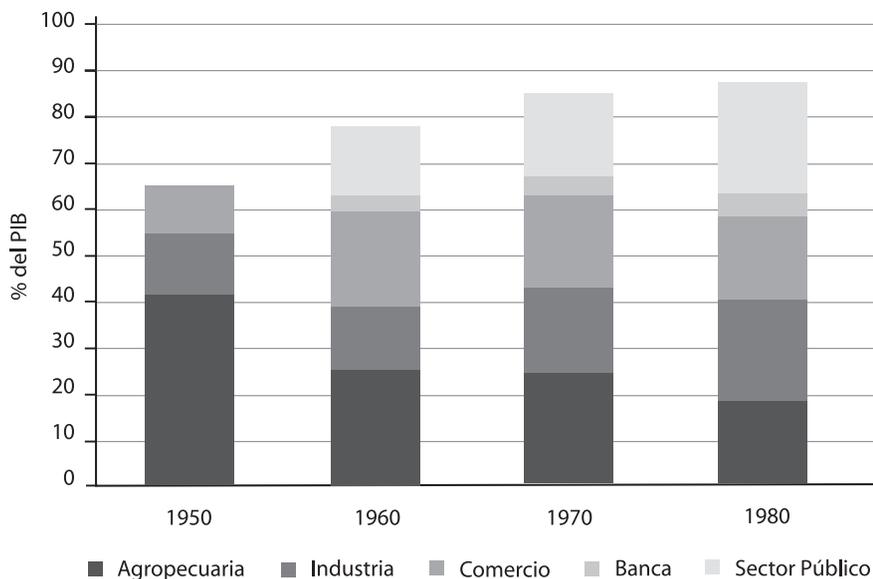
Los primeros veinte años de la segunda mitad del Siglo XX son décadas de expansión sin precedente. La economía centroamericana en general crece más aceleradamente que el promedio latinoamericano, pero Costa Rica creció a una tasa promedio de 6.5 por ciento durante los veinte años que van de 1950 a 1970. En trece de esos 20 años el crecimiento de la economía costarricense fue igual o superior al promedio de América Latina (Guerra Borges, 1993:17-18).

La expansión económica es conducida por una estructura en transformación, en la que pierde peso paulatinamente el sector agropecuario en beneficio de una mayor presencia de la actividad gubernamental y de la industria. Así, como se ve en el siguiente gráfico mientras la contribución del sector agropecuario al Producto Interno Bruto se redujo a la mitad, la participación del sector público se duplicó y la industria en las décadas del sesenta y el setenta experimentó sus años dorados.

Este acelerado crecimiento en sí mismo, es decir aislado de los cambios inducidos directamente por políticas públicas, fue fundamental en la transformación de la estructura social costarricense. A simple vista, hay cambios notables en la contribución del mundo rural a la definición del perfil de la sociedad, conforme aumenta la presencia de categorías sociales emergentes que empiezan a ocupar una nueva centralidad en el imaginario del país. Mientras en el período anterior la imagen de la clase media está asociada a la pequeña propiedad rural, a partir de la segunda mitad del Siglo XX empieza a vincularse progresivamente con el mundo urbano y el servicio público.

El cambio mayor no es tanto la urbanización de la población como la pérdida de importancia económica de la producción agropecuaria por una parte, que se acompaña, por otra, de la transformación en las relaciones sociales de producción. En tanto la producción agropecuaria en su conjunto pierde importancia relativa, la población campesina empieza a menguar en relación con la población total (Rodríguez, 1993:49-52).

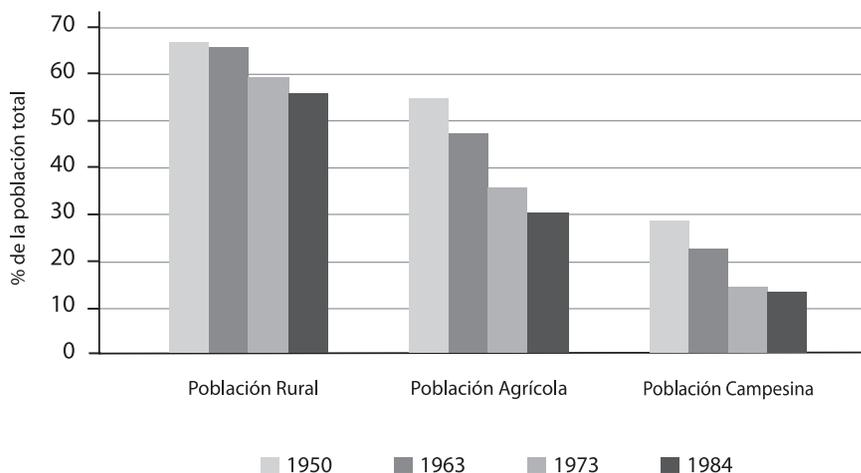
Gráfico N° 5
Cambios en la estructura productiva



Fuente: Elaboración propia con datos de OFIPLAN, 1977.

Los datos de Rodríguez proyectan la extinción del campesinado costarricense que tiene lugar en la segunda mitad del Siglo XX. Las cifras son elocuentes (Gráfico N° 6): mientras la población rural disminuye a un ritmo relativamente lento al pasar de 66 por ciento del total en 1950 al 55 por ciento en 1984, la población agrícola lo hizo a un ritmo más acelerado, pero todavía inferior al de la población campesina. Esta última se redujo de 28 por ciento en 1950 a 13 por ciento en el último año de la serie.

Gráfico N° 6
La extinción del campesinado



Fuente: Elaboración propia con datos de Rodríguez Solera, 1993.

Con esto el personaje principal de los discursos dominantes del período, como lo destaca Alexander Jiménez, prácticamente desapareció del mapa social. Este fenómeno tiene implicaciones simbólicas porque la identidad original arraigaba en la figura mítica del labriego sencillo, que es el campesino o más técnicamente el pequeño productor agropecuario por cuenta propia. Pero no necesariamente supone una transformación en sentido negativo de las condiciones sociales de vida de la población. Dicho de otro modo, con el campesinado desapareció una parte significativa de la pobreza originaria del país y si bien también desapareció la pequeña propiedad rural, lo cierto es que en manos de los campesinos las pequeñas parcelas estaban cada vez más limitadas en su capacidad de sostenimiento material. Las parcelas en manos de los campesinos eran escasamente viables, entre otras razones a causa de su pequeña extensión y las dificultades derivadas en términos de escalas y rendimientos. En 1950, 44 por ciento de las fincas, las más pequeñas, ocupaban solamente 2,9 por ciento de la superficie cultivada. En 1973, 46 por ciento de las fincas abarcaba solo 1,9 por ciento de la superficie (OFIPLAN, Ibid:188).

Otra causa de la extinción del campesinado es la consolidación del mercado agrario, con lo cual se manifiestan dos fenómenos complementarios: el asalariamiento y la concentración de la propiedad, que es el reverso de

la atomización parcelaria. Mientras en 1950 todavía la mayoría de los que trabajaban en el campo eran cuentapropistas, es decir campesinos, en 1984 ya más de 55 por ciento de la población ocupada rural era asalariada. La expansión de las relaciones salariales debe valorarse en su correcta dimensión, pues aunque supuso la pérdida de un control original sobre la tierra, permitió el acceso a garantías sociales relacionadas con el salario que hasta entonces no abarcaban a la población rural. Recuerda Manuel Solís (Ibid:107) que la seguridad social abarcaba a comienzos de los cincuenta apenas 19 por ciento de la población ocupada y que, por ello, los pequeños productores cafetaleros y los artesanos veían en ella más costos que beneficios. Las relaciones salariales se ampliaron en la medida en que el despojo de la propiedad condujo a la concentración: en 1973 apenas 7,3 por ciento de los propietarios de tierras cultivables multiplicaban por diez la proporción de extensión en su haber (67,7 por ciento) (OFIPLAN, Ibid:189).

Mientras los campesinos desaparecían frente a la modernización económica, los empleos públicos florecieron. Los empleados del gobierno en 1950, alrededor de 20 mil en una masa laboral de 272 mil (7 por ciento) alcanzaron en 1980 20 por ciento de la población ocupada, con una época de notable expansión del empleo público, que alcanzó tasas anuales de 32 por ciento en los primeros años de la segunda administración de don José Figueres. Los nuevos sectores medios, se consolidaron al punto en que la distribución del ingreso durante el período 1950-1980 tendió a perjudicar los extremos de la distribución. De este modo mientras el ingreso del 20 por ciento más pobre disminuyó entre 1961 y 1971 de 6 por ciento a 3 por ciento del total del ingreso, el de las familias de más alto ingreso bajó también de 46 por ciento a 34 por ciento (Idem: 186-187). Las consecuencias de este proceso se revelan en un fenómeno de importancia política central: aunque menores en número, los grupos medios se apropian del imaginario nacional y construyen una sociedad ideal que depende del dinamismo del Estado, que es a la vez fuente de distribución por medio del empleo público, como de redistribución por medio del gasto social.

No obstante los logros sociales y económicos de los sectores medios, centrados en la ampliación de la actividad pública y el estímulo a su capacidad de consumo, el desarrollo del Estado redundó en beneficios más generales para el conjunto de la población. Una maquinaria estatal que agregó 216 instituciones entre 1950 y 1980, más del doble de las 110 creadas desde la independencia (Castro, 1995), aportó cambios sustanciales a la oferta de oportunidades de progreso social efectivo para la población. Por esa razón el balance distributivo no puede hacerse sólo en relación con la concentración del ingreso y la propiedad. Por esa vía no podríamos

simplemente comprender la añoranza de una sociedad de oportunidades equitativas que, a la vista de la crisis y de sus reformas, parece superada por los tiempos.

Con la modernización de la postguerra la sociedad costarricense se transformó en un sentido finalmente capitalista, a tono con las expectativas de modernidad que impulsaron en el pasado el liberalismo originario y la síntesis liberal-socialdemócrata que se instaló dominante a partir de 1948. Se fundó un aparato estatal más complejo, con funciones diversas más allá de la mínima regulación que esperaban los caudillos del Olimpo. La dependencia de la agroexportación cedió por fin, no a causa de la disminución de su importancia en la generación de exportaciones, pero sí en contraste con un mercado interno más dinámico y una industrialización incipiente orientada a la sustitución de importaciones. El campo primitivo empezó a desaparecer quizá gracias al impulso de la técnica y el progreso que añoraban Figueres y los socialdemócratas, pero a costa del emblema máspreciado de la nacionalidad: el labriego sencillo. Los pobres adquirieron un marcado acento rural, mientras la clase media se vistió de cuello blanco acompañada de unos pocos obreros industriales que no alcanzaron a representar más que un puesto de trabajo entre cada 6.

La utopía positivista del orden industrial no logró implantarse con fuerza suficiente para estimular una asociatividad contestataria, con conciencia de clase obrera. Hubo, es cierto, aumento general de la sindicalización, pero en mucho referida a la actividad estatal y al mundo bananero. Fuera de ahí muy poco, hasta que a comienzos de la década de los ochenta el ideal solidarista de otro fundador de la Segunda República, Alberto Martén, cuajó en una forma de organización peculiar, más cercana del mutualismo decimonónico que de la corporación sindical: el movimiento solidarista.

Costa Rica se distanció definitivamente de los promedios centroamericanos a partir de los años cincuenta. Hasta entonces, y quizá con la excepción del temprano compromiso con la educación básica y la menor disposición a la violencia para solventar conflictos sociales, los datos revelaban una sociedad pobre, una economía aletargada y una identidad predominantemente rural. No obstante, una combinación de decisiones políticas, acciones sociales y respuestas económicas produjeron cambios muy positivos en los agregados nacionales que no correspondían con el ritmo de transformaciones en el entorno geográfico cercano.

En 1961 pese a los efectos que ya debían sentirse por la prosperidad económica de los años cincuenta, la pobreza afectaba a más de 50 por ciento de las familias. Hacia 1977 la proporción había caído en más de 31 puntos

porcentuales para ubicarse en un mínimo record de 18,7 por ciento. Al mismo tiempo la reducción de la pobreza de las familias correspondió con un mejoramiento general de la distribución del ingreso, como atestigua la caída del coeficiente de Gini de 0,50 a 0,43 entre 1961 y 1971. El ingreso per cápita que en la década de 1920 apenas alcanzaba 280 dólares americanos –semejante al del conjunto de los países centroamericanos–, inició una tendencia ascendente a partir de 1945 que lo colocó en 1980 alrededor de 900 dólares, mientras en el resto de los países del Istmo solamente Guatemala alcanzaba a superar la brecha de los 400 dólares (Seligson, Martínez y Trejos, 1993). Estos tres indicadores muestran sinergia entre las posibilidades distributivas de la expansión económica acompañadas de políticas públicas también dinámicas. Un dato revelador es, en este sentido, el papel de los salarios mínimos como mecanismo regulador del costo de la fuerza de trabajo, y por lo tanto garante de mantenimiento de la capacidad adquisitiva de los salarios.

Los indicadores de desarrollo social experimentan en este período la mayor expansión en la historia, en lo concierne a salud y a educación. Gracias a las políticas de universalización de los servicios de salud aplicadas en la década de los setenta los progresos en mejoramiento de la esperanza de vida y la mortalidad infantil fueron mucho mayores que lo esperado. Como dicen Seligson, Martínez y Trejos (Ibid:13)

.... el vigoroso crecimiento económico del país durante las últimas cuatro décadas, aunque excepcional en América Latina y en el mundo, no puede dar cuenta de la mejoría de las condiciones de salud durante la década de los setenta. Entre 1972 y 1980, la caída de la mortalidad infantil fue tres veces mayor que la esperada en función del índice de crecimiento económico (gráfica 5). Mientras la caída esperada era de 20 a 25% de niños nacidos vivos, la registrada fue de 69%. El desarrollo económico explica sólo un 22% de la disminución de la mortalidad infantil durante la década; las políticas de salud dan cuenta del 78% restante. Por primera vez en la historia del país la mejora de las estadísticas vitales dejó de estar asociada exclusivamente al desarrollo económico y reflejó las políticas sociales del Estado.

El compromiso estatal con el desarrollo social permitió la ampliación de la cobertura de la seguridad social que en 1980 cobijaba a 76 por ciento de la población (Ibid:15). Ello se reflejó en el aumento considerable de la inversión pública destinada a la salud: el gasto por persona en salud pasó

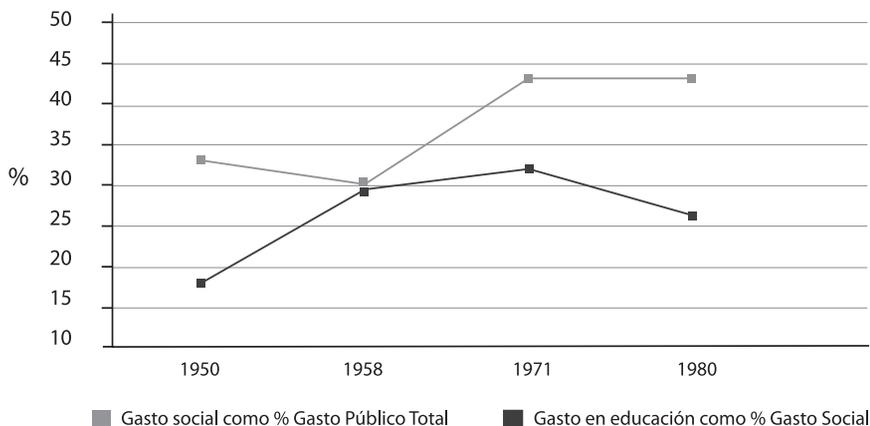
de 15 dólares en 1940 (valores de 1970) a 65 en 1980; la inversión en salud como proporción del PIB pasó de 6 por ciento a 16 por ciento en el mismo lapso (Ibid:16).

Si bien el progreso educativo es mucho más temprano y forma parte del prontuario liberal de finales del Siglo XIX, cuyos resultados ya en 1925 son claramente la imagen inversa del resto de países centroamericanos (Pérez Brignoli), desde la década del 50 se intensificaron esfuerzos para mejorar la calidad de la educación. En 1950, 72 por ciento de las escuelas impartían solo hasta el tercer grado de primaria, proporción que a finales de los años sesenta ya se había reducido al 14 por ciento. (Seligson, Martínez y Trejos Ibid:37).

Los avances en la cobertura de educación secundaria han sido más lentos y en general se proyectan solo a partir de la declaratoria de gratuidad en la Constitución de 1949. En 1950 la educación secundaria era un lujo urbano, pues mientras en las ciudades 32 por ciento de los jóvenes de 15 años asistía al colegio, en las zonas rurales la proporción era escasamente 5 por ciento. Este contraste entre las oportunidades de acceso a la educación secundaria en las zonas urbanas y rurales no logra corregirse pese al aumento significativo de la oferta educativa; y en 1984 se había duplicado en las zonas urbanas y sextuplicado en las rurales, proyectando porcentajes de asistencia a la enseñanza secundaria del mismo grupo de edad de 68 por ciento y 28 por ciento respectivamente. Es de notar sin embargo, que pese a la imposibilidad de superar la brecha urbano rural, fue importante el mantenimiento de la equidad de género, pues mientras en 1950 la proporción de mujeres era prácticamente igual a la de los hombres (apenas medio punto porcentual por debajo), en 1984 ya estaba un punto por encima (Ibid:41).

Todo ello, al igual que en el caso de la salud, fue posible gracias a un notable y sostenido aumento del financiamiento público de la educación. Los datos revelan que la inversión educativa constituyó una prioridad del desempeño estatal en el período 1950-1980, pues mientras aumentaba notablemente el conjunto del gasto social, en términos del gasto público y de la proporción del PIB, aumentó el componente de educación dentro del gasto social. Y aunque entre 1970 y 1980 la proporción del componente educación del gasto social se debilita, aspecto que se acentúa en la década siguiente, eso no se refleja en la tendencia creciente del gasto educativo en relación con la producción. En 1950 el país invertía en educación apenas 1,5 por ciento del PIB; en 1980 esa relación alcanzaba 6,2 por ciento.

Gráfico N° 7
Gasto social y gasto en educación



Fuente: Elaboración propia con datos de Seligson, Martínez y Trejos, 1993:56.

Una población menos pobre, más sana, más educada, con brechas disminuidas entre hombres y mujeres y entre zonas urbanas y rurales, es la confirmación de una sociedad de extremos controlados. La modernización económica impulsa y acompaña la intervención del Estado. La clase media urbana se constituye en el referente del progreso y en el sujeto social por excelencia. Identifica la nación como en el pasado lo hizo la imagen idílica del labriego sencillo. Se puede transitar del analfabetismo y la pobreza rural a la educación secundaria y el empleo público en el espacio de una o dos generaciones. Y en ese tránsito se procura, en el discurso político cuando menos, equilibrios básicos: ni tanta pobreza, ni tanta riqueza.

En noviembre de 1976 el Ministro de Planificación del Presidente Daniel Oduber convoca a un grupo de políticos y especialistas a un ejercicio de imaginación de la Costa Rica del año 2000. Se perciben desde entonces los problemas que la sociedad y sus imágenes habrán de afrontar en las décadas siguientes. Uno de esos problemas es justamente la referencia a una condición extrema de desigualdad social: la miseria y el consumo suntuario. Decía entonces Oscar Arias (1977:51):

El crecimiento económico de las pasadas décadas benefició a ciertos sectores de la población, pero también nos trajo un indeseable fenómeno: el egoísmo de determinadas clases y su indiferencia frente a la situación de miles y miles de costarricenses para quienes el desarrollo económico tiene poco o ningún sentido, porque no ha cambiado lo suficiente la condición de privaciones en que siguen viviendo...

Más tarde, en un tono habitualmente coloquial, don José Figueres advirtió (1977:116):

En lo económico, si hablamos de una Costa Rica ideal, preferiría un sistema económico socialista... Por socialista quiero decir una sociedad que produzca para llenar las necesidades, con el mejor juicio posible, y que no produzca para acumular ganancias en beneficio de unos pocos.

Hacia 1980 la sociedad costarricense dio muestras de un considerable éxito en la lucha contra la pobreza y a favor de la equidad social. Pero las alegres décadas llegaron a su fin cuando a comienzos de los ochenta estalló la crisis. Con ella volvería la amenaza de la pobreza, pero con los remedios para afrontarla cambiaría de modo más profundo el acuerdo político y social preexistente. Se iniciaba, en procelosos tiempos de escasez, la era de la ostentación.

IV

LA ERA DE LA OSTENTACIÓN

Lo propio de los tiempos que corren no es tanto la invención de las diferencias sociales, sino su exposición a niveles enteramente nuevos. La costarricense, como ya hemos visto ha sido históricamente una sociedad desigual, pero consciente de ello e inconforme por diversas razones, ha procurado prácticas sociales y acuerdos políticos para mitigar las diferencias. El blanqueamiento étnico no es en este sentido diferente de la aspiración por constituir finalmente una sociedad de clase media. Ambas son aspiraciones de homogeneidad social en ámbitos considerados superiores al *statu quo* prevaleciente.

Por razones que hoy simplemente reconocemos como racistas, en el pasado se afirmó la supremacía blanca (aceptémoslo, del blanco ibérico, a su vez mestizo) en la ética y la estética; al igual que políticos progresistas y movimientos sociales reclamaron la superación de situaciones originarias de privación. De este modo la sociedad costarricense aspira a ser homogéneamente blanca y a obtener movilidad social homogénea. Recordemos que en las visiones míticas de la arcadia campesina todos éramos igualmente pobres. El desafío, exitoso por lo alcanzado en la segunda mitad del Siglo XX, fue mantener la homogeneidad y al mismo tiempo mejorar la condición social. Así continuamos siendo iguales, pero menos pobres, más mujeres que solamente hombres; más diversos que solamente blancos.

Lejos estamos de afirmar una nueva arcadia, ahora no de pies descalzos y machete al cinto, sino de cuello blanco y máquina de sumar, o más contemporáneamente, computadora portátil y teléfono celular. La modernización permitió también vislumbrar la rigidez de las estructuras

sociales: la excesiva concentración de la tierra primero y de la propiedad industrial después no pueden menospreciarse, como tampoco la desaparición cuantitativamente significativa del campesinado como sujeto político y condición social.

La afirmación de la identidad social de Costa Rica a partir de los años 50 es, lógicamente, el reconocimiento de una sociedad desigual donde sin embargo prosperó la idea de la comunidad de semejantes. La confluencia de movimientos sociales, discursos políticos y políticas públicas en torno a una sociedad animada al cambio reformista terminó de articular un discurso común de la medianía. Tan severo con la pobreza como con la opulencia.

El contexto internacional favorecía indudablemente estos desarrollos. Por una parte, Estados Unidos amenazado por la expansión de la revuelta popular contra las tiranías, comenzó a reconocer los fundamentos estructurales de la violencia política y a estimular, siempre con escasa convicción y menor continuidad, a los procesos democráticos sobre la cómoda alimentación del favor de aliados autoritarios. La *Alianza para el Progreso* del presidente Kennedy reflejaba esa nueva actitud, como las limitaciones de su alcance definitivo. Al cabo del tiempo quedaría claro que a tenor de la voluntad de Washington, en los países ocurriría lo que estaba predestinado en razón de la irrefrenable ambición de los déspotas y sus camarillas. A finales de los años setenta la guerra en Centroamérica era generalizada alcanzando con sus proyecciones a los países fronterizos, que como Costa Rica y Honduras, aunque no presentaban conflictos internos, no pudieron desentenderse del derrame de la violencia.

En Costa Rica el acrecentamiento de los conflictos políticos del vecindario, junto con la simplificación perniciosa de su desarrollo sólo en términos de la lucha contra el comunismo expansionista, afirmó entre todos los sectores la convicción del camino intermedio. El líder de Vanguardia Popular, Manuel Mora, lo confirmaba en 1976 (1977:130-131):

La lucha por el socialismo es la lucha por el desarrollo de todo un proceso social que tiene etapas que no pueden ser saltadas. Un país pequeño y económicamente atrasado no puede transformarse de la noche a la mañana en país socialista. Los que dicen que bastan unos rifles y una buena montaña para construir el socialismo en un país, andan completamente equivocados. Los rifles nunca podrán sustituir la conciencia de las masas populares. Tomar el poder no es cosa difícil. Pero hacer la revolución, es decir, transformar el orden social, sí es cosa difícil.

Por entonces la revolución cubana se aproximaba a sus primeros veinte años, en Guatemala la guerra civil era un hecho cotidiano y en El Salvador y Nicaragua las fuerzas guerrilleras preparaban su ofensiva final. Por eso el señalamiento del camino institucional de Mora no era poca cosa. Como tampoco la amenaza del fascismo que se enseñoreaba en dictaduras militares de ingrata memoria: Somoza, Pinochet, Videla, Stroessner.

Con los ochenta, emerge una nueva época en el entorno político y económico de la región, de la que Costa Rica tuvo dificultades serias para sustraerse o cuando menos poner distancia. En 1981 el ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos significaba dos cosas: el inicio de una guerra frontal y abierta contra las insurrecciones populares de Centroamérica como expresión manifiesta de la presencia de lo que llamó “el imperio del mal” en su propio traspatio y, en una escena más global, el fortalecimiento de la llamada “reaganomics”, una visión del desarrollo en la que el único motor respetable y requerido sería la iniciativa privada y la promoción de la oferta exterior.

Para Costa Rica, agobiada por los efectos de la crisis económica, eso habría de significar la suscripción de un contrato que comprometió al país más allá de la proverbial prudencia cartaga. La superación de la crisis, aceptada con donaciones amplias del erario norteamericano, dependería de la renuncia al Estado como motor de desarrollo en lo económico, y de la renovación de los votos por la democracia occidental y cristiana, contra el despotismo comunista, en el plano político e internacional.

Los efectos sociales y económicos de esa transacción demorarían un poco en manifestarse, concentrada como estaba la atención en la superación de los daños dejados por la crisis económica. Pero las consecuencias políticas se proyectaron de modo más activo. Quiérase o no, el reaganismo fue la primera fuente de división de la sociedad costarricense en las postrimerías del Siglo XX. Una retórica encendida que no tuvo problemas para colocar a la población de uno u otro lado de la línea divisoria del bien y el mal. Incluso en tiempos de crisis económica, donde la alta inflación y el empobrecimiento galopante de la población no deberían ser “pretexto” para la movilización social que se veía como parte de un “plan de desestabilización nacional” (Sojo, 1991:70).

Costa Rica, nunca ha estado ajena a los conflictos de la región. Por el contrario la presencia activa de víctimas de la represión de los gobiernos dictatoriales del continente convirtió al país en celoso guardián de las libertades políticas y los derechos civiles. Siempre en defensa de la causa democrática, imagen tallada a semejanza del propio ser costarricense

según el evangelio de la nación, los costarricenses apoyaron las luchas sociales contra militares de derecha casi con el mismo entusiasmo con el que, paulatinamente, expresaron su desagrado por el giro al comunismo de la revolución cubana. Otros adjetivos de la identidad nacional, como el acendrado pacifismo, eran puestos de lado en razón de objetivos de solidaridad internacional con las luchas de liberación en el continente.

Pero en la grave ruptura ideológica propiciada por el reaganismo a principios de los ochenta quedaba poco espacio para la defensa de esa medianía, de esa posibilidad de avalar la paz pero exigir la justicia incluso con la fuerza de las armas. Para América Central no había más opción que la democracia o el totalitarismo soviético representado por los movimientos insurreccionales y el gobierno sandinista. La temperatura de los últimos lustros de la guerra fría fue tan alta que la población comprendió finalmente el riesgo para la propia paz, amenazada por un par de brotes de guerrilla urbana, y apostó a una solución negociada que encontró en el Oscar Arias de 1986 asidero político y viabilidad electoral (Idem). Una respuesta activa, sancionada por la comunidad internacional y que contrastaba con la retórica de neutralidad con que la administración precedente intentó afrontar el conflicto.

La sociedad pudo de nuevo encontrar una solución de compromiso, pero no pusilánime, a su dilema político del momento. Ser parte de Occidente, cristiano y democrático, pero al mismo tiempo garantes de la paz y la tolerancia política. Apenas alcanzado este nuevo equilibrio, sin embargo, el país se volcaría a la definición especialmente aguda en la última década del Siglo XX, de una nueva arquitectura económica que sin constituirse definitivamente en alternativa neoliberal, minó las bases del integracionismo social hasta entonces vigente.

Al cabo de los años, bien entrado el primer decenio del Siglo XXI, el país no logra todavía armar un consenso básico sobre su derrotero socioeconómico. Embarcado en disputas sobre medios, ha perdido de vista el horizonte de sus fines de progreso y bienestar para la población. Una parte de la sociedad se aferra a la imagen integradora de la Segunda República, sobredimensionando sus logros sociales, sus figuras míticas, sus recursos retóricos y sus referentes ideológicos. La otra reclama una nueva oportunidad para el liberalismo, un respiro respecto de lo que llaman excesos del Estado y una definitiva inserción en la nueva modernidad, hoy dicha como globalización. Entretanto mientras unos y otros discuten la supremacía ética de sus discursos, la sociedad atestigua una transformación regresiva, esto es, un cambio en el sentido de las oportunidades y, especialmente, en la valoración de la vida común.

Este es el fundamento histórico de la sociedad de la ostentación. En ella la fuga de los pudientes hacia extremos insospechados de consumo, fractura la vida social. Lo que hace daño no es la proliferación del consumo suntuario que denunciaban Figueres y Arias treinta años atrás, sino la legitimación de la diferencia, la justificación de las más absurdas distancias sociales en virtud de una operación deshumanizada del mercado. Y no digo deshumanizada en sentido normativo, sino físico, porque se entiende que las diferencias de posición social generadas por la operación de los mercados son las únicas diferencias legítimas en la sociedad.

Los costarricenses queremos seguir siendo iguales en el tanto democráticos, étnicamente integrados y económicamente acomodados en los límites del confort de la clase media. Pero cada vez tenemos más evidencia disponible sobre la erosión de esas imágenes de autoafirmación. La ostentación de la riqueza y de la supremacía étnica perjudican nuestra convicción de ser todos iguales y, más recientemente, iguales en la diferencia. Lo democrático como propio de la condición ciudadana ya no parece excepcional en virtud de la consolidación de regímenes electorales a lo largo y ancho del continente, del mismo modo en que la crónica roja desbarata cotidianamente la sensación de seguridad y la convicción de que somos una sociedad pacífica, en la calle y en la casa.

Ostentar riqueza, demostrar pobreza

Un signo de los tiempos tiene que ver con la demostración de la condición social. Hace falta mostrarse a los otros en la posición que se ocupa en la escala social. Y esa posición está cada vez menos relacionada con desigualdades estructurales, de clase o categoriales, y cada vez más con desigualdades de recursos, esto es desigualdades dinámicas.

Empecemos por lo menos evidente. En el período anterior, la orientación universalista de las políticas de salud y educación definió como referente a un ciudadano común cada vez más amplio, aunque siempre con limitaciones de cobertura sustentadas en la insuficiencia de recursos o en la invisibilidad de la condición social, como en el caso de los indígenas. Es cierto que en las condiciones actuales la integración por el lado de acceso a recursos y servicios que conforman el horizonte de la ciudadanía sustantiva es más amplia que antes; incluso no es necesaria la demostración de la ciudadanía formal para tener acceso a un conjunto de prestaciones básicas especialmente en atención primaria en salud y educación básica. Eso es válido para las prestaciones universales, pero no lo es para los programas de asistencia

especial y selectiva que son cada vez más importantes y que se otorgan solamente sobre la base de la prueba de necesidad. En la actualidad para ser acreedor de determinadas prestaciones sociales es necesario demostrar la pobreza, someterla a la prueba de los más sofisticados y caros sistemas de información.

El desafío actual de las políticas sociales es, a tono con los tiempos, una ponderación de costo beneficio; esto es, definida la necesidad, de lo que se trata luego es de resolverla con la menor inversión posible de recursos. A lo mejor por eso, como demuestra el Estado de la Nación, aún siendo Costa Rica un país líder en inversión social en América Latina, no alcanza todavía a recuperar los niveles de inversión por persona de finales de los años setenta.

Pero ¿cuál es esa necesidad? En el pasado lo hemos visto, la cuestión social tenía que ver directamente con la exigencia de un derecho universal cuya realización no alcanzaba, por motivos diversos de exclusión, a todos por igual. Las luchas laborales por jornadas de trabajo reguladas y salario justo, el control de la explotación sin límite, y después los derechos básicos a la salud individual y familiar llegaron por el efecto positivo en la formación de las conciencias de una temprana inversión educativa. Todas ellas eran lo que hoy llamaríamos demandas de ciudadanía sustantiva. Con los ochenta, estimulada por una visión conservadora de los equilibrios fiscales, la “necesidad” a atender fue redefinida: se pasó de la demanda ciudadana, de la cuestión social como un conjunto universal basado en los derechos, a la precariedad de la prestación de servicios para los pobres. La necesidad dejó de ser la genuina aspiración de todos al progreso y la movilidad social para convertirse en una renuncia preferencial por el combate a la pobreza.

Eso no es malo; lo malo es que perjudicó una convicción previa que partía del impulso universal de los derechos para la erradicación de las necesidades elementales. La universalización contenía un proyecto para la superación de la pobreza, pero la concentración de los esfuerzos públicos en la reducción de los niveles de pobreza no requiere necesariamente el fortalecimiento de los programas universales. Lo malo es también que en el pasado la movilización ascendente provenía claramente del impulso colectivo convertido en política pública, mientras que hoy ha sido entregado a la gestión anónima de las fuerzas del mercado para todos los que no tienen necesidad de demostrar su pobreza. Del compromiso colectivo para la movilidad se ha pasado a la solución individualista derivada de la competencia liberal.

Si el país hubiera cedido acriticamente a las tentaciones del minimalismo tecnocrático (Ana Sojo, 2006) de la política social como lo prescribía el liberalismo, posiblemente la situación de finales de la década del 2000 sería muy diferente. Lo bueno es que Costa Rica ha ensayado selectividad y focalización en la pobreza sin perjudicar demasiado prestaciones universales que son las únicas capaces de conducir a mejorías en la equidad social. Esa no ha sido una lucha sencilla ni corta, y por esa razón simplemente porque no se ha pensado suficiente en ella, la desigualdad social ha crecido como nunca en una época en la que suponíamos que el principal problema social a resolver era la pobreza, estancada entre 1980 y 2005 en proporciones cercanas a un quinto de la población. Lo superior de las prestaciones sociales definidas por derechos universales es que atacaron simultáneamente desigualdad y pobreza, mientras que en los tiempos actuales las pocas victorias arrancadas al flagelo de la pobreza se dan en contextos de ampliación de las distancias sociales.

En los años en los que no ha sido posible reducir pobreza, las distancias sociales han crecido como nunca antes, por dos razones: porque la pobreza no se reduce consistentemente, y porque las posibilidades de enriquecimiento material se han multiplicado exponencialmente. Mucha de la evidencia que tenemos se deriva de la apertura comercial, de la desregulación económica, de la expansión del turismo, de la bomba inmobiliaria y del desordenado crecimiento de las capacidades de las élites profesionales. Está poco documentada científicamente, porque los estudios a lo sumo dan para ponderar ingreso salarial, pero salta todos los días a la calle.

Algunos datos dan idea de la magnitud actual de las diferencias sociales relacionadas con el ingreso y el consumo, que no son las únicas dimensiones de desigualdad pero sí resultan cardinales en nuestro sistema económico y en nuestra representación social de las ideas de éxito y fracaso.

- Un carro de 33 mil dólares representa 1025 veces el ingreso per cápita del 20 por ciento más pobre de los hogares.
- Una casa de 49 millones de colones, 3106 veces el mismo ingreso.
- 4 materias y matrícula en una universidad privada, 13 veces.
- Una secundaria subvencionada: 7 veces.
- El ingreso per cápita del quintil más pobre alcanza para 14 entradas al cine, el del 20 por ciento más rico, para 278
- Con el ingreso por persona del 20 por ciento más pobre se pueden pagar 67 carreras de bus a 250 colones cada una.

Desigualdades múltiples

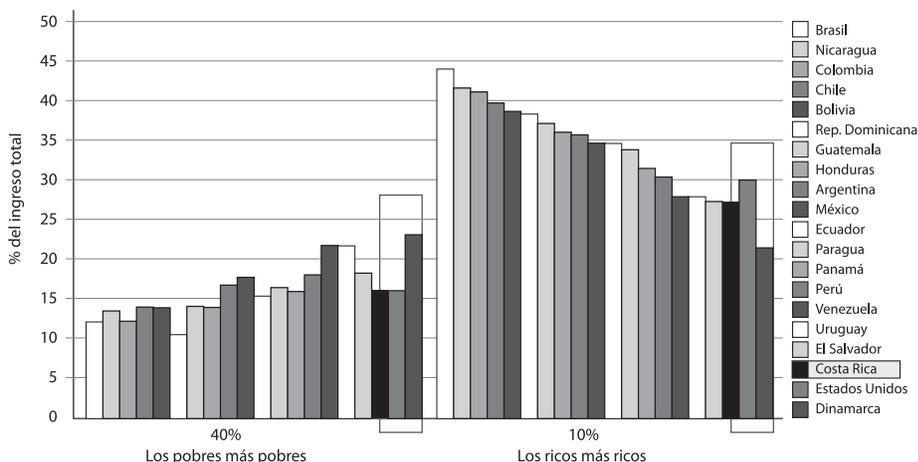
Desigualdades de ingresos

La desigualdad de ingresos es una medida parcial de la desigualdad social que la contiene pero la supera. Es sin embargo la forma más conocida de la desigualdad, y con frecuencia la única respecto de la cual se dispone de mediciones confiables, comparables en el tiempo y entre países. En este estudio nos hemos propuesto reflexionar sobre la desigualdad en un sentido más integral, pero es necesario localizarnos en el piso básico de la desigualdad de ingresos.

Empecemos por señalar que la región que nos identifica más allá de nuestra nacionalidad, América Latina, es conocida como la región más desigual del mundo. Esa desigualdad se muestra reacia a desaparecer, no importa si vivimos en condición colonial o republicana; si predomina la democracia o el autoritarismo; si producimos bienes primarios o industriales; si exportamos o no. A lo largo de la historia continental la desigualdad económica (para integrar no solo ingresos sino también activos productivos) es creciente y persistente. En este contexto de desigualdad Costa Rica sigue siendo una de las sociedades más igualitarias, aspecto que no debe ser menospreciado en ningún sentido. Los datos agregados más recientes, señalan luces y sombras (CEPAL, 2007):

- Para 1990 Costa Rica mostraba los mejores indicadores de distribución del ingreso de América Latina. A mediados de la primera década del Siglo XXI ha perdido esa condición.
- En los últimos tres lustros algunos países de América Latina han mejorado su distribución del ingreso, la mitad la empeoraron y entre ellos Costa Rica.
- En Costa Rica el porcentaje de personas con ingreso inferior al promedio hacia el 2005 era el más bajo de América Latina (68 por ciento).
- Igualmente el porcentaje de personas con ingreso inferior a la mitad del ingreso promedio era 35,1 por ciento solamente superado por Uruguay (33,6 por ciento).
- En Costa Rica, en 1990 el 10 por ciento más rico de los hogares urbanos obtenía 25 por ciento del ingreso, proporción que aumentó a 27 por ciento en 2005. Pero esa es la cifra más baja apropiada por el 10 por ciento superior en América Latina: la más alta es Brasil con una proporción de 44 por ciento.

Gráfico N° 8
América Latina
¿Adónde son los ricos más ricos y los pobres más pobres?
Zonas Urbanas - Alrededor del 2005



Fuente: Elaboración propia con datos de CEPAL, 2007 y Banco Mundial, 2005.

Visto así, en términos de la distribución del ingreso monetario, Costa Rica ha sido un modelo relativamente exitoso en el control de la riqueza aunque no tanto en la ampliación de los recursos disponibles para los menos afortunados, como queda manifiesto en el hecho de que el 40 por ciento más pobre obtiene más ingreso en Argentina, México, Paraguay, Perú, Venezuela, y Uruguay. Este no es un aspecto irrelevante, porque los indicadores de desigualdad pueden mejorar también por expansión de los recursos disponibles entre los grupos medios o los de menor ingreso. Afectar el ingreso de los más ricos es, sin embargo, esencial para afrontar el componente más peculiar de la desigual estructural de ingresos de América Latina, que presenta mayor proporción de ingreso de los más ricos que ninguna otra región del mundo (De Ferranti, *et al.*, 2004:56-57).

Debemos ser prudentes porque la calidad de las fuentes de información sobre ingreso es desigual en el continente, por una parte. Por otra está ampliamente reconocido que los indicadores de ingreso disponibles derivados de encuestas de hogares son eficientes en la captura de ingresos salariales, pero menos capaces de reportar otras formas de ingreso cada vez más relevantes: entre los pobres las ayudas en especie y entre los ricos las rentas no salariales. Además se entiende que dado que la fuente principal de riqueza

de los estratos sociales más altos no son salarios, se dispone de poca información sobre su situación real de ingreso. Puede ocurrir que el aumento de ingreso de la población esté asociado a dinámicas de exclusión (como es el caso de las emigraciones laborales que producen remesas a cambio de la exclusión del sistema económico nacional), o bien de la proliferación de programas de transferencia de efectivo a los más pobres, que pueden tener alto impacto en sus ingresos pero que disponen de escasa institucionalización y limitado soporte presupuestario y que pueden caer por ello en manos de prácticas políticas típicamente clientelistas. Todo esto implica que, lamentablemente, los índices de distribución del ingreso en América Latina, que la han colocado en la cuestionable condición de mayor desigualdad en el mundo, son posiblemente más graves aún.

Advertir las limitaciones de la fuente de información sirve para tener cuidado al afirmar realidades contundentes, verdades sociales, a partir de datos limitados que solo proyectan parcialmente el fenómeno que interesa observar. Con esa actitud veamos a continuación lo acontecido con la desigualdad de ingresos en la Costa Rica de la era de la ostentación.

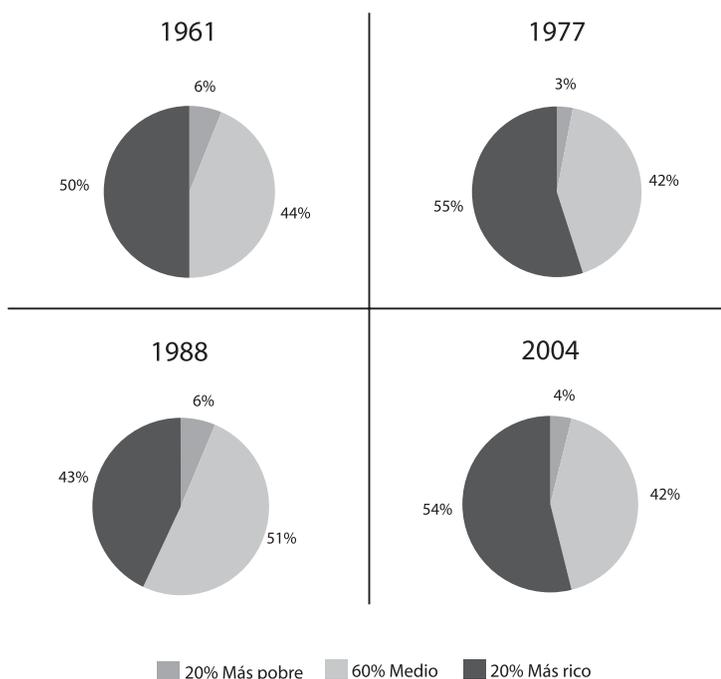
Pese a la posición privilegiada en el contexto latinoamericano, la desigualdad de ingresos en Costa Rica ha aumentado desde los años ochenta. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Ingresos del año 2004 del Instituto Nacional de Estadística y Censos, entre 1988 y 2004 (INEC, 2006) el valor del coeficiente de Gini pasó de 0,358 a 0,475, siendo el deterioro ligeramente mayor en las zonas urbanas. Mientras en 1988 el 20 por ciento más rico de las familias recibía un ingreso por persona casi 11 veces superior al del 20 por ciento más pobre, en 2004 esa distancia ya era de 20 veces. De este modo la quinta parte más rica de las familias pasó de acumular 43 por ciento del ingreso total en el primer año a 54 por ciento en el segundo, mientras la tajada correspondiente a los grupos más pobres, ya de por sí delgada, se redujo de 6 por ciento a 4 por ciento. La acumulación es mayor si se consideran los datos en términos de la población porque, dado que los hogares más pobres son más numerosos, en realidad el 20 por ciento superior de los hogares solo representa 16 por ciento de la población.

Las condiciones de vida y de trabajo difieren mucho en los extremos. Repasemos algunos datos de la encuesta:

- En el 20 por ciento más pobre de los hogares vive el 24 por ciento de la población.
- Hay más del doble de niños y adolescentes en el 20 por ciento más pobre respecto del 20 por ciento más rico, lo que acentúa también la dependencia económica en los hogares más pobres.

- Mientras 15 por ciento de la población en el quinto quintil no está asegurada, entre los más pobres el porcentaje se duplica.
- Solo 10 por ciento de la población en los hogares más pobres cotiza al seguro social, mientras la proporción entre el 20 por ciento más rico es 49 por ciento.
- La escolaridad promedio del primer quintil no alcanza primaria completa (5,2 años); en el quinto es de 12,1 años.
- En el 20 por ciento superior todos los niños van a la escuela, en el quinto más pobre no van 4 de cada 100.
- Apenas 13 por ciento de la población de 15 años y más en el primer quintil completó noveno de secundaria; en el quinto el dato sube a 80 por ciento.
- 10 por ciento de los hombres y 18 por ciento de las mujeres más pobres están desempleadas, mientras que el desempleo afecta a poco más de 2 por ciento de la población más rica con poca diferencia entre hombres y mujeres.

Gráfico N° 9
 Trayectoria de la desigualdad
 Distribución por quintiles de ingreso per cápita



Fuente: Elaboración propia con datos de OFIPLAN, 1982 e INEC, 2006.

Los datos de la encuesta de ingresos revelan el cambio notable derivado de la tendencia a su concentración en los últimos años. Es necesario establecer claramente que si bien consideramos que este período tiene una connotación distributiva negativa, dada esa evidencia de concentración creciente, también es cierto que es el período más prolífico en producción de información desagregada sobre el desarrollo del país. Nos podemos encontrar ante procesos históricos de larga duración que solo recientemente se registran científicamente. Lo nuevo es quizá la conciencia creciente sobre los procesos sociales en los que vivimos.

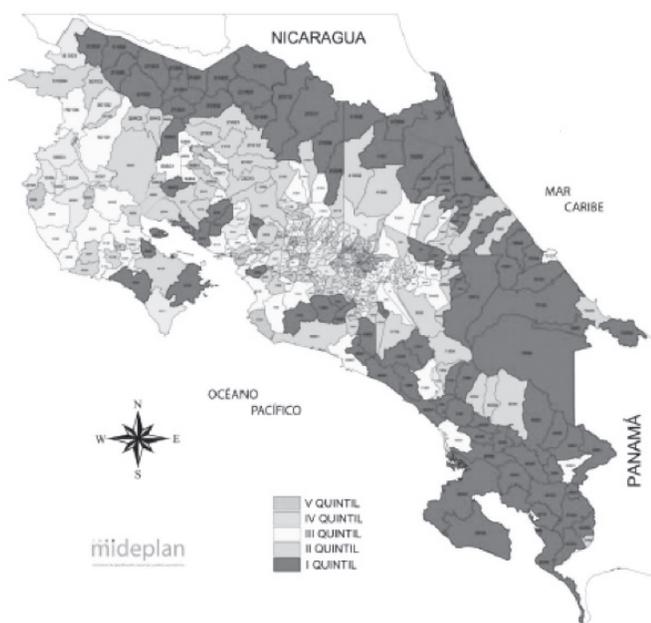
Por ello el interés no ha sido revelar cómo en distintos momentos de la historia nacional se produce más o menos desigualdad social, sino más bien qué hace la sociedad con la desigualdad en que vive, en cada momento. La era de la ostentación es consecuentemente un periodo de auto reconocimiento de la sociedad respecto de las diferencias que la constituyen, y de ampliación de la tolerancia social de tales diferencias.

Desigualdades territoriales

Lo que distingue a los costarricenses cada vez más, en tiempos de alarde, va mucho más allá de las desigualdades económicas relacionadas con el ingreso. Hoy sabemos mejor que nunca que somos diferentes porque las mujeres, por ejemplo, no ganan lo mismo que los hombres ni tienen las mismas oportunidades que los hombres en igualdad de condiciones educativas. Sabemos que cobijados todos como estamos bajo el manto de la ciudadanía común, no es lo mismo la vida en San Rafael de Escazú que en el Valle de la Estrella, para citar dos puntos extremos del Índice de Desarrollo Social. Las diferencias que nos separan dependen entonces del sexo, la edad, la etnia, el lugar de residencia, el ejercicio de las facultades físicas y la ubicación en el ciclo de la vida, entre las más importantes.

El Índice de Desarrollo Social (IDS) ilustra las desigualdades derivadas de nuestra localización. El Mapa del IDS distrital según quintiles es muy expresivo:

Mapa 1
 Índice de Desarrollo Social Distrital 2007 según quintiles



El IDS distingue el territorio de acuerdo con un conjunto de indicadores en cuatro dimensiones: económica, política, salud y educación. Los indicadores seleccionados en cada dimensión no son tradicionales, más bien están definidos sobre la base de su capacidad de proyectar procesos de desarrollo amplios y de larga duración; por ejemplo en lo económico se calcula el consumo de electricidad y el acceso a Internet. En salud se incluyen bajo peso en la infancia, mortalidad de menores de 5 años, nacimientos de madres jóvenes y acceso a agua potable. En educación indicadores de infraestructura y acceso a programas especiales, presencia de escuelas unidocentes e índices de rendimiento escolar. El indicador para la dimensión política, que se llama participación, remite a abstencionismo electoral, que si bien no constituye una visión completa de las posibilidades y los recursos participativos de una sociedad, sí da una idea de lo que CEPAL llama “sentido de pertenencia” suponiendo que la participación electoral es un indicador de vinculación a la comunidad política nacional, más que el ejercicio pasivo de un derecho individualmente acreditado.

En el mapa se puede percibir con claridad la forma en que las asimetrías se reflejan en el territorio: el país puede haberse reconocido en los últimos 50 años como mayor que el Valle Central, pero la forma de vida costarricense, por lo menos como queremos entenderla, es un asunto que todavía parece bastante reservado para la población del altiplano. En la Región Central, que abarca 16 por ciento del territorio, vive 63 por ciento de la población (Mideplan, *Ibid.*:42). Esta es la región de mayor desarrollo social, como lo manifiesta el hecho de que solamente 11,8 por ciento de su población se ubica en el 20 por ciento inferior de la distribución del desarrollo social. En cambio en la región Huetar Atlántica 85,7 por ciento de la población vive en los dos niveles más bajos del desarrollo social, proporción incluso más alta en la región Huetar Norte, 88,6 por ciento. No obstante, en estas dos regiones vive apenas 16 por ciento de la población del país.

Los datos del IDS permiten también aproximarse a diferencias regionales significativas. Por ejemplo aunque las dos regiones huetares son las de menor desarrollo social relativo, la región Chorotega era en 2006 la más pobre del país. Esta aparente paradoja no lo es tanto dado que la pobreza es un indicador asociado con el ingreso y el empleo, y en Guanacaste esos indicadores muestran un problema más agudo. Inversamente, mientras en las huetares prácticamente no hay población localizada en el cuarto y el quinto quintiles, en la región Chorotega un tercio de los distritos y de la población se encuentran en esos niveles (*Idem*:40). El desarrollo limitado de las huetares es más homogéneo, mientras que la experiencia de la Región Chorotega es más segregada, más desigual.

Ello por supuesto es resultado de procesos sociales en que las oportunidades y los recursos (de empleo y de inversión pública por ejemplo) se concentran donde están las mejores condiciones de vida, porque ahí también se concentra la población. A pesar de los esfuerzos de los últimos años para dispersar oportunidades por el territorio, lo cierto es que la situación persiste. De acuerdo con estimaciones oficiales en el año 2005, 55 por ciento de la inversión pública social se concentró en la Región Central. Más aún, el economista Juan Diego Trejos ha demostrado que en términos generales la inversión social contribuye a la disminución de las desigualdades de ingreso en una proporción muy alta comparada con otros países de América Latina, siempre que se separe del efecto de la inversión en pensiones que se distribuye incluso más regresivamente que los ingresos de las personas (Trejos, 2007).

El país económico está igualmente concentrado territorialmente. En 1999 61 por ciento de las exportaciones se originaba en la Región Central (Espinoza, Hess y Madrigal, 2003:54); proporción que en el 2006 se había

elevado a 78 por ciento (Procomer)¹⁵. Y esta tendencia lejos de ser desestimulada por las políticas públicas termina siendo alimentada. El 83 por ciento de las colocaciones del sistema bancario nacional entre 1998 y 2000 se destinaron a actividades en la Región Central (Espinoza, Hess y Madrigal, Ibid:55), proporción que no extraña en virtud de la concentración de población en esta región pero que es superior a ella en más de 20 puntos porcentuales. En otras palabras, el crédito estatal se concentra en la Región Central más que la población.

Por último, esta región ocupa 33 por ciento de la red vial del país en cuanto a extensión, pero absorbe 66 por ciento de los recursos para el mantenimiento. Por ello no sorprende la siguiente conclusión (Ibidem,58):

...el desarrollo social y económico de Costa Rica ha pasado por una serie de etapas que han ayudado a conformar una geografía económica altamente concentrada en la Región Central, y por lo tanto, desbalanceada y poco equitativa. La etapa más reciente de Ajuste Estructural no ha sido la excepción; más bien ha exacerbado algunas de las tendencias hacia la focalización geográfica, económica, política y social, que limitan las posibilidades de mejorar los niveles de vida de todos los habitantes del país.

En esta forma la sociedad costarricense se fragmenta, no en dos *costarricas* como suele decirse, sino en cinco (pensando en los quintiles de ingreso), multiplicadas por tantas dimensiones como interesa explorar en el análisis. En el fondo, puede quedar la sensación de que se trata de caminos de progreso diferenciados en razón de circunstancias no intencionales: en otras palabras, que la segmentación social de los individuos y los territorios es producto del funcionamiento aleatorio de capacidades individuales y colectivas, recursos naturales y oportunidades económicas. La historia sin embargo enseña que el camino del desarrollo tiene muy poco de autónomo y aleatorio, es enteramente intencional y predecible. Si se opta por concentración oligopólica de las inversiones, escasamente diversificadas, centradas en la explotación de bienes primarios y con limitada intervención redistributiva por parte del Estado, se tienen resultados de pobre desarrollo social. Si al contrario, se diversifica la producción, y se ofrece a los individuos condiciones para el pleno ejercicio de sus capacidades, el desarrollo social se intensifica. Esa es la experiencia de los territorios diferenciados de Costa Rica. Los indicadores de desarrollo son como fósiles de decisio-

15 http://www.procomer.com/est/mercados/PDF/2006/Modulo%208_regiones%20de%20CR%20de%20origen_2007.pdf

nes políticas del pasado y está en decisiones políticas futuras enfrentar sus deficiencias.

Por todo ello las desigualdades territoriales pueden comprenderse también como expresión de proyectos sociales. En el territorio se reflejan con fidelidad las diferencias y las distancias sociales que la comunidad quiere establecer y preservar. Nada hay de involuntario en estos procesos. En el límite, pueden imaginarse dos modelos de organización del espacio: uno, el espacio integrador, en el que conviven personas de distinta condición social que comparten ciertos bienes públicos aunque sus condiciones de vida sean también muy diferentes. El otro es el del hábitat segregado, el espacio en donde las clases sociales no se mezclan ni en el barrio, ni en la escuela, ni en el espacio público. Los indicadores de segregación espacial pueden ser muy diversos, van desde lo más evidente que es la comunidad cerrada, hasta lo menos evidente que es el costo de la tierra (porque es un valor sujeto a múltiples expectativas o a mediaciones fiscales).

En nuestros entornos urbanos pueden definirse hoy dos tipos de sociedad: una emergente, otra tradicional. La sociedad emergente vive en espacios segregados; la sociedad tradicional en espacios integradores. El espacio social emergente típico es el segregado monoclasista, homogéneo en su condición socioeconómica. Una comunidad típica de esta naturaleza está llena de condominios residenciales cerrados, horizontales o verticales; no establece vinculaciones vecinales y comunitarias, incluso dentro del propio predio cerrado; no toma sus decisiones educativas o de recreo en relación con su entorno vecinal; predomina el transporte privado sobre el público; el espacio público garantiza (hasta donde es posible) el tránsito automotor y no considera el peatonal. Ni la comunidad ni el gobierno local se ocupan de producir y proteger espacios públicos recreativos porque el ocio está mercantilizado. La seguridad ciudadana está privatizada y se gestiona por medios directos (disuasivos y represivos) o tecnología pasiva. La oferta comercial está concentrada (plazas, *moles* y los más castizos centros comerciales), y la oferta comercial personalizada, puerta por puerta, no existe en virtud de las limitaciones de acceso.

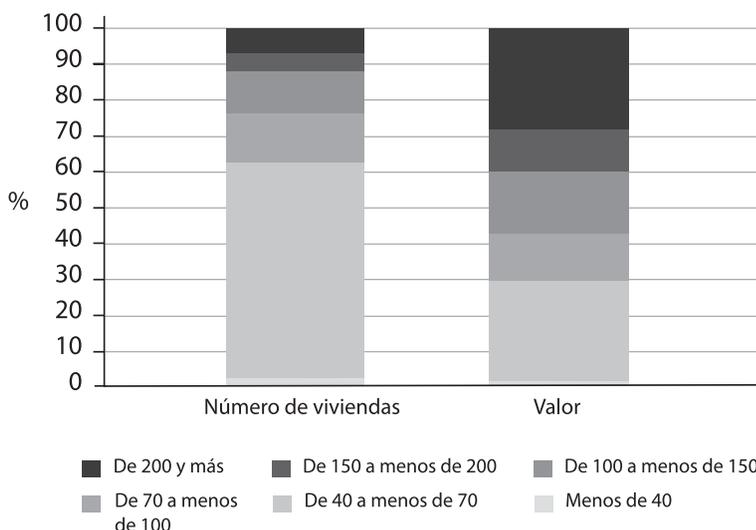
En la sociedad tradicional el espacio social integrador típico es el barrio. En él conviven distintas clases sociales y la población tiene ingresos diferenciados; es un espacio, por lo tanto, socialmente heterogéneo. La vinculación vecinal existe y puede ser más o menos intensa conforme se avanza desde la calle (convivencia inmediata) hasta el barrio o la comunidad, que es una identidad mediata pero vigente. La vivienda típica es individual, originalmente una casa situada en un lote mayor en extensión; hoy predominan las casas cuya extensión; en construcción excede el tamaño de

la tierra en que se instalan. El espacio sin embargo se puede ver reducido por la multiplicación del número de hogares y la construcción de nuevas viviendas para los hijos en los patios amplios de las casas maternas. La seguridad pública es un grave problema porque se resguarda con recursos fiscales que siempre resultan escasos. Por eso, son los propios responsables gubernamentales quienes proponen opciones de seguridad comunitaria, que solo son funcionales en entornos donde la confianza y la convivencia vecinal garantizan su eficacia. El transporte público en los barrios es muy importante aunque los grupos de ingreso medio han encontrado formas, más baratas que antes, para disponer de al menos un vehículo. El comercio tradicional (la pulpería, el bazar, la panadería, el *chino* o el *pollo*) se resiste a morir y el espacio público recreativo es todavía valorado como necesario por parte de la comunidad. Las decisiones de educación y de recreo consideran la cercanía como variable principal porque los costos de transporte deben minimizarse.

Estos espacios, definidos así, por supuesto no existen en estado puro pues la vida social impone mediaciones y vinculaciones que hacen de la imagen real algo mucho más complejo. Pero podríamos identificar comunidades concretas que se aproximan más o menos al tipo *segregado* o al tipo *integrado* de comunidad. Datos de estadísticas de la construcción recopilados por el INEC permiten una aproximación empírica.

La mayoría de las viviendas nuevas (60 por ciento) que se construyeron en el 2005 tenían una extensión de 40 a 70 metros cuadrados. De todas las viviendas construidas ese año, las menores a 150 metros representaban 88 por ciento del total. Las más grandes, de 200 metros y superiores, representaron poco menos de 7 por ciento. El valor promedio de estas últimas bordeaba los 43 millones de colones, mientras que el de las de menos de 70 era de 5 millones.

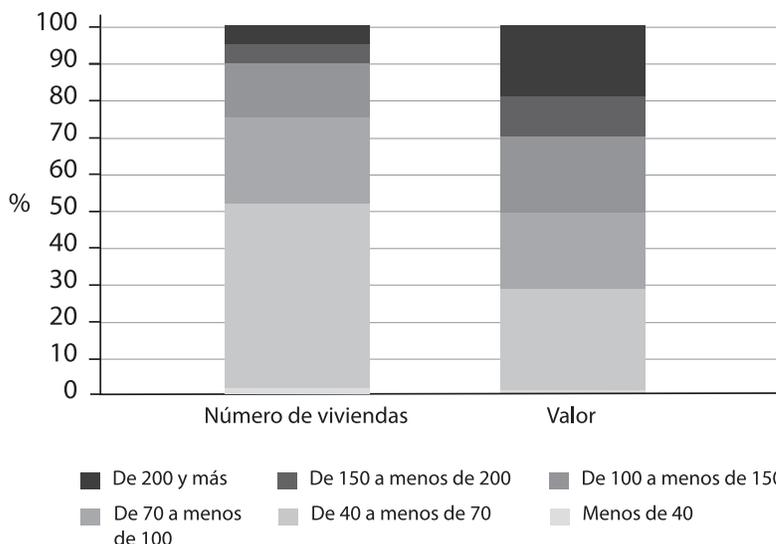
Gráfico N° 10
 Costa Rica: Número de viviendas nuevas por valor
 Porcentaje del total según tamaño de la
 vivienda en metros cuadrados
 2005



Fuente: Elaboración propia con datos de INEC.

En los mundos diferenciados, el segregado y el integrado, las cosas son algo diferentes. Cartago centro puede ser un ejemplo de espacio integrado. Usando los mismos datos aparece una comunidad más diversa que el promedio nacional (Gráfico N°11): las viviendas de hasta 100 metros cuadrados representan 69 por ciento del total, las de más de 200 metros 5 por ciento. Aquí la proporción de viviendas de entre 70 y 150 metros cuadrados, una especie de estrato medio habitacional, es mayor que en el promedio nacional. Los precios promedio por vivienda se parecen a los nacionales.

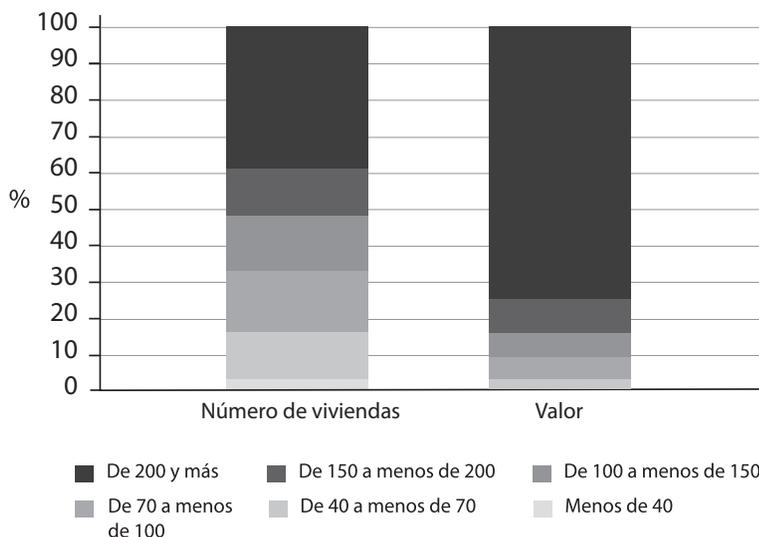
Gráfico N° 11
Cartago (cantón): Número de viviendas nuevas por valor
Porcentaje del total según tamaño de la
vivienda en metros cuadrados
2005



Fuente: Elaboración propia con datos de INEC.

El caso de Escazú muestra una situación diferente: ahí la proporción de viviendas mayores a 200 metros fue 9 veces superior a lo observado en Cartago y constituye la mayoría de las viviendas construidas: 40 por ciento. Son también las más caras, con un valor promedio por casa de 60 millones. Además en Escazú la proporción de apartamentos sobre el total de las construcciones habitacionales es la más alta del país: 77 por ciento en contraste con 11 por ciento en el promedio nacional. Este es un dato importante porque la vida en apartamento, relativamente reciente en la cultura habitacional del país, supone una comunalidad contradictoria: más cerca de los vecinos, más lejos de la comunidad. Y como hemos señalado, la convivencia formal y forzosa del apartamento en condominio no necesariamente reproduce los vínculos de la convivencia voluntaria y espontánea del barrio.

Gráfico N° 12
Escazú: Número de viviendas nuevas por valor
Porcentaje del total según tamaño de la
vivienda en metros cuadrados
2005



Fuente: Elaboración propia con datos de INEC.

Obviamente la integración social en el espacio tiene otras dimensiones que las que aquí se han presentado. El tamaño o el precio no son los únicos factores, pero en las condiciones actuales el tamaño, el precio y el tipo de vivienda muestra potenciales diversos de integración social comunitaria. En las comunidades integradoras los ricos conviven con los menos favorecidos en forma semejante a su posición en la pirámide de ingresos, pero la proporción de construcciones grandes y caras en las comunidades segregadas es mucho mayor que la presencia de ricos en la estructura social, por lo que se deduce un intento deliberado de concentración y segmentación habitacional de los grupos de más alto ingreso en determinadas localidades.

El correlato de esta medalla es la concentración de los pobres en auténticos guetos urbanos, muchos de ellos incluso producto de la segregación inducida, quizá no intencional, por las políticas públicas de vivienda social.¹⁶

16 Ver al respecto el estudio de Marian Pérez (2006).

Desigualdades idiosincráticas

La expansión universal de los derechos en tiempos de globalización es una oportunidad para las políticas igualitaristas, también para justipreciar el tamaño de nuestra inequidad. La razón es que en el mundo de hoy el horizonte de los derechos va mucho más allá de los términos de referencia tradicionales, asentados generalmente en las posiciones de las personas en el mundo del trabajo. La sociedad, dividida simplemente entre propietarios y trabajadores por ejemplo, debió otorgar a estos últimos garantías sociales a partir de la condición salarial: mínimos de ley, seguros de salud, elegibilidad crediticia y pensiones. El acuerdo tripartito entre Estado, empresarios y trabajadores sirvió para decantar en lo sustantivo los términos del pacto social.

Pero hoy la visión trinomial de la sociedad no la explica apropiadamente, por varias razones: la primera es que mucha gente que trabaja no es asalariada, e incluye a quienes trabajan “por cuenta propia”. Las posibilidades de organización social de esta población son mucho menores que las de los asalariados organizados en sindicatos (la mayoría en el sector público) y asociaciones solidaristas. La segunda es que mientras en el pasado cercano la solución de lo social vía relaciones laborales parecía suficiente, hoy claramente no lo es. No es en el plano de la discusión de salarios y seguridad social donde se resuelven los principales antagonismos que denuncian las reivindicaciones de género, etnia o ciclo de vida. En estos casos lo que se denuncia es una acumulación desigual de recursos que perjudica a las mujeres respecto de los hombres, a los menores y los ancianos respecto de los adultos, y a los grupos étnicos minoritarios respecto de la mayoría.

Estas también son desigualdades de larga data y quizás en la actualidad no sean necesariamente más intensas que en el pasado. Como en otros casos, el cambio mayor tiene que ver con el avance de la construcción de tales asimetrías como un problema público y social, más allá de lo privado familiar. Esta colectivización de los conflictos conduce además a la ampliación de nuestro conocimiento sobre sus manifestaciones, aspecto que también es propio de la última década del Siglo XX.

Las luchas de las mujeres por la igualdad son tan antiguas en Costa Rica como el descubrimiento de la pobreza, es decir, se remontan a las reivindicaciones de las sufragistas a principios del Siglo XX. Desde entonces el camino recorrido señala un hito relevante en 1949 cuando se otorga carta de ciudadanía política a las mujeres al establecerse su derecho al voto, que no sería ejercido de manera general hasta las elecciones de 1953. Luego la

cuestión de género entra en una especie de letargo hasta que es retomada con nuevos bríos a mediados de la década de los ochenta con la ratificación de la Ley de Igualdad Real de 1990. En ese contexto la definición y exigencia de cuotas mínimas de participación de mujeres en puestos elegibles en las papeletas de elección, ha permitido el aumento sustancial de la presencia efectiva de mujeres en el Congreso y los municipios, aunque sigue siendo escasa, inferior a la cuota del 40 por ciento mínimo, en la conformación del Poder Ejecutivo.

Se han producido avances institucionales adicionales, como la constitución del Instituto Nacional de las Mujeres, la Defensoría de la Mujer en la Defensoría de los Habitantes, fiscalías especiales en el poder judicial y las comisiones y oficinas municipales de la mujer. Nueva legislación ha sido adoptada, como la Ley contra la Violencia Doméstica, la Ley contra el Hostigamiento Sexual y la Ley de Penalización de la Violencia Doméstica del 2007.

A más de los cambios normativos e institucionales se ha avanzado; en la identificación de efectos diferenciados de políticas públicas; se adoptan programas de ayuda específica para las mujeres o se interactúa con las mujeres como representantes del núcleo familiar independientemente de si se autocalifican como jefas de hogar. Por ello tenemos mayor conciencia que antes de los desafíos de equidad que afectan particularmente a las mujeres.

Algunos están asociados a una especie de contrasentido respecto de la promesa del llamado “retorno educativo”; según la cual conforme mayor sea el logro educativo de las personas, mejores sus ingresos futuros y por lo tanto su calidad de vida material. Las mujeres y las políticas educativas han hecho su parte. A la fecha, las mujeres costarricenses presentan mayores niveles de educación en todos los estratos sociales. Sin embargo las remuneraciones no corresponden con el logro educativo.

Datos del INEC señalan que en 2007 en todas las ocupaciones el ingreso promedio de las mujeres era 72 por ciento del ingreso de los hombres. En industria y comercio, ramas en las que se ocupa un tercio de todas las mujeres que trabajan, su ingreso promedio apenas representa 57 por ciento del de los hombres. Otro 17 por ciento, ocupadas en servicios domésticos, recibe solo el equivalente a 65 por ciento del ingreso promedio de los pocos hombres que se ocupan en esta rama.

En el mismo año, las mujeres representaron 36 por ciento de la población ocupada con ingreso conocido, pero en las ocupaciones directivas su

participación era 27 por ciento. Las mujeres que logran ascender en la escala ocupacional, reciben solamente 73 por ciento del ingreso de los hombres. En las ocupaciones del nivel profesional, científico e intelectual, como corresponde a una mayor calificación, las mujeres representan 54 por ciento de la ocupación total, pero alcanzan apenas 60 por ciento del ingreso de los hombres.

No es poco común relacionar los hogares jefeados por mujeres, con la pobreza. Este aserto sin mayor explicación puede conducir a una imagen equivocada de la realidad. Los datos señalan que entre los hogares pobres, hay más jefeados por mujeres que en el total de hogares y los hogares no pobres. En el promedio nacional, la diferencia es de 36 por ciento en los hogares pobres y 28 por ciento en los no pobres. Dependiendo de la región, las distancias pueden ser mayores: en la región Central, donde vive la mitad de las personas pobres del país, esta variación va de 41 por ciento a 29 por ciento, respectivamente.

Salta a la vista que en cualquier caso la mayoría de los hogares pobres son jefeados por hombres. Luego, mientras la jefatura masculina no supone hogar monoparental, la sola definición de un hogar jefado por una mujer es sinónimo de ausencia de contraparte masculina: según CEPAL (2006) 87 por ciento de los hogares monoparentales en América Latina están jefados por mujeres. Hacia finales de los años noventa la proporción de hogares monoparentales en el 20 por ciento más pobres (17 por ciento) prácticamente duplicaba la prevalencia en el 20 por ciento más rico.

Aunque no es lo mismo, la condición monoparental del hogar puede estar muy próxima a la definición de un solo receptor de ingreso. En ese caso la razón del empobrecimiento no es tanto la condición femenina de la jefatura del hogar, como la composición del hogar en relación con el número de receptores. Lo que muestran los datos, cuando miden la relación de dependencia económica, es que los hogares pobres tienen el mayor número de personas inactivas en relación con las activas: para el conjunto del país por cada activo hay un inactivo entre los no pobres, pero cada activo se tiene que hacer cargo de casi tres inactivos (2,7) en los hogares pobres.

Una de las formas más nocivas de la discriminación socio-laboral contra las mujeres se relaciona con el reconocimiento de su propio trabajo. Más allá de si alcanza o no para sobrevivir sobre los límites de la pobreza, de si se concede a igual trabajo igual salario, una buena parte de la actividad económica y transformativa de las mujeres no se reconoce ni siquiera como trabajo. Dice el informe social anual de la CEPAL (2006:250):

A pesar de que en la mayor parte de los países se están aplicando políticas orientadas a la ampliación del empleo femenino, faltan iniciativas que consideren el uso del tiempo y se dirijan a conciliar el trabajo y la vida familiar para ambos sexos. Todavía existen dificultades para redistribuir funciones en el hogar, y el reparto del tiempo destinado al trabajo doméstico y al cuidado familiar es muy desigual entre hombres y mujeres. Este recae en su mayor parte en las mujeres, trabajen o no fuera del ámbito doméstico (Aguirre, 2003). Por tanto, resulta indispensable desarrollar políticas orientadas a las familias desde una perspectiva de género, para que el trabajo doméstico y de cuidado sea compartido y redistribuido. Es necesario redefinir las políticas de familia en función de medidas que tiendan a conciliar el trabajo remunerado y no remunerado de hombres y mujeres.

Las desigualdades sociales perjudican a la población no solamente en relación con el sexo, sino con la edad. En una familia cualquiera, las mujeres experimentan discriminación en relación con los varones; pero los menores de edad y los adultos mayores también son objeto de discriminación, en este caso producto de prácticas culturales y convenciones sociales adultocéntricas.

La primera y principal razón por la cual conviene reconocer una condición de inequidad particularmente nociva para la población en edad “no productiva” es justamente su reconocimiento social sólo en términos de su aporte al sistema económico. Unos porque no se han insertado en el mercado laboral y otros porque “ya jugaron”. Esta segmentación de los miembros de la familia por “condición de actividad económica” se proyecta más allá de la edad: afecta a las mujeres por sus obligaciones relacionadas con la reproducción que las mantienen afuera, no del trabajo, sino de la actividad económica remunerada. Perjudica también a las personas con distintas formas de discapacidad física o mental que por ello no son admitidos en la fuerza laboral.

No es sino hasta recientemente que la propia sociedad se ha propuesto el reconocimiento y la defensa de los derechos de esta población en tanto grupos sociales con características y problemáticas diferenciadas. En el caso de los adultos mayores el avance no alcanza una década porque no fue sino hasta finales del año 1999 cuando se publicó la Ley Integral para la Persona Adulta Mayor y se constituyó el Consejo Nacional de la Persona Adulta Mayor, el CONAPAM, como entidad rectora de las políticas en materia de envejecimiento y vejez.

En el caso de los jóvenes, la Ley General y el Consejo de la Persona Joven datan del año 2002. Costa Rica, por otra parte, muestra una larga trayectoria histórica en políticas orientadas a la protección de la infancia. La institución rectora en la actualidad, el Patronato Nacional de la Infancia, PANI, data de 1930 y en ese mismo año se consignó la primera declaración nacional de los Derechos de la Infancia. En 1932 la Ley 27 promulgó el primer Código de la Infancia cuyos contenidos proyectan una notable actualidad: “la protección de la maternidad, la asistencia y atención a la población abandonada, la protección, defensa moral, protección y defensa de la salud de menores de edad, (y) trabajo de menores de edad” (www.pani.go.cr) En 1990 Costa Rica suscribió la Convención Internacional de los Derechos del Niño, iniciándose una nueva etapa de reformas institucionales y de fondo en la comprensión de la condición de la infancia, transitando desde la protección de sujetos pasivos al reconocimiento de personas con derechos. Todo ello cristaliza con la reforma de la Ley Orgánica del PANI en 1996, y dos años más tarde la promulgación del Código de la Niñez y la Adolescencia y su respectivo Consejo, presidido por el PANI.

Este recorrido permite constatar que la sociedad empieza apenas a reconocer la problemática diferenciada de su población en razón de la edad. Quizá eso no es nuevo porque, como hemos visto, muy temprano se procuró resguardar la condición infantil y también temprano se procuró una asistencia mínima universal para los adultos mayores en la forma de las pensiones del régimen no contributivo de la Caja Costarricense del Seguro Social, CCSS, que datan de 1974. Lo novedoso es que el reconocimiento actual se origina en la afirmación de un umbral de derechos diferenciado de los adultos activos en el mercado laboral.

Los avances son menores en otras áreas de diversidad e interculturalidad. La afrodescendencia no es objeto de la protección cultural del Estado, aunque distintas instituciones tematizan la cuestión de la lucha contra el racismo y los derechos de los pueblos afrodescendientes en sus planes de trabajo permanente. No existe sin embargo una institución equivalente a la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, CONAI, entidad de apoyo al desarrollo de los pueblos indígenas creada en 1973 al amparo de concepciones paternalistas e integradoras que en la actualidad se consideran superadas. El liderazgo indígena del país¹⁷, procura más que el fortalecimiento de una Comisión que perciben críticamente, el reconocimiento pleno de los acuerdos internacionales que regulan el respeto a los derechos de las población indígenas y establecen parámetros para la convivencia en sociedad culturalmente plurales.

17 Manuel Villanueva, Presidente de la Mesa Nacional Indígena. “La CONAI: La Expresión Colonial para los Indígenas en la Costa Rica del Siglo XXI”. www.hacienda.go.cr/.../La%20CONAI_%20la%20expresión%20colonial%20para%20los%20indígenas%2...

SEGUNDA PARTE

REPRESENTACIONES E IMAGINARIOS

REPRESENTACIONES DE LA DIFERENCIA:
UNA MIRADA EXTERIOR

Costa Rica es en la actualidad una sociedad más advertida de su propia forma. Dispone como nunca de información sobre los procesos económicos y sociales que la modelan. Advierte, si es que la sociedad puede advertir procesos que la constituyen –como las personas notamos que nos crecen las uñas–, que sus fronteras materiales y simbólicas son cada vez más permeables a la interacción con los otros que vienen de fuera. Estos otros no son solamente individuos de carne y hueso que, como los inmigrantes, huyen de entornos sociales, políticos y económicos que les son adversos y buscan en nuestro país nuevos horizontes de progreso y bienestar; son también otras formas de hacer y de pensar.

Algunos de esos cambios se conocen por ejemplo en sus magnitudes económicas, como es el caso de las inversiones extranjeras que abarrotan playas, centros comerciales, hoteles, industrias. Costa Rica es –como nunca lo fue– una economía abierta a la inversión productiva, lo que ha conducido a cambios culturales mucho menos conocidos y estudiados. Uno fundamental es el proceso de desnacionalización del capital; empresas familiares que se han fusionado o vendido a corporaciones transnacionales que no tienen dueños sino “ejecutivos”. La magnitud de esta transformación está todavía por verse pero es lógico, incluso esperable, que el cambio de propietarios contenga a su vez el de las culturas empresariales. Es decir que al cambiar los sujetos cambian también las formas de hacer y de pensar. No es lo mismo el patrón dueño de la empresa familiar, hijo o nieto del fundador, que el “manager” indio, mexicano, canadiense o francés que escasamente conoce el país, que no conoce los arquetipos de la identidad nacional y que tampoco le interesan.

Llevado al límite, el proceso de desnacionalización conduce a la desaparición de una clase social, la de los propietarios; y a la emergencia de una nueva función social para un viejo estrato ocupacional, el de directores y gerentes. Más allá de las discusiones teóricas que no interesa abordar en este momento, digamos solamente que la clase es una categoría fundamentalmente política. La clase tiene poder y lo ejerce: los propietarios sobre los medios de producción; los trabajadores sobre su propia fuerza de trabajo. La clase es portadora de un proyecto de nación, quiere ser dirigente de la sociedad en su conjunto lo que le exige diálogo social –negociación inter-clases– y sus consecuencias, que son necesariamente sesiones relativas de poder. La democracia representativa es, por ello, quizá la forma más exitosa de organización del poder político en sociedades constituidas por clases sociales. Con la democracia se liman las diferencias económicas de origen, la ciudadanía política se impone para todos con independencia de su clase y se crea un horizonte de bien común, que Robert Castel llama la “sociedad de semejantes”. No la utopía de los iguales, sino una aspiración acotada de gobierno de la diferencia en procura de la igualdad.

Todo esto parece abstracto, pero ilustra fenómenos recurrentes de la cotidianidad costarricense. Las cosas, lo hemos visto en el recorrido histórico en los primeros tres capítulos, funcionaron en lo político y en lo social porque de modos diversos se instaló la potente idea de la semejanza sobre la realidad de la desigualdad social. No se aspiró, de manera políticamente viable, a la erradicación de las clases sociales. Se aspiró sí, y con buen suceso a la cooperación de clases, a gobernar las diferencias conteniendo dos tipos de fuga social: la caída hasta la miseria y el ascenso proyectado a la cúspide de la opulencia.

Por eso la desaparición de una fuente primaria de ese acuerdo social no pasa desapercibida para los estudiosos y observadores de la sociedad. Por paradójico que pueda parecer, la erosión de los propietarios nacionales como clase, no conducirá al fortalecimiento de las tendencias igualizadoras en la sociedad. Con los propietarios, puede desaparecer también un proyecto de dirección pactada de la sociedad, uno que requería mayores compromisos de reparto y distribución.

La lógica política de la nueva dirigencia gerencial está por escribirse y no puede todavía reconocerse en todos sus extremos. Algunos de sus referentes pueden ser por ahora enunciados: es “hiper-nacional”; es “a-partidaria” y es “inter-sectorial”.

Si los tiempos actuales no son propicios para el florecimiento de grandes emprendimientos productivos “nacionales”, tampoco lo son para el

desarrollo de la empresa “transnacional”, que como se sabe es un invento de las explotaciones extractivas de bienes primarios de finales del Siglo XIX. Lo propio de la economía moderna, globalista, es la superación del vínculo nacional. Todavía es preciso para muchas empresas localizarse en el territorio, aunque no ciertamente para la más rentable de las actividades económicas, que es el mercado de divisas. Concedamos que aún, y por ahora, incluso las grandes marcas de la Internet necesitan un cuartel general para proyectar su presencia planetaria.

El vínculo con la nación, que es la dimensión político simbólica y cultural del territorio que delimita un país, es claramente prescindible. Las grandes empresas costarricenses ya no lo son, o lo son cada vez menos. Supermercados, tiendas, aerolíneas, bancos, restaurantes, fincas, hoteles, todos pertenecen a marcas exógenas. Quedan por supuesto importantes reservas, como islotes, de propiedad familiar en medio de un océano de expansión inversionista: medios de comunicación e importadoras entre las más importantes. Una parte principal de la desnacionalización tiene que ver con las empresas estatales, lo que conduce a un fenómeno de privatización que forma parte de otro proceso de transformación de identidades sociales que ilustramos más adelante: el del empleado público.

No hay conexión entre la empresa y la nación y de ahí su carácter “hiper” nacional. No interesa el vínculo más allá de lo esencial, que es el lazo con el Estado comprendido como apego a la legalidad. Merced a la generalización de procesos de reforma que han incluido cambios legales significativos, la legalidad también se transforma de un modo concordante con las expectativas de las inversiones “hiper” nacionales. Los convenios internacionales, para bien y para mal son formas de eliminar resabios de nación en los marcos normativos y de ello dan cuenta, primaria y fundamental, por un lado los acuerdos de libre comercio y por otro los compromisos de resguardo y promoción de derechos humanos cada vez más amplios y diversos. Las convenciones internacionales aspiran en todos los campos a ser la *Constitución* del mundo globalizado.

Por eso los “gerentes”, se interesan en la política nacional no tienen filiación. Respaldan por supuesto, incluso materialmente, el desarrollo de agrupaciones políticas afines a sus expectativas económicas. No tienen filiación política e incluso no proyectan preferencia ideológica más allá de un versión edulcorada de neoliberalismo tolerante a ciertos grados de intervención compensatoria del Estado. Es posible que ejerzan una influencia política más amplia de lo públicamente reconocido porque no son ciudadanos políticos plenos. Luego, el correlato político del advenimiento de un estrato social dominante en el lugar que antes ocupó

una clase social, podría denominarse “*di-gerencia*” política. Más allá de un simple neologismo, la *di-gerencia* política remite a un nuevo actor social que gobierna desde el poder económico que otros poseen.

Los “di-gerentes” por último no tienen preferencias sectoriales. Con ellos desaparecerán los liderazgos industriales, financieros, agropecuarios o comerciales. Son capaces de moverse intersectorialmente porque el manejo óptimo de los emprendimientos de gran escala es cada vez más independiente de la actividad productiva real. Por eso el ascenso es de estrato ocupacional, por ejemplo, y no de profesiones, porque no emerge la tecnocracia en sentido estricto: no gobiernan los ingenieros ni los científicos; gobiernan la empresa, los administradores.

Asistimos, en la cúspide de la pirámide social, a un cambio radical: los propietarios empiezan a desaparecer como clase social y en su lugar se instala una lógica de estrato, una *di-gerencia* volátil, sin compromisos nacionales y que entiende la política sólo como extensión de las oportunidades de negocio.

En los pisos intermedios del edificio social, también hay cambios que apuntan a la desaparición de clases y a la emergencia, en cambio, de eso que aquí llamamos *identidades de estrato*. Lo más notable tiene que ver, en lo urbano, con el deterioro moral del empleo público y en lo rural, con la extinción, ya reseñada, del campesinado.

Recordemos que el proyecto político nacional costarricense fue primero una arcadia campesina, la utopía de la comunidad de labriegos sencillos, el auténtico comunismo rural incluso anarquista. Más tarde la idea modernizadora llegó de la mano de la expansión de capas medias urbanas que abandonaron los oficios y las artesanías y se vincularon significativamente al desarrollo del Estado. Los empleados públicos nunca fueron la mayoría de los trabajadores, pero su presencia política y su fuerza simbólica resaltaban entre todos ellos.

El lugar de estas clases, porque eran portadoras de ideas de nación, está ahora ocupado por una condición heterogénea de grupos ocupacionales administradores del riesgo y la volatilidad de los mercados laborales. Terminó la fijación de un horizonte de estabilidad en la propiedad de la tierra cultivable y en el contrato de servicio civil. La biografía laboral dejó de ser el recuento familiar de todo lo que fue posible alcanzar con los frutos de la parcela, o la movilidad laboral intrainstitucional desde la mensajería o la conserjería hasta la más alta gerencia o magistratura institucional al cabo

de una vida entera trabajando en la institución. La biografía laboral de hoy es una secuencia de comienzos, una búsqueda permanente y una exigencia constante de adaptación.

En los sótanos, por último, nunca hubo demasiado poder, pero es cierto que las formas de la exclusión contemporánea presentan nuevos rostros. La pobreza, que es una condición social generada por la ausencia de capacidades distributivas suficientes en el conjunto de la sociedad, convive con prácticas e identidades sociales que amenazan la estabilidad del edificio social. Una parte importante de los pobres del pasado fue los deportados del progreso del mundo rural; hoy amenazados por una nueva expulsión, son víctimas del aislamiento y de la segregación espacial que concentra las oportunidades y las riquezas. En cierto modo, la pobreza profunda de hoy es expresión del movimiento centrípeto de la riqueza: todo en el centro y muy poco en las costas y fronteras. Se suma la desconexión de los habitantes costeros de las oportunidades económicas que ahí se generan, las más centradas en la expansión de un turismo que poco puede aprovechar de la fuerza de trabajo local.

En la parte más baja de la estructura social no solamente están las personas de ingreso insuficiente. Ahí viven también los excluidos, víctimas de estigmas, en razón de su origen nacional; su condición étnica; sus preferencias religiosas o sexuales. También desconectados de las oportunidades del progreso económico y la convivencia social están las víctimas y los victimarios de las redes criminales de narcoactividad, tratantes de personas para su explotación económica o sexual.

La valoración de la estructura de clases, de la diferenciación en el interior del edificio social costarricense, tiene dificultad para identificar posiciones rígidamente organizadas en relación con la posición en la estructura productiva: no mandan los propietarios; los grupos medios han perdido status y posición aunque quizá no envergadura y en las bases sociales abunda la ausencia de identidades fuertes centradas en un trabajo que hay poco y es irregular, infrecuente y a menudo autogenerado.

Este cambio apunta a una transformación de la estructura social hacia lo que hemos llamado identidades de estrato. Nos referimos con ella a agrupaciones, a menudo autoreferenciadas, que se organizan en torno a uno o varios indicadores de posición: ingreso, trabajo, consumos, vivienda, lugar de residencia; pero también color de piel, nacionalidad, sexo, religión.

Las consecuencias de esta transformación son principal, aunque no exclusivamente, políticas. La cuestión es cómo apelar en el largo plazo a identidades cambiantes, biografías plásticas y recorridos sociales altamente individualizados. ¿Cuál es el fundamento ideológico que puede sustituir la movilización que antaño agrupó productores en cámaras y trabajadores en sindicatos?

Si la base organizativa de la sociedad no es capaz de generar una biografía imaginaria que evoca grandes colectividades, lo público se hace complejo, ineficiente y eventualmente superfluo. Este es el desafío político heredado de la imposición de una filosofía liberal supersticiosamente referida al individuo. Por eso quizá el destino de los partidos políticos se muestra confuso si no se reduce a personalismos dinámicos. El referente político de la sociedad individual es la democracia sin ideología y el gobierno de las figuras mediáticas.

VI

REPRESENTACIONES E IMAGINARIOS: UNA APROXIMACIÓN CUALITATIVA

Este esfuerzo de reflexión sobre la identidad costarricense y el papel del igualitarismo en su conformación y su recorrido histórico se origina en una interrogante central y otras subsidiarias: habida cuenta de la prolongación de las distancias sociales entre la cúspide opulenta y el resto de la sociedad; considerando el hecho de que las políticas públicas no confrontan sino estimulan esta evolución porque se organizan en torno a la creación de oportunidades de inversión para grupos cada vez más pequeños, ¿persiste en las representaciones individuales la afirmación de una naturaleza igualitaria en la sociedad costarricense? ¿Perciben cambios las personas en sus relaciones con otras y en su comprensión de las estructuras y jerarquías sociales? ¿Preocupa la desigualdad y se considera creciente como creen los investigadores? ¿Cambia en definitiva la definición de la sociedad, la valoración que se tiene del problema de la desigualdad? Estas son algunas interrogantes cuyas respuestas pueden avanzarse con la recopilación de imágenes y representaciones que aquí hemos planteado. No siendo un recuento exhaustivo, es más bien una aproximación exploratoria que podrá ser verificada con evidencias más amplias en ulteriores investigaciones.

Las que siguen son voces de un conjunto heterogéneo de personas. Se ha querido disponer de diversidad de trayectorias y posiciones sociales. Quizás no representan la diversidad costarricense actual, pero resultan suficientes para explorar comparaciones y notar regularidades. Se integró equitativamente visiones de hombres y mujeres procurando disponer de momentos distintos del ciclo de la vida; recogimos voces del campo y la ciudad de ricos y pobres de empleados, y desempleados, de funcionarios y profesionales, de operarias y trabajadoras domésticas.

En la exploración individual en cada entrevista procuramos conocer a profundidad la experiencia individual, la biografía laboral, su valoración de la familia propia y la comunidad circundante.

Se interrogó sobre la forma en que se percibe y se define la diferencia social en una variedad considerable de esferas de la vida cotidiana, desde las relaciones económicas, hasta los vínculos familiares y de género; de la definición político ideológica hasta la preferencia deportiva, pasando por el delicado asunto de la tolerancia y la convivencia religiosa.

Indagamos si la estructura social procede de órdenes superiores, independientes de voluntades individuales, o de procesos económicos y políticos inducidos, y si en razón de esas convicciones se pueden atender situaciones indeseadas de desigualdad social; más aún, si es oportuno hacerlo y a quién corresponde la iniciativa.

Desigualdad

Hemos visto que la desigualdad se mide en términos de la distribución de ingresos, propiedades, activos entre grupos de población del mismo peso relativo. También vimos cómo la desigualdad remite a la distribución de recursos y oportunidades en el territorio, creando mapas sociales que distinguen al país en estratos de desarrollo social, por ejemplo.

Las personas entienden la desigualdad como una condición efectivamente distributiva, relacional. La desigualdad, de lo que sea, indica que hay unos con mucho y muchos con poco; pero en general no puede decirse que la respuesta inmediata alude a riqueza o pobreza. Se refieren en múltiples formas a la disposición de recursos tangibles o inmateriales: reconocimiento o discriminación, incluso buen trato aparecen enunciados como elementos definitorios de la desigualdad.

Para unos la desigualdad remite al acceso a oportunidades porque son ellas las que producen igualdad de condiciones.

Para mí la desigualdad es falta de oportunidades, ausencia de tener los mecanismos, acceso de medios como la educación, el pensamiento. Creo que eso es la desigualdad, ausencia para unos y demasiado para otros. Hay unos que tienen mucho y otros que tienen muy poco y la desigualdad es la ausencia de tener la oportunidad para no ser desigual (AM, madre joven, casada).

Es frecuente como veremos que la educación es percibida como la principal herramienta que la sociedad dispone para producir equidad, cualquiera sea su definición. Por lo tanto el acceso diferenciado a “los medios” para desarrollar capacidad es percibido como fuente primaria de desigualdad.

La desigualdad se comprende como problema, pero no necesariamente se resuelve con igualitarismos porque se entiende que en la sociedad hay diferencias. Dice D., un hombre soltero acomodado, independiente y dueño de su propia compañía:

Desigualdad, siempre va a haber. Siempre va a haber el pobre, el rico. Siempre va a haber el pez grande que se come al pequeño, eso no lo puedes quitar. Pero debés dejar al pobre que crezca.

Hay un trasfondo de justificación de las diferencias sociales cuyos extremos son la pobreza y la riqueza, que se consideran expresiones “naturales” de la vida social. La cuestión se complica cuando “el pobre” tiene techo para su desarrollo individual y algo, más o menos incierto, no le permite “crecer”. Ese es el problema de la desigualdad, entendido así como un mecanismo que reprime la movilidad social. Las diferencias sociales entonces no son tan importantes como el acceso a los medios para mitigarlas eventualmente.

Pero en otros sentidos, menos relativos a la diferencia económica entre los individuos, la desigualdad se convierte en una especie de rasero de la otredad, y los problemas a los que conduce se traducen en cuestiones de trato y discriminación.

C., una joven adolescente de la zona urbana, define justamente desigualdad como “el trato diferente que se da a las personas” y en ello coincide con entrevistados cuyo origen étnico diferenciado pesa más que su condición socioeconómica al definir la desigualdad. Para AC., una joven profesional hija de inmigrantes chinos, la desigualdad es sinónimo de ausencia de aceptación de las diferencias étnicas y culturales de la sociedad. Para AS., prominente profesional de origen árabe, la desigualdad se manifiesta en discriminación, el trato diferenciado en virtud de una condición percibida: riqueza-pobreza o belleza-fealdad, menciona.

Ocasionalmente las desigualdades económicas se vinculan con desigualdades simbólicas o culturales y las redefinen en sus consecuencias sociales. Cr. es un hombre homosexual, de una posición económica acomodada, soltero, sin dependientes. Entiende que el dinero puede corregir tratos discriminatorios de los cuales la comunidad gay es frecuentemente objeto:

Hablamos de dos desigualdades. Hablamos de una desigualdad de elección de sexo y una económica, ¿Por qué? Porque si vos tenés una posición económica de cierto nivel medio pa'riba, o sea, vos sos una persona respetable. Pero si estás en la esquina y sos un travesti común y corriente, entonces sos un gran playo.

J. es una persona con discapacidad física que no vive con su familia sino en un hogar desde hace cinco años. Para él la definición de desigualdad es sinónimo de discriminación: "Desigualdad hay mucha, porque la gente a nosotros los discapacitados nos ve de otra forma, como cosas raras".

Como se nota la definición de lo que se entiende por desigualdad está asociada a la valoración de sus causas. En términos generales es fácil reconocer una forma socioeconómica de la desigualdad centrada en la distancia entre ricos y pobres, luego la definición de causas califica el tipo de desigualdad que se percibe problemática. Procurando una caracterización de percepciones pueden identificarse las siguientes: a) individuo-generada; b) espacial; c) derivada de políticas públicas y d) cultural. El orden de la presentación de estas percepciones de causas de desigualdad social es arbitrario por lo que no debe suponerse ni primacía ni jerarquía entre ellas. Tampoco son referentes autónomos de la representación de la desigualdad porque pueden convivir en la generación de causas complejas: por ejemplo, si uno cree que el destino de las personas depende de su capacidad de emprendimiento no necesariamente deja de reconocer que lo que otros hagan (por ejemplo el gobierno y sus políticas) puede potenciar u obstaculizar ese desarrollo.

La definición de causas centradas en el individuo es una representación usual de las diferencias sociales. Es frecuente encontrar que la pobreza se asocia con la actitud de las personas que son pobres, en la opinión de quienes no se consideran pobres. Del mismo modo, aunque una persona sea pobre para su interlocutor en razón de indicadores como el lugar de residencia, el estado de la casa, el nivel educativo y otros, generalmente no se considera a sí mismo pobre. porque relaciona la pobreza con condiciones más graves que la propia.¹⁸ Si además, la sociedad proyecta sistemáticamente la imagen de que las oportunidades están ahí para ser aprovechadas por todos y que el éxito social es el resultado de la combinación de individualismo y posesión, entonces ser pobre o no serlo deriva de dinámicas individuales y no de procesos sociales. Una fuente adicional a favor del reconocimiento de causas individualizadas de la desigualdad social proviene del reconocimiento de que la privación es

18 Sobre estos aspectos véase nuestro estudio cualitativo sobre empobrecimiento (Sojo,1995).

una desgracia particular asociada al destino y a explicaciones intangibles, incluso divinas. De ahí que, eventualmente la única solución definitiva para las desigualdades terrenales provendrá de la redención final de todos, en igualdad de condiciones, ante el ser supremo.

MS es una mujer afrocaribeña, mayor, inmigrante antigua y hoy día de buena posición económica. Para ella

La pobreza viene de no pensar en cómo ganarse la vida. Así que hay que pensar y pedirle a Dios que le ayude en todas sus necesidades y la pobreza no lo encontrará. Porque yo no tengo marido, sólo tengo a Dios y tengo a todas esas mujeres trabajando, (algunas vienen más tarde y otras ya se van) y yo encuentro el dinero para pagarles todos los días y ¿quién me lo da?: Dios, porque yo no tengo la fuerza. Entonces cuando hay gente en pobreza deben poner su mano al volante y clamar – El los ayudará. Aquellos que se empobrecen es porque son perezosos y no piensan en cómo ganarse la vida.

En un sentido más prosaico JC, hombre joven del área rural que tampoco es pobre, piensa que la conformidad conduce al estancamiento social; la gente acepta su destino y se instala en él sin protestar:

Hay gente que les gusta quedarse en un solo lugar, no salir adelante, gente muy conformista, así es la palabra correcta, entonces yo me imagino que tal vez por ese lado, no mejoran, se quedan ahí...

Ambas imágenes se asocian con un valor propio de la filosofía liberal, como es la propensión al riesgo, el ánimo emprendedor. Las personas en último término son más o menos emprendedoras y eso conduce al desarrollo y la persistencia de las diferencias sociales.

Doña I es empresaria turística en la zona sur, consiente en que la posición en la estructura social deriva de la voluntad y el ánimo individual de tomar las oportunidades para quienes están disponibles. Fundamenta su argumento en un caso que considera particularmente difícil porque –no lo dice así pero se infiere– incluye dos fuentes de exclusión social: la condición indígena y el ser mujer.

En Costa Rica el que quiere trabajar y es honesto, lo único que necesita es tiempo, sale adelante. El que es vaguito y que le gusta mucho el licor y es irresponsable o baja más de la cuenta o toma muchos años para que llegue a superarse, pero ya es cuestión

personal, verdad, el esfuerzo de cada persona. Yo conocí el caso de una indita que llegó a Limón porque no había colegio en Talamanca, como de diez años, once años, buscando trabajo porque ella quería ir al colegio solita. Y esta muchacha al fin y al cabo me la dejé yo y se hizo educadora, se graduó, compró su casa, compró su lote, ya ahora tiene más títulos que yo. Y por eso digo yo que el que quiere salir sale, el que se pone la mente y el deseo de superarse lo logra porque hay muchas oportunidades, hay muchas facilidades y el trabajo hay que buscarlo y uno lo encuentra.

Doña E, tiene una pulpería cerca de Puntarenas. La suya es una historia de movilidad social ascendente. Sobre la pobreza dice:

Ya esa la viví, no me gustó... no me gustó ver a mis hijos talvez sin tener qué comer, no me gustó tener solo una silla donde sentarme, no me gustó tener que pensar que no tenía con qué pagar mi casa. No me gustó.

De ahí deduce causas de diferencia social relacionadas con actitudes diferentes ante la vida y los problemas que presenta.

Es cuestión de actitud, eso está en la actitud que yo tenga sobre el futuro o hacia la vida, si yo me hubiera echado a morir por ser madre soltera y porque tenía dos hijos y que se me iban a morir de hambre, me hubiera cruzado de brazos, hubiera dejado que el IMAS, que el INVU que todas las instituciones me mantuvieran y yo cruzada de brazos y que mis hijos se los llevara el río. Eso es diferente. Pero uno siempre piensa a futuro y piensa lo que es superarse como ser humano, yo no me voy a quedar ahí. Y no me quedé de hecho, mis hijos van muy bien en el colegio... son jóvenes muy buenos, no puedo quejarme.

La experiencia de una vida dura, plagada de necesidades no limita la persistencia de visiones sobre la riqueza y la pobreza relacionadas con la voluntad individual. LC con 44 años es una inmigrante nicaragüense proveniente de León. Tiene 24 años de vivir en el país y ya se acogió a la naturalización. Es empleada doméstica por horas y su esposo –nicaragüense también– trabaja en una compañía de transporte público. Vive en La Milpa de Guararí y su casa está en arreglo de pago debido a la volatilidad del ingreso. Su visión no rechaza la existencia misma de la riqueza y la pobreza, sino la falta de solidaridad:

...si yo no trabajo yo no como, entonces qué le puedo decir, lo que a mí me duele es que, no que me den a mí, no que me den a mí, sino que hay tantos casos... No pongamos tantos como las viejas vagas que se ponen a tener hijos para sacarle la pensión talvez a los varones y no trabajan, no trabajan y a veces les va feo porque diay porque se llenaron de hijos.

Las causas *individuo-asociadas* de la pobreza, la riqueza y la desigualdad social que de ellas derivan pueden ser suficientes como explicación para las personas concretas. Resultan además doblemente funcionales: en el plano micro y el plano macro social. Si se cree que la condición social es producto de la sola fuerza de su empeño, se tiene motivos para seguir adelante, razones para continuar esforzándose no solo él mismo sino a su familia. Y si al final el resultado esperado no se presenta, siempre habrá una explicación relacionada con la voluntad individual como motivo. Ello impide la formación de demandas sociales orientadas al logro de la equidad, entendida como la disminución de las distancias entre ricos y pobres.

La aspiración a la movilidad social, que conduce eventualmente a la disminución de las brechas de equidad social, se formula y desarrolla en el ámbito privado. Por ello las explicaciones individualistas tienen también una importancia macrosocial: la desigualdad económica es un producto primario del funcionamiento de las sociedades de mercado porque, simplemente, funcionan sobre la base de premios a la acumulación. Si no hay presión sobre las desigualdades sociales estructurales, se puede actuar compensatoriamente, por ejemplo mejorando las condiciones de vida de los pobres sin que ello necesariamente conduzca a la disminución de las brechas sociales. Quienes consideran, como Doña E., que han ganado la lucha contra las distancias sociales, pueden al mismo tiempo objetar las políticas de atención social para la población pobre porque producen un efecto inmovilizador; aspecto que por lo demás, también es discutido por la teoría y los operadores de la política social.

Las personas perciben también que más allá de las voluntades existen relaciones sociales que producen desigualdad de acceso a las oportunidades. Una de ellas la hemos definido como “espacial” y se refiere a la forma en que el lugar de residencia condiciona el acceso a las oportunidades. Se trata de una interacción de voluntad, culturas y políticas porque el asentamiento humano es producto de causas complejas: vivimos donde escogimos vivir en razón de nuestras posibilidades económicas; o debido a vinculaciones familiares y comunitarias previas o a causa del efecto inducido por políticas públicas habitacionales, que establecen en términos generales una segmentación social del territorio centrada en diferencias de ingreso.

Las percepciones que relacionan desigualdad con el territorio, el espacio social, vinculan otro tipo de consideraciones. Un funcionario público de alto nivel, JF, organiza un discurso en el que caben las diferencias entre territorios tanto como las diferencias dentro de los territorios, ambas asociadas a disposición desequilibrada de dos tipos de recursos: los de infraestructura pública y los de saber hacer. Dice:

La desigualdad no es solamente una cosa, estrictamente social en términos de pobreza. También tiene que ver con la organización misma de la infraestructura pública. Hay cantones que la tienen mucho mejor organizada y conforme uno se va a cantones de la costa como, no sé, digamos Sámara, son lugares que hace 20 años, eran muy tranquilos, muy sencillos. Ahora hay unos contrastes tremendos. Ahora en esos lugares se ven casos como los que se notan en San José: gente durmiendo en las calles, gente mendigando. Pero al mismo tiempo se notan las grandes construcciones, las grandes inversiones, hoteleras principalmente, y una infraestructura pública que es la misma de hace 20 años, nada más que ahora está como cercada por grandes edificios. Bueno en eso se nota desigualdad. Municipalidades que son las mismas municipalidades de hace 20 años, tal vez con más recursos, pero no los saben usar porque la gente que está trabajando en las Municipalidades no tiene la preparación.

La segregación espacial como causa y manifestación de la desigualdad está muy clara para MA, niña de 12 años, proveniente de una familia de zona semi-rural de clase media, ambos padres con negocio propio y una hermana mayor trabajando. MA piensa que la razón de las desigualdades sociales es la falta de convivencia, la limitada disposición de oportunidades de encuentro social. La razón es:

...la sociedad en que vivimos, que los más ricos viven en urbanizaciones y los más pobres viven en lugares como la Carpio, Alajuelita y todos esos lados, y no se encuentran. Los ricos están en su mundo, en sus negocios, mientras los más pobres ven cómo poder seguir viviendo. Por eso yo creo que los grupos están tan divididos y por eso ya no se acuerdan de la igualdad que había antes, ahora todo es por separado.

Doña I, la empresaria turística del Sur, cree que las comunidades se forman algo así como alrededor de grupos de necesidad. Su visión no está exenta de motivaciones individuales que valorizan de modo distinto las

oportunidades, pero convive ampliamente con explicaciones relacionadas con el empleo, los ciclos económicos, los roles de género, la reproducción familiar:

Bueno, yo creo que los sectores con más problemas económicos, los barrios o los lugares que presentan más problemas económicos son los más vulnerables a otro tipo de vida, de costumbres, que ahí hacen un poco de diferencia. A veces se distinguen las zonas que uno dice por ahí es peligroso o por ahí no hay que andar. Se van reconociendo con las noticias, siempre uno oye que se mataron en tal lugar... Pero mucho es porque la falta de trabajo de las personas- que no lo buscan con afán el trabajo- o mucha madre soltera que no puede salir a trabajar por los niños y tiene que conseguir de alguna manera u otra la comida, el pan de cada día de sus hijos y entonces lleva una vida fácil para lograr lo que necesita, porque no tienen otra manera de obtenerlo, no pueden... no pueden salir y dejar dos o tres niños pequeños en un lugar. Esto hace que esa gente siempre como que se... como que ellos se van reuniendo y solitos van haciendo sus propios barrios donde entonces están.

En las representaciones sociales la desigualdad puede, intencional o no, provenir de la política pública. Algunas personas reconocen que las decisiones políticas, en materias económicas y sociales, pueden conducir a resultados que intensifican la desigualdad social. Otras denuncian el abandono de políticas que podrían mitigar la desigualdad.

Es común la asociación de pobreza y diferencias sociales con el acceso a la educación por una parte y la calidad de la educación recibida por otra. ML es una ejecutiva de alto nivel en el sector privado. Está casada y no tiene hijos. En su desarrollo académico ha obtenido dos maestrías y una especialidad. Dispone de lo que llama “un patrimonio sólido” y se considera de ideología neoliberal. Reconoce que sin embargo las cosas en el país requieren un ajuste en procura de mayores oportunidades para todos. Su definición de equidad (el antónimo de desigualdad) es justamente:

... igualdad de oportunidades. Yo pienso que todos nacemos en situaciones diferentes pero lo más importante es que el sistema social garantiza a las personas que él que tome la decisión encuentra los mecanismo de ascenso.

En esa visión sobre el rol de los sistemas o políticas sociales la educación y la salud son componentes principales.

Creo que Costa Rica requiere un balance en este momento que es poder conciliar todo ese modelo de desarrollo con la parte social, que creo que es lo que se nos ha debilitado sobre todo en temas de la parte de salud y educación, que creo que han sido como los dos motores de ascenso social que se nos han entrabado en los últimos años.

Lo que en esta perspectiva es una urgencia de ajuste y conciliación, en otra es un efecto directo de un modelo que debe ser transformado a fondo. ML define su posición acorde con lo que entiende como su ideología neoliberal. En una ribera opuesta AM, líder política nacional, considera se debe cambiar el modelo propiamente, porque en él se originan las dificultades para igualar las oportunidades:

Hay gente que se hace muy millonaria a costas de los beneficios que da el Estado, y por otro lado el Estado recorta beneficios a otras clases porque en esa tesis de que el Estado, bueno, no tiene que encargarse de esas cosas, que cada quien atrae su iniciativa privada y ve cómo hace para salir adelante. Por supuesto que una gran parte del problema aparece en que cada persona tenga su propia iniciativa y su propia lucha por mejorar, pero yo sí creo que para que esa persona tenga la posibilidad de dar la lucha, tiene que tener la cancha equiparada para poder jugar. Ya si la cancha está equiparada y no quiere jugar, pues no hay nada que hacer. Si a una persona, se le dio la ayuda y no la quiso tomar pues ese ya es otro problema. Pero dado que se han venido recortando esas oportunidades este modelo no ha tenido éxito en Latinoamérica. Ha demostrado ser un modelo de fracaso. No ha tenido éxito, excepto por un país, Chile, que ha tenido condiciones y variables, pero, bueno, tampoco es así un modelo que podamos llamar del todo exitoso. Sin embargo hoy tenemos un país como Costa Rica con índices de desarrollo humano mucho mayores que otros países latinoamericanos, diay luchando por continuar con ese modelo inclusivo social que se ha venido desmantelando. Pero me parece que esa es la manera adecuada de ayudar a las personas. Es decir, el problema es del capitalismo salvaje, el problema del libre tránsito de productos y las facilidades de compra. El problema es que es un modelo voraz, casi asesino.

Estos argumentos señalarían que las desigualdades originarias de los individuos, no necesariamente conducen a diferencias sociales (por ejemplo entre pobres y ricos) porque se cree que con las mismas oportunidades todos pueden salir adelante. En este caso se entiende que la responsabilidad

de nivelar los pisos es del Estado, y se reconoce que por diferentes motivos esas tareas se han postergado. La confianza en la capacidad igualadora de las políticas públicas es un rasgo relevante de la percepción de equidad y de justicia de la sociedad costarricense, aspecto que en mi opinión deriva de la valoración de una experiencia histórica de relación con un Estado vinculado al bienestar de las personas. Ocasionalmente esa vinculación se considera parte del problema. AS, médico inmigrante de origen árabe, de larga trayectoria y reconocimiento, considera que algunas personas no logran ascender en la vida social porque se acomodan a la caridad pública. En sus propias palabras:

Todavía estamos con ese concepto de que todo lo queremos regalado, ve, si el tico es dado a ese tipo de errores. Una de las causas de esta pobreza es esto, en que dependemos muchas veces de lo que el gobierno nos va a regalar.

Por último los fundamentos que aquí hemos llamado “culturales” de la desigualdad se distinguen de los anteriores porque se relacionan con visiones del mundo centradas en la definición del “nosotros” y en la forma en que procesamos las diferencias con los demás. No atienden causas individuales, relacionadas con capacidades; ni efectos de políticas públicas vinculadas a oportunidades. Atienden más bien a marcos éticos que suponen un orden previo alterado por influencias externas que le son ajenas. El caso más evidente y recurrente de estas visiones sobre causas de desigualdad se relaciona con la inmigración. También se relaciona con las diferencias de posiciones de género.

En la estructura argumentativa la sociedad aparece como una realidad autoreferenciada que reacciona ante estímulos externos. Los valores propios de la sociedad tienden a la equidad, pero son alterados por acciones externas de tradiciones ajenas que los influyen y los transforman. Y en esto no importa tanto la historia de vida como el sentido de pertenencia. Si la inmigración es percibida como causa de la desigualdad, no importa si nosotros mismos fuimos inmigrantes o hijos de inmigrantes porque ahora somos parte...y valoramos la realidad desde esa posición.

AC es una joven de origen chino, sus padres retornaron a Macao hace años y ella, hija de dos mundos, finalmente encontró más identidad en la Costa Rica de su infancia que en la China de su adolescencia. Ahora vive sola enfrentando los prejuicios culturales de su familia, que la ve poco afín a la cultura china, y de una sociedad que tampoco la reconoce como expresión

autóctona¹⁹. A la consulta de cuáles son las causas de la desigualdad en el país, responde con mucha claridad:

Veo más desigualdad porque tenemos muchos inmigrantes y lógicamente no pueden competir con una sociedad así. Digamos inmigrantes que no tengan inglés, ¿Cómo van a conseguir un buen trabajo que les dé más de lo mínimo si no pueden competir con nosotros? Tenemos un sinnúmero de inmigrantes e indocumentados que no trabajan sino que gusanean y ven qué hacen... También tenemos inmigrantes muy ricos que se contraponen a nuestra gran población de clase media. Todavía Costa Rica tiene este privilegio de tener una gran parte de personas en esta población de clase media y no me gustaría que fuese afectado, pero también hay leyes o creo que debería haber leyes las cuales ayuden a inmigrantes a llegar a esa clase media con herramientas, porque si nosotros mantenemos esta clase más bajita y no les damos las herramientas nunca se van a poder superar.

AC es una inmigrante joven con recursos económicos y profesionales suficientes para hacer frente a su destino. Se siente integrada plenamente a la sociedad y entiende que la desigualdad es producto de la introducción de elementos nuevos en una sociedad definida como “una gran población de clase media”. Los pobres, que reconoce como nicaragüenses y algunos ricos también, obligan a pensar sobre los medios para equilibrar a los recién llegados. La nivelación social se convierte así en un programa de inserción para la población migrante que favorezca su ascenso hacia la clase media.

C. es una funcionaria pública de nivel técnico; divorciada, con tres hijos, mantiene una relación a distancia con un hombre estadounidense. Su relato habla de experiencias diversas de movilidad social, y una lucha permanente por mantenerse en una condición media. Su valoración de la desigualdad social, asociada a cuestiones no tangibles que aquí hemos llamado culturales, se entiende mejor cuando define la equidad y en ella sobresale el vínculo de poder entre hombres y mujeres:

Equidad es como, para mí, como un equilibrio de las dos partes, de hombre y mujer, que los dos tengamos iguales derechos, el hombre y la mujer sin excepción, que la mujer no abuse del hombre, ni el hombre de la mujer, y que seamos –tengamos-, la

19 Cuenta doña Hilda Chen Apuy, erudita investigadora y docente, nacida en Puntarenas, que alguna vez un taxista sorprendido le pregunto que dónde había aprendido a hablar tan bien el español.

...sigue

libertad de expresar nuestros derechos, que si quiero estudiar, quiero estudiar, bueno y sobre todo haciendo un énfasis en que claro que esos derechos sean sanos verdad, porque un hombre no va a permitir, porque yo soy mujer hacer todo lo que me da la gana, porque es darle mal ejemplo a los hijos, sino a cosas sanas, a cosas buenas, cosas recreativas para la familia.

Hemos visto cómo la desigualdad es percibida primero como una condición socioeconómica muy próxima a la diferencia entre ricos y pobres. No obstante, es igualmente relevante la valoración de la desigualdad vinculada al acceso a oportunidades. Esta es una idea arraigada en las tradiciones filosóficas asociadas al liberalismo, donde las desigualdades individuales no son el problema porque la condición humana es intrínsecamente desigual. La cuestión donde la igualdad importa es el acceso a las oportunidades; si por razones propias no somos capaces de superar nuestra condición social aprovechando las oportunidades que se ofrecen, entonces no hay mucho que hacer. Pero al mismo tiempo hay conciencia de que las garantías de igualdad liberal, es decir de acceso a las oportunidades, se han deteriorado y que corresponde al Estado gestionar los mecanismos para su reparación.

Predomina una idea liberal de la desigualdad, fuertemente centrada en el plano socioeconómico que asigna al Estado significativas responsabilidades en la garantía de oportunidades. Esto puede ser más importante que la atención directa a los grupos menos favorecidos por medio de acciones redistributivas, mientras se confía ampliamente en la capacidad igualadora de buenas políticas de salud y educación.

Estructura Social

La desigualdad no dice sólo de relaciones sino de autorepresentación. Entendemos el tema de la desigualdad a partir de la posición que creemos ocupar en la estructura social. Pese a las evidentes diferencias de ingreso, educación y estatus socioeconómico predomina en los entrevistados una representación común de sí mismos: *estamos en el medio, somos clase media*, por lo que representan la mayoría de una sociedad que se entiende integrada mayoritariamente por esa clase. La desigualdad no será un problema en el tanto la mayoría esté en esta condición. Veamos algunos ejemplos:

Tabla N° 1
¿Quiénes somos y en qué posición estamos?
 (Respuestas sobre valoración de la situación económica personal y familiar)

L, empleada doméstica de origen nicaragüense	<i>...yo digo que estoy en, digamos, la clase media, porque aunque nosotros vivamos enjaranados y de todo, pues gracias a Dios no sé, en la casa no se vive mal, ellos tienen de todo, lo principal, pues el techito que ahí se va pagando.</i>
T, dueña de abastecedor en el Pacífico Central	<i>En la sencilla, en la pobre, aunque tengo un abastecedor y este mantiene un poquito el hogar. Porque es pequeño, si fuera un mini súper o un súper, ahí sí. Ahorita con lo que mi marido trabaja, con lo que él gana nada más da para el hogar, lo que es el agua, luz y teléfono y a veces faltan algunas cositas, como si mis hijas se enferman o mi mamá, entonces uno tiene un ahorrito ahí. Pero uno es sencillo, siempre uno es sencillo, no como otras personas que tienen un pulperita ahí y ya se creen más que otros.</i>
N., productor de hortalizas de la zona alta de Cartago.	<i>Veámoslo de esta manera, en este momento la situación económica es un poquito durita para todos. Lo que pasa que eso, "la situación", la hace uno, depende como uno se ordene. Porque diay sí uno es un poquito desordenado por muy buena entrada de plata que tenga, téngalo por seguro que no le va alcanzar para nada. Pero diay si uno se centra un poquito, diay, por lo menos para ir sobreviviendo, verdad.</i>
I., microempresaria turística, en el Pacífico Sur.	<i>Yo diría... ¿como le podríamos llamar? No mala y no..., apenas vivo bien, yo no gasto en lujos, ni en joyas, ni en esto ni... De vez en cuando salgo a comer afuera con alguna amiga y cuando salgo a San José para ver la familia. Mis gastos aquí son muy pocos, nada más al mantenimiento del lugar y la comida, pero gracias a Dios me doy gusto en todo, estoy en una situación de que me doy gusto en lo que quiero y si no me alcanza pues economizo y hago que me alcance para terminar de darme gusto. Porque ya es mi época de darme mis últimos gustos. Dios me ha dado esa bendición de que me los dé, entonces gracias a Dios no me puedo quejar.</i>
AC, hija de inmigrantes, San José.	<i>Bastante buena, realmente si la veo respecto al salario mínimo, puedo decir que lo sobrepaso 10 veces. No tengo quejas con la excepción de que para llegar acá, a ese límite, me he tenido que esforzar y trabajar mucho, pero eso pasa en cualquier trabajo. ¿Que si podría ser mejor? Me imagino que sí, pero en estos momentos estoy bastante feliz.</i>
MA, niña zona semi-rural del Oeste del Valle Central	<i>Actualmente la situación económica de mi papá y mi mamá, bueno de la familia en sí, se puede decir que es buena. O sea no estamos ni muy ricos-ricos, ni pobres- pobres. O sea más o menos, y ahí estamos pasándola como dicen.</i>
Cr., hombre soltero, homosexual.	<i>Bueno yo me considero, todavía, ciertamente de clase media, pero me da miedo... Me da miedo el hecho de que, como digo una vez más, yo siento que esto va desapareciendo tan rápidamente.</i>

<p>AM., líder política nacional</p>	<p><i>Bueno yo creo que estoy bien. Tampoco soy una persona acaudalada. Pero no me puedo quejar. Tengo muchas deudas pero siempre las puedo pagar. Y bueno yo soy una persona que viene de una familia de clase media, y las cosas que he ido adquiriendo he tenido que adquirirlas por mi propio esfuerzo. A mí nadie me ha regalado nada. Entonces pues sí, tengo deudas, tengo compromisos, pero los he podido ir sacando y gracias a Dios no me ha faltado. Entonces digamos que sí, estoy en una situación bien. Me siento bien y tengo las cosas que necesito, no puedo pedirle más a la vida.</i></p>
<p>J, pequeño agroexportador del Este del Valle Central.</p>	<p><i>Diay, yo creo y trato de ser fiel y he admirado siempre a las personas campesinas. Porque son personas sencillas, sin mucha contemplación, dispuestas a poder ayudarle al que más lo necesita. Con ese aspecto veo a la gente campesina. Hay gente que en cualquier momento su compañero o su vecino necesita ayuda, usted sin mucha contemplación le va a prestar su ayuda. De esas personas me considero, persona sencilla de buenas costumbres. Para mí esa es la gente amable, no necesariamente le digo que soy de ellos, los admiro y aspiro a serlo.</i></p>

Las representaciones de igualdades o desigualdades sociales responden a una visión de la forma en que se estructura la sociedad en su conjunto. La primera y más común asociación es de una sociedad jerarquizada verticalmente en relación con posiciones de clase asociadas a la disposición de riqueza. Así la imagen más recurrida es la de un edificio social cuyas bases están ocupadas por los grupos pobres, de ingreso menor, y la cúspide por los sectores de altos ingresos.

Otras visiones de la estructura social pueden ser más complejas pero manteniendo esta configuración vertical. La representación sobre el edificio social puede ser polarizada, esto es, dos grandes clases (usualmente los ricos y los pobres) o múltiple, donde predomina la imagen de una clase media significativa. En este caso, siempre dentro de las imágenes verticales jerarquizadas de la estructura social, se pueden vislumbrar múltiples pisos, incluso ocupados por categorías distintas del ingreso.

Una de las imágenes más elaboradas es la de E., oficial de policía de la zona montañosa sur del Valle Central:

Podemos ver casi cinco estratos, verdad: la población que se encuentra en buen estatus económico, que tiene acceso a todo el ordenamiento jurídico, que tiene toda la información, que hace valer sus derechos. Un segundo estrato que es un término medio, un tercer estrato que es la clase pobre, pero que tiene conocimientos y

que estudia, un cuarto estrato que es de las personas que no tienen formación, que no han tenido la oportunidad de prepararse que dependen económicamente de actividades agrarias o que son muy tradicionales y un quinto estrato, los inmigrantes que también es una población que tiene una alta participación en la formación de los Estados.

Esta visión distingue los aspectos económicos de otros que aluden más bien a conciencia ciudadana. Los más favorecidos, del quinto estrato superior, no solo lo son en sentido económico sino en virtud de su conciencia de los derechos que les asisten. Luego, aunque no quedan muy claras las diferencias con los dos estratos inferiores inmediatos, da la sensación de diferencias de grado que no son del todo insalvables. Los más pobres, por ejemplo, que se localizan en el tercer estrato, procuran beneficiarse de las oportunidades que se les ofrecen porque estudian, se preparan para su propio progreso. De seguido se identifican dos estratos adicionales que algunas lecturas analíticas llamarían condiciones de exclusión social²⁰: unos por localizarse en los resabios del modelo anterior y otros por su condición de inmigrantes los que –no lo dice E. pero sí los estudios sobre la exclusión social de la población inmigrante– se encuentran en desventaja por su situación socioeconómica y por su estatus ciudadano²¹, lo que incluso los perjudica después de haber obtenido condición migratoria regular.

RG, un funcionario público del más alto nivel, reconoce la existencia de una estructura social basada en estratos de ingreso, pero duda de que eso conduzca a la formación de clases sociales en un sentido más político. Como en la anterior, en esta imagen del edificio social costarricense la influencia externa se nota claramente.

Existe por supuesto la división a partir del ingreso. Una división clásica de los pobres extremos; los pobres; los que están en una situación de vulnerabilidad de clase media; una clase media-media que me parece que cada vez se empobrece más, pero que sigue estando mejor que todos esos segmentos. Una clase media-alta que yo creo que ya desapareció; una clase alta que se ha hecho, que es más grande de lo que era antes, constituida por esos nuevos profesionales que están asociados a los “Call Centers”. No sé si es clase alta pero es una clase con mucho ingreso disponible, que es más grande como le digo que la clase alta que antes pensábamos, pero que igual es muy pequeña con respecto al resto

20 Pérez Sainz y Mora (2008).

21 Morales (2008).

de la sociedad. Y después la clase más pequeña, la de los que tienen realmente dinero en este país.

Mientras para unos la composición del edificio se amplía, para otros más bien se reduce. En los primeros la desigualdad de ingresos dibuja horizontes de oportunidad heterogéneos, lo que a su vez presenta implicaciones políticas muy diferentes. No es lo mismo imaginar las posibilidades de intercambios y conflictos sociales en un país polarizado que en uno conformado por múltiples estratos.

Para SG, un pastor evangélico cuyos ingresos se han deteriorado en los últimos años, se reconoce un claro proceso de polarización social:

Antes había tres estatus, clase baja, clase media y clase alta, pero ahora la clase media está desapareciendo, debido a la inflación y toda la situación económica. Se está marcando más la clase rica. Ya el poder adquisitivo es muy limitado, la inflación ha subido demasiado aunque el Gobierno dice otras cifras, pero uno ve en los hogares que la gente apenas trabaja para comer, para vestido o para pagar el alquiler. Ahora tienen que trabajar todos y en esta sociedad, hace talvez unos 15 años atrás, solo el hombre trabajaba y la mujer se quedaba en la casa y mantenía un estatus de clase media con poder adquisitivo diario.

Para quienes vivieron otras realidades, la ausencia de polarización social es un rasgo típico de lo costarricense y quizá una causa de la comparativamente mayor estabilidad sociopolítica. L dice que aquí la clase media tiene oportunidad; lo específico no es la presencia de ricos y pobres sino la existencia de una clase media:

...hay gente media y hay gente de la clase baja, en el sentido como digamos los pobres que les cuesta mucho. Para a mi está dividido como en tres partes, si es que no se va en cuatro. Porque en Nicaragua digamos a la gente que de verdad tiene plata le dicen los burgueses y la gente pobre es el proletariado, y yo veo que igual ahí están, pero aquí la gente media sí se la juega.

Hay otras visiones de la estructura social que, manteniendo la composición jerárquica, la entienden como producto de las posibilidades de acumulación y de enriquecimiento. Así los que ocupan la cúspide de la pirámide social son lo que constantemente mejoran su condición social, mientras que los de abajo son los que caen. Para ML entre los pisos de la estructura social no hay barreras infranqueables y eso es lo que caracteriza la sociedad

costarricense. En su opinión, entender la estructura social costarricense depende:

....de la óptica con que se mire, pero si uno lo quisiera ver del punto de vista económico pareciera que hay como un 20 por ciento de la población que crece su riqueza de manera importante todos los años. Una gran franja, que debe ser como un 40 por ciento, que no crece y un 40 por ciento que decrece. Esa ha sido la Costa Rica de los últimos años. Las personas que están en el 40 por ciento más desfavorecido son las que necesitan más apoyo y más vehículos de acceso social y económico.

Una cosa buena que tiene Costa Rica es que como dicen los ticos somos igualados y eso es bueno porque hay sociedades como Perú o Guatemala o Brasil, en que si naciste en Brasil en las favelas, ahí vas a morir, porque el costo de una hipoteca desde el punto de vista financiero es del 70 u 80 por ciento. Entonces todos los sistemas están hechos para que el pobre sea pobre. Aquí no. Aquí las personas pueden ascender socialmente y como no hay diferencias étnicas, entonces es menos visible y las personas... en realidad hay miles de personas que vienen de hogares súper humildes y llegan a posiciones muy importantes. Creo que eso es una bendición que tiene Costa Rica, al final es una decisión de comprometerse uno con la excelencia y a pesar de que no están todos los mecanismos, creo que cualquier persona en este país que se lo proponga, salvo que tuviera una discapacidad que lo limite severamente, puede salir adelante.

Esta estructura choca con la convicción de que en el país de los “igualados” todo el que quiera puede, pero ilustra una visión recurrente donde las diferencias de clase están diluidas en una pretendida homogeneidad étnica y una cultura política horizontal, que no discrimina y le ofrece oportunidades a todos. ML proviene de una situación económica acomodada y ahí se ha mantenido, por lo que no habla por experiencia propia. Casada, sin hijos, gerente de una corporación de 2500 empleados, ML, se define como parte del 20 por ciento superior que describía, y entiende la pobreza, aunque le parece cruel, como un estado mental:

Yo la asocio con la desesperación o la desesperanza y la veo casi como un estado mental, aunque pudiera sonar cruel, porque a veces hay realidades de personas con carencias muy importantes, he visto tantos casos de personas que se propusieron salir de ahí y lo lograron que creo que es un estado mental.

Esta imagen confiada en la cual quien quiera surgir lo habrá de lograr, porque no hay impedimentos profundos en una sociedad cuyas clases son todavía permeables a la movilidad social, contrasta con una visión menos optimista porque entiende que los derechos se distribuyen tan mal como la riqueza. MA, la niña de 12 años de zona semi-rural, ve a la sociedad dividida entre quienes por dinero son sujetos de derecho y quienes no lo son. Su visión la ilustra con una lectura de la tragedia cotidiana producto del aumento de las víctimas mortales en accidentes de tránsito:

Ahora estaba yo viendo en las noticias y estaba una señora contando de un accidente que tuvo su hijo -que lo atropelló un señor ebrio- y ella estaba diciendo que si hubiera sido el hijo de un diputado o del presidente al que hubieran atropellado, se hubiera hecho todo lo posible porque el hombre, el causante de esta tragedia, estuviera en la cárcel. Pero como fue a ella, o sea la poca rentabilidad económica que ella tiene y la sociedad en la que ella vive, no le permitió llegar a más con el juicio y con todo... y el señor está libre. ¿Cómo es posible que alguien que arruine una vida (al muchacho lo atropellaron y ahí está, está vivo pero pudo haber perdido la vida) y no le hicieron nada? Entonces yo siento que es una desigualdad porque, es cierto, ella tiene razón, si hubiera sido la hija del presidente o el hijo de un diputado sí se hubiera hecho cualquier cosa, hubieran movido cielo y tierra para que esos hombres estuvieran en la cárcel. Por eso es que yo siento que si hay desigualdad y porque Costa Rica no tiene los mismos derechos para gente de mucho dinero que para los pobres.

Todas estas imágenes retratan una estructura social jerárquica, con tendencias a la polarización, pero donde persisten posibilidades de ascenso o donde los pisos no son infranqueables para los de abajo. Se reconocen diferencias de estatus que pueden perjudicar el acceso a beneficios comunes, como la administración de justicia. Hay también conciencia sobre la pérdida de oportunidades y el deterioro de la clase media, lo que es reportado como un peligro de disolución de una de las características más importantes de la sociedad costarricense. No son, evidentemente, imágenes de una sociedad igualitaria, sino más bien de una que ofrece oportunidades para que los pobres dejen de serlo. La aspiración es a una polaridad social menos aguda, donde los más ricos convivan con una gran clase media que es la que da sentido a la nación y de la que de alguna manera todos somos, o creemos, ser parte.

En los siguientes dos apartados examinamos las desigualdades en acción. Si la estructura social dice de desigualdades categoriales más o menos

fijas, valoramos cómo percibe nuestro grupo de referencia los cambios en la desigualdad, las desigualdades dinámicas. La cuestión es central porque de ello depende la supervivencia de un modo de vida asentado en una capacidad de “domesticación” de las diferencias sociales. Luego en el apartado final de este capítulo, se exploran las visiones en torno a las posibilidades de una sociedad más equitativa, más igualitaria incluso, y cómo se logra ese propósito.

Desigualdades dinámicas

Los datos de los últimos años revelan una sociedad en transformación que, al mismo tiempo es más consciente de sus cambios. Se piensa, en términos generales, que es menos igualitaria, pero nunca tuvo en el pasado tanta información para reconocerse. Puede ser que en el pasado los recursos estuvieran más concentrados, y como se sabe la expansión de las oportunidades que hoy se valoran tanto, como la educación y la salud, es un fenómeno del último medio siglo. Las visiones objetivas de la historia, que sistemáticamente revelan los rasgos de las antiguas asimetrías, se enfrentan a una dura competencia con una recurrente sobreestimación del pasado, “Todo tiempo pasado fue mejor” y eso vale para las valoraciones sobre la desigualdad social.²²

Las visiones sobre los cambios en la desigualdad del país se mueven entre el análisis de variaciones de la estructura social propiamente, y la valoración de cambios en situaciones sociales que tienen una relación indirecta con la desigualdad social, como la violencia o la inmigración.

Unas, como las de C., son imágenes que denuncian la polarización creciente:

Creo que Costa Rica, tristemente, si no se pone el Gobierno las pilas -no creo que les importe tampoco- vamos a llegar a ser una sociedad tipo nicaragüense o una de esas donde tenemos dos clases sociales únicamente, hay ricos y hay pobres. En el pasado yo veo que, en la historia costarricense, hay una clase media

22 Lo que por supuesto siempre depende del punto de partida de la comparación. Por lo general, en la representación social cotidiana de la pérdida de igualdad, el referente no es el de los logros de la Segunda República, por ejemplo, sino el de un pasado remoto (posiblemente no lineal) en el que se sitúa la utopía original de la sociedad de los iguales. Seguramente el pasado añorado no está para todos en el mismo momento de la historia. Esta no es una discusión racional sobre modelos de desarrollo y sus posibilidades distributivas, aunque ocasionalmente así se presenta, sino una valoración emocional sobre la situación actual y el imaginario deseado.

muy importante, muy interesante y muy grande y muy lindo. Se vivía muy lindo porque se mantenían todavía muchas costumbres, muchas raíces, se mantenía un estándar de vida muy interesante. (...) La clase pobre no es por vagancia ni por falta de empleo... Los índices de valor de la canasta básica están subiendo demasiado comparado con los salarios que tiene la gente... entonces es un asunto que vamos dependiendo totalmente, vamos perdiendo esa parte que Costa Rica la tuvo por muchos años que fue muy lindo, que es una clase media muy bonita... Eso se está perdiendo ya.

La imagen, ya conocida, del deterioro de la clase media que identifica lo propiamente costarricense, no expresa sólo un fenómeno económico sino la pérdida de un modo de vida, “la forma de vida costarricense”, “lo lindo”, lo “acostumbrado”.

E, el oficial de policía, denuncia la polarización como el principal cambio social, producto de un proceso concreto y no de una forma de evolución natural de las cosas. En su opinión el responsable es el modelo de desarrollo seguido en las últimas décadas: “Se agiganta la brecha –dice– y se va a hacer más grande y nadie la va a parar con un modelo de Estado neoliberal, que es el que tenemos”.

L llegó al país hace más de 25 años procedente de León, Nicaragua. La suya es más una historia de privaciones que de movilidad social ascendente y, aunque se acogió a la naturalización, su situación ha cambiado poco. Para ella las cosas han cambiado en una dirección negativa:

Cada vez está más peor a cuando yo vine. Era más bonito, yo no sé. Pues yo lo miraba así muy tranquilo porque este país tiene mucha paz pero de unos años para acá yo no sé, verdad, tanta droga; tanta gente pocita ahí tirada en las calles; tanta gente que se desaparece, o cuando han matado niños, matan mujeres y sus mismos esposos. (...) Antes era más bonito, pero claro estamos hablando que había menos población ahora hay más pobreza porque hay más población y más niños. Yo es que dije “yo quiero tener mis hijos pero no llenarme”. Yo tuve dos y ya no más.

La ilustración del cambio social en términos de pérdida de tranquilidad es compartida. Igual que L, N –joven agricultor de hortalizas– piensa en los peligros que se ciernen sobre la sociedad, especialmente hacia las mujeres, debido a la pérdida del respeto. Hablamos entonces de tranquilidad y respeto como valores de una sociedad que se fue, que “se murió” como dice:

Diay, le soy sincero ha dado un giro de un ciento por ciento, de antes a ahorita. Lo tenemos muy palpable, bueno en el caso de ustedes que son de la ciudad: que antes ustedes andaban tranquilas a la hora que fuera en la noche, salían de su colegio tranquilas, sin miedo y ningún peligro; mientras que ahorita, aunque sea en el día usted sabe que en cualquier momento lo asaltan en la ciudad. Ya aún en el campo, que antes se andaba con tranquilidad, también lo asaltan ahora. O sea es totalmente diferente al tiempo de antes, la tranquilidad que había. Después hay una base principal que, digámoslo así, ya murió, que es el respeto que había antes. Ahorita son pocas y contadas las personas que se dirigen con un respeto a toda persona.

La pérdida del respeto por los otros, que denuncia N, bien puede ser un rasgo del deterioro de las imágenes de identidad común, si suponemos que en principio las personas respetan a sus pares. El respeto es también fundamento de las relaciones comunitarias, que empiezan a extrañarse en una sociedad que parece perder vínculos horizontales (relaciones entre pares) y verticales (relaciones entre clases).

Quizá esa sociedad respetuosa del pasado, era el producto de una mayor interacción entre clases. Lo nuevo del momento actual no es la existencia de las diferencias sociales, sino su demostración. La pobreza se ve más que antes y la riqueza se debe mostrar en mayor medida. Solidaridad con los menos favorecidos y comedimiento de los más ricos, podrían entenderse como formas de respeto social. Como lo dice F, funcionario público de alto nivel, ello en último término también dependía del grado de atención del Estado al desarrollo de sus responsabilidades sociales:

Yo me acuerdo de las fotografías que tenemos en casa de mi abuelo. Y eso lo menciono porque es un asunto que prácticamente cada familia puede contar lo mismo. En la misma escuela, chiquillos con zapatos y otros sin zapatos, pero todos eran compañeros. Entonces este es un país donde costarricenses con muchos más recursos que otros, eso siempre se ha dado. Lo que pasa es que tal vez, por un lado, la pobreza de unos no era tan evidente y los otros, como se dice, no exhibían su riqueza. Entonces el país, la imagen del país, era bastante homogénea. El problema es que ahora (y eso no es responsabilidad, o sea la cosa no es únicamente interna, porque tiene que ver con los cambios en materia de comunicaciones, con la misma apertura del país), la exposición, a las diferentes muestras de riqueza, es constante, es permanente y afecta a todo el mundo. Quién tiene acceso a esto y quién tiene acceso a aquello; eso

lo determina los recursos con que cada uno cuenta. En un país como Costa Rica, los recursos que uno no tiene para gastarlos, en esto o aquello, muchas veces lo ponía el Estado mediante los servicios públicos, lo cual le permitía a las personas mejorar su capacidad de adquisición. Pero resulta que ahora, la educación pública tiene unas deficiencias enormes. Si yo me atengo a la seguridad que me dan los cuerpos de policía regulares me siento asaltado inmediatamente. En realidad no es así, pero yo me siento así. Me toca vivir en un barrio donde tengo una cantina y un bar a la par, y no hay una municipalidad que haga absolutamente nada. Todo eso lo determina un tema muy sencillo: ¿Cuántos recursos dispongo?

El rol del Estado como agente promotor o inhibidor de desigualdades sociales, es una manifestación del cambio de época. En el pasado –se dice– los recursos públicos favorecieron el acceso a las oportunidades y el intercambio entre las clases, en la actualidad contribuye al ensanchamiento de las distancias y a la fijación de las diferencias. RG otro funcionario político del más alto nivel, lo dice así:

Hace 40 años había conciencia de las diferencias. Uno sabía que ciertas familias eran familias adineradas, opulentas, pero se aceptaba como una cosa hasta natural, una cosa como heredada, y de alguna manera se les agradecía su simpleza: el cuento del señor que era multimillonario -o millonario verdad porque yo creo que en esa época no habían multimillonarios- que usaba un vehículo de lujo pero que era de diez años de antigüedad verdad. Eso era como muy común, como encontrarse en las filas de los servicios públicos a personas de apellido y cosas de ese tipo. Entonces había esa comunicación, ese entendimiento entre la gente lo que no generaba el sentimiento de resentimiento, de incomodidad, de saber que muchos de los beneficios que algunos disfrutaban han sido adquiridos a través del sacrificio nacional. Por ejemplo, los sectores exportadores se han beneficiado siempre del esfuerzo que hemos hecho en términos de pagar un tipo de cambio sobrevaluado -como lo estamos viendo ahora- pero además pagar todo lo que fueron las exenciones y los estímulos que se hicieron a la exportación. Y ahora la aparición de ciertos patrones de consumo de los cuales hacen gala estos nuevos sectores oligarcas... Entonces uno va a un mall, sobre todo al oeste, y uno ve a los dos tipos de personas: las personas que andan caminando por el mall y la gente que está comprando en el mall. Son los dos grupos en este país completamente diferentes. El grupo que va a

disfrutar de las cosas bonitas por fuera y que va al cine y a las áreas de comidas tal vez, pero que para ellos no es opción entrar a las tiendas de departamento que están ahí para comprar cosas. Y uno ve en el oeste de la ciudad esa diferencia bastante marcada. La gente que está adentro de las tiendas y la gente que está en los pasillos caminando. Eso es inédito en este país. Sin negar que existía desigualdad, las cifras históricas nos permiten decir que sí estamos en un punto de desigualdad sin precedentes en la historia del país. Probablemente ha existido mayor desigualdad en otras épocas de la historia del país pero nunca habíamos estado tan concientes de la desigualdad como lo estamos ahora, no solo porque las cifras nos lo dicen, sino sobre todo porque nos damos cuenta, porque sentimos esa desigualdad.

Lo que la gente piensa sobre la desigualdad es su propia elaboración. En general las entrevistas fueron conducidas con el propósito de evitar la inducción de respuestas o significados. Por ello en las opiniones predominan asociaciones libres sobre la desigualdad social, muchas veces confundidas con la pobreza, la discriminación, las diferencias culturales o étnicas que distinguen a la población. Por eso también, las representaciones asocian desigualdad con pobreza, relacionan causa y efecto, manifestación material con condición social y status, todo mezclado. No hay error sino vivencia.

Una respuesta recurrente cuando se consulta sobre los cambios en la desigualdad social del país, es la asociación inmediata con la cuestión migratoria. Este es un dato duro porque revela una actitud social extendida. La fórmula retórica es “no tengo nada contra los inmigrantes; conozco unos que son muy buenos; pero...”. La afirmación de la excepción del inmigrante bueno conocido, va de la mano con la convicción de que no se trata de un juicio xenófobo sino de una valoración objetiva. Se entiende que los problemas sociales, de los cuales la desigualdad es uno, se han agudizado por la expansión de la inmigración, especialmente la nicaragüense y pobre, aunque la procedencia colombiana es crecientemente asociada con el aumento de la criminalidad. Lo sorprendente es que esta afirmación es sostenida aún por antiguos inmigrantes o hijos de inmigrantes con lo cual se cierra el círculo de la autodefinición y el sentido de pertenencia, tan importante para la consolidación de la imagen de la sociedad, como la creencia de que todos somos de clase media.

SG, pastor evangélico, reproduce en su argumento los casos revelados por reportajes de la televisión:

Cuando uno mira a los inmigrantes que vienen, ahora vienen más colombianos también, algunos vienen a trabajar honradamente pero otros vienen a estafar, son expertos en falsificación, en brujerías, leer manos y todo eso. Esto marca más la diferencia de clases sociales. En Costa Rica no sé qué vamos a hacer, ahora que escuché que supuestamente vienen diez mil nicaragüenses más y no tengo nada en contra de ellos. En la Congregación tengo hermanos nicaragüenses trabajadores, honrados...

D, hombre solo, acomodado, del oeste de San José:

Costa Rica no es lo mismo de hace 15 años porque hay mucho nicaragüense, mucho colombiano. Yo pienso que hay españoles malos, colombianos buenos, nicaragüenses, buenos, malos. Hay de todo, ¿no? Entonces no se puede acusar.... Sí es cierto que las fronteras están más abiertas, que llega de todo, ¿no? Pero nosotros también tenemos una parte de culpa, ¿no?

La idea es que la desigualdad social se incrementa por el advenimiento de los extranjeros. Según esto la *desigualdad formal*, derivada de la condición migratoria, es más visible que otras formas de desigualdad, o ha acentuado la conciencia social sobre las diferencias. Como dice AM:

Yo lo que creo es que cuando hay más inmigración entonces eso hace que tal vez, no necesariamente es que ahora haya más desigualdad o sí, puede ser que sí, pero es más evidente, es algo que vos te das cuenta de forma más fácil.

Cierto o no, la imagen de país de paz choca con la evidencia de que la inmigración ha acentuado la criminalidad en la sociedad y ha incentivado la variación en el tipo de delitos. La sociedad costarricense se enfrenta a una transformación hacia la violencia social, fenómeno que le viene del exterior: “Aquí se robaba para comer”. Las visiones de la importación del crimen conviven con una tendencia a la criminalización de la pobreza. El médico de origen árabe lo explica así:

Y lo mismo pasa en que mucho extranjero indeseable ha venido a enseñar a los más necesitados la maldad porque antes no tenían esta maldad, o sea lo que te robaban lo robaban para comer, no matar para robarte lo que tienes, o robar cualquier cosa para las drogas. Hoy día Costa Rica es casi una estación obligatoria a los narcotraficantes o al narcotráfico en general, que salta del sur hacia el norte, verdad, pero lo que uno ve todos los días en la

prensa en televisión esto no, esto duele a cualquier costarricense, duele en que uno veía a Costa Rica como era para ver a Costa Rica como es ahora. Eso duele mucho.

La violencia social no es el único factor que, en el par categorial nacionales-extranjeros (aspecto que veremos más adelante) contribuye al incremento de la desigualdad social. Si se piensa la sociedad dividida entre ticos-víctimas y extranjeros-delincuentes; o en una forma menos grosera ticos-clase media, extranjeros-pobres/ricos, también existen otras asociaciones que en el imaginario social representan el aumento de la desigualdad. La creciente privatización y desnacionalización de la propiedad en la franja costera nacional son fenómenos que recurren a la oposición nacionales-extranjeros, pero que a la vez se reconstruyen en torno al par ticos-desposeídos/extranjeros-dueños. Aparecen además otras tensiones, por ejemplo las derivadas de sectores económicos en disputa por los recursos: turistas/pescadores, turistas/ambientalistas:

Ahora casi todas las playas son privadas como Matapalo. Ahí hay un proyecto grandísimo y los extranjeros quieren agarrar las playas para ellos y eso no es así porque antes uno iba a acampar, a bañarse, sacar mariscos en las orillas de la playa. Ahora no se puede hacer eso. Yo sé que hay que cuidar la vida marítima pero también podemos comernos algunos mariscos. Igual que playa Panamá, antes uno iba a acampar, ahora no. Ahora lo cerraron, muchas playas que han cerrado a mi parecer no debería ser así porque todos tenemos derechos. Igual el Coco, el Coco a finales del año 89 se hacían conciertos y era muy diferente. Ahora el Coco está demasiado sucio. Ya no se puede bañar, están tirando mucha cochinado a la orilla del mar. Ahora los pescadores son más cochinos, porque tiran todos los desechos a la orilla del mar, a mí no me parece eso muy bien (T, mujer de zona rural).

Las representaciones de la desigualdad dinámica hasta aquí presentadas, se elaboran en torno a la evolución de la sociedad costarricense en dos sentidos que problematizan la comprensión de su condición igualitaria original: la sociedad se polariza socio-económicamente por la desaparición tendencial de la clase media, en primer lugar; en segundo lugar, la sociedad pierde homogeneidad étnica y cultural por influencia de las migraciones y eso perjudica su integración.

En el primer caso el dinamismo ocurre en los extremos de un continuo de sentido (secuencia de significados) que va desde la situación anterior definida como positiva y la situación actual entendida como problemática. No

importa si la evidencia empírica de las investigaciones socio-económicas apoya o no tales evoluciones. La clase media continúa existiendo, pero la representación de la sociedad, sometida al cambio en sus patrones de desigualdad, se enuncia a partir del par *sociedad de clase media/sociedad polarizada*. La sociedad costarricense ha sido impregnada de distintas formas por flujos migratorios y procesos de poblamiento que producen diversidad étnica y cultural; no obstante el cambio se define a partir del tránsito en los extremos del par étnico-cultural homogeneidad/pluralidad.

Gráficamente podría expresarse en la tabla siguiente, donde las variables tiempo (situaciones previa y actual) enuncian el dinamismo de las desigualdades; las representaciones primarias se refieren a explicaciones generales mientras las secundarias, utilizando una analogía prestada de la biología, serían “especies” de las representaciones generales.

Tabla N°2
Desigualdades Dinámicas Negativas:
Representaciones primarias y secundarias

		En el pasado “lo que eramos”	En la actualidad “lo que somos”
Dinámica económica	Representaciones primarias	Sociedad de clase media	Sociedad polarizada
	Representaciones secundarias	Solidarios	Individualistas
Dinámica cultural	Representaciones primarias	Sociedad homogénea	Sociedad plural
	Representaciones secundarias	Pacíficos (nosotros)	Violentos (ellos)

Hasta aquí las representaciones sobre el dinamismo de las desigualdades tienden a la definición de una pérdida de equidad como referente de la situación actual. No obstante, otras lecturas encuentran motivos para el optimismo, relacionando los cambios con mejoras en el campo de los derechos sociales a través de la ampliación de las prestaciones públicas a la población en general y a los pobres en particular, o por medio del freno de relaciones de exclusión fundadas en las discriminaciones étnica o de género.

Todas las entrevistas interrogaron sobre las relaciones hombre/mujer y maridos/esposas por constituir pares categoriales esenciales en la visión de asimetrías sociales en comunidades patriarcales, como es la costarricense. En algunos casos, la consulta general y abierta sobre cambios en la desigualdad produjo inmediatamente asociaciones con esta temática. Esto es importante porque quiere decir que la población, aunque relaciona, en primera instancia, desigualdad con recursos económicos y la diferencia entre ricos y pobres, luego argumenta alrededor de sentidos más diversos. Es el caso de EA (hombre casado, sin hijos) para quien la sociedad costarricense ha evolucionado en sentido positivo hacia mayores niveles de equidad de género:

Sí, en realidad yo creo que el tema de la desigualdad antes era más marcado. Yo siento que hoy en día la mujer tiene más oportunidades de desarrollo. Uno las ve ocupando puestos importantes, tanto a nivel político como a nivel empresarial. Yo siento que la mujer se ha venido desarrollando. La mujer se prepara más ahora. Antes la mujer era más de hogar. Uno lo ve con los abuelitos, con los papás; antes el hombre era el que trabajaba y la mujer metida en la casa. Ahora uno ve las mujeres en la universidad preparándose. Y es una prioridad en sus vidas. Antes, tal vez, su prioridad era la casa, atender a los hijos y punto. Entonces yo siento que esa formación que la mujer ha ido adquiriendo, ha hecho que hoy en día esa brecha se vaya reduciendo. Sí, hay ciertas situaciones en las que uno ve que hay desigualdad, como en algunos puestos o cosas así, pero a nivel general, uno siente que se ha reducido mucho el tema de la desigualdad.

En el mismo sentido, valorando cambios positivos en la desigualdad social derivados del mejoramiento de la condición social de las mujeres, C involucra aspectos relacionados con el acceso al mercado laboral como la superación de estigmas que afectan a las mujeres:

En las épocas de antes se veía mucho el machismo y lo que era el trabajo solo para el hombre. Y ahora ya no tanto. Y digo que es mejor en estos tiempos, pero yo veo que no hay tanta división. Ya hay trabajo para las mujeres, y aunque sean mamás adolescentes pueden salir adelante. Ya no es tan mal visto en la sociedad, como antes que era más rechazado.

EM, dueña de una pulpería en el Pacífico Central, reconoce que el mejoramiento de la posición relativa de las mujeres en la sociedad es consecuencia de luchas políticas y sociales. Lo interesante de su visión

es que persiste la diferencia entre las mujeres comunes y las de “arriba”, las “grandes”, las que tienen influencia en la toma de decisiones. Una desigualdad social que quizá no percibe, pero que entiende como necesaria, instrumental incluso, para la disminución de brechas de género.

Ha mejorado, la mujer como que se ha dado a valorar más, como que ha luchado más. “Arriba” las “grandes” han luchado mucho por arreglar eso, porque seamos iguales, porque nos tratemos iguales por todo. A veces beneficia a veces como que no mucho, pero admiro mucho a Gloria Valerín por la iniciativa que tiene, por lo menos, de defender bastante a la mujer.

En otros casos, como el de J, joven discapacitado recluido en una institución y EA, los cambios positivos son también producto del tratamiento activo de carencias individuales y colectivas por parte del Estado. Las políticas públicas y sus efectos concretos en la vida cotidiana son los estímulos de esta representación, por lo demás coherente con el avance institucional y normativo que el país ha dado, en las últimas décadas, en el reconocimiento de la pluralidad de los problemas sociales y de los derechos que asisten a las personas.

A pesar de que todavía hay mucha [desigualdad], yo pienso que ha mejorado bastante, porque hace unos años atrás no habían rampas, no había nada, no habían ni buses con rampas, ni para entrar en los lugares y ahora en varios lugares se encuentra, ha cambiado bastante, aunque no sea en realidad todo pero sí ha cambiado bastante (J, hombre discapacitado).

Yo siento que se ha tratado de mejorar un poco, con esto que el gobierno les da vivienda a los pobres, se ha tratado de buscar una forma de minimizar esto. Yo me acuerdo en mi juventud de ver como más casas sencillas, como más gente pobre que ahora. Entonces yo siento que se ha tratado de minimizar un poco esa diferencia que hay. Yo siento que si se ha hecho un esfuerzo en cuanto a lo que es el gobierno, preocupándose más por ese tipo de personas, que han tenido más dificultad (EA, hombre joven, casado, sin hijos).

Tabla N° 3
Desigualdades Dinámicas Positivas:
Representaciones primarias y secundarias

		En el pasado "lo que eramos"	En la actualidad "lo que somos"
Dinámica de las relaciones sociales	Representaciones primarias	Excluyentes	Incluyentes
	Representaciones secundarias	Machistas	Género sensitivas
Dinámica de la protección social	Representaciones primarias	Mercantilismo	Estado social
	Representaciones secundarias	Individuales	Solidarias

Lo que la tabla quiere destacar es que la percepción de las desigualdades dinámicas reconoce retrocesos de equidad, pero también ganancias, progreso en el mejoramiento de las relaciones entre individuos y grupos o en la forma en que el Estado y la sociedad actúan ante las diferencias. Las imágenes de deterioro de un pasado igualitarista, conviven con otras en las que el progreso social es evidente.

Desigualdades categoriales

El análisis de la forma en que los individuos relatan sus relaciones, no parte de vínculos sino de esencias. Las relaciones se definen por lo que somos y no por lo que las vinculaciones producen. El problema de la ciencia social es interpretar las cosas que la gente "sabe". Y este conocimiento común de lo social está fundamentado en la transmisión de la esencia de las cosas, en este caso de las categorías sociales. El desafío de la ciencia social es construir argumentos explicativos de relaciones que van más allá de lo esencial de las posiciones sociales, e incluso lo modifican.²³

23 Este es el fundamento de la propuesta conceptual de Tilly (2000) para el análisis de las desigualdades sociales. El autor opta por una de cuatro opciones disponibles, para la comprensión de las desigualdades sociales. Estas ontologías (posiciones teóricas y metodológicas que difieren en relación con el objeto de su estudio) son el individualismo metodológico que atribuye las desigualdades a decisiones racionales procedentes de la existencia de atributos compartidos y los utilizan para definir sus preferencias en busca de la maximización de sus utilidades. En segundo lugar, el individualismo fenomenológico que otorga significado propio a cada categoría y entiende que las personas organizan sus identidades actuando categorialmente. En tercer lugar la teoría de sistemas que entiende las diferencias entre las categorías como el resultado de las relaciones que ellas establecen con estructuras más

En las entrevistas se consultó sobre pares categoriales, jerarquías y tríadas comunes.²⁴

- Pares categoriales del ámbito político. Se trata de vinculaciones relacionadas con la visión sobre el mundo de la política, las ideologías y las formas de gobierno. En particular se indagó sobre los pares:
 - Político-ciudadano
 - Votante-abstencionista
 - Demócratas-autoritarios
 - Liberales-conservadores
- Tríada de la estructura social que remite a las principales categorías que componen la estructura social, a saber: ricos, clase media y pobres.
- Jerarquías relativas al mundo del trabajo, al proceso educativo y a las relaciones intrafamiliares:
 - Empleado-jefe
 - Alumno-maestra
 - Niños-adultos
 - Adultos-ancianos
 - Marido-esposa
 - Hombre-mujer

En lo que sigue se reproducen los argumentos relacionados con estas dimensiones de la desigualdad categorial.

amplias, por ejemplo hombres y mujeres que se relacionan en virtud de una cultura patriarcal. Finalmente, el autor se decanta a favor de una cuarta ontología, derivada del análisis relacional que entiende las categorías como invenciones sociales que “solucionan problemas” donde la identidad no proviene de lo categorial sino de todas las relaciones sociales que las personas establecen. Así por ejemplo, una mujer es simultáneamente joven, esposa, afrodescendiente, operaria, estudiante y madre y su vida transcurre en una secuencia de identidades que provienen de límites categoriales móviles.

24 Un par categorial es un “límite socialmente significativo y por lo menos un lazo entre sitios a ambos lados de él”, por ejemplo las relaciones de género establecen los límites de la identidad masculina y femenina y gobiernan la forma en que ellas se relacionan. Una tríada remite a “sitios con lazos recíprocos”. Una jerarquía es una “vinculación asimétrica” de lazos similares típicamente los ordenamientos de poder entre clases militares o entre posiciones al interior de las empresas (Tilly, *ibid*:61).

Ciudadanía desigual

El desafío de la construcción de sociedades democráticas consiste en garantizar la igualdad política de los individuos. Mientras en el plano socioeconómico el igualitarismo puede considerarse una afrenta directa a la organización capitalista de las rentas y los beneficios, la idea de igualdad política no admite cortapisas: un ciudadano un voto es la regla de oro del principio liberal de la igualdad. Otra cosa es cuánto sirve esa condición primigenia para informar la toma de decisiones y conducir la cotidianeidad del ejercicio gubernamental, aspectos que han sido ampliamente abordados por la literatura y que se consideran problemas clave en la organización social de nuestro tiempo.²⁵

Como se ve en los textos de la siguiente tabla, los costarricenses consultados entienden antagonismos políticos sobre la base de una afirmación comunitaria. La vinculación políticos-ciudadanos, se define a partir de la convicción de ser parte de una comunidad ciudadana que tiene valores positivos; los políticos tienden a ser traidores de esa condición original: el ciudadano justo y honrado víctima del engaño del político abusivo, mentiroso, utilitario. La comunidad nacional, ese conjunto al que se pertenece, es también definida como democrática y activa, donde lo autoritario se considera ajeno y la abstención electoral más que un derecho o una manifestación es también una forma de antagonizar violentamente los valores comunes: el costarricense inmanentemente demócrata. Una afirmación más ideológica no es tan clara: liberalismo y conservadurismo aparecen como posiciones a las que se puede acudir en procura de un sano equilibrio: preocupa el libertinaje, tanto como el fundamentalismo.

25 Remito solamente a dos contribuciones: una seminal de Norberto Bobbio (1985) quien en *El Futuro de la Democracia* lleva al límite los fundamentos liberales de la llamada democracia procedimental solo para demostrar la distancia persistente de lo enunciado y su aplicación real y para insistir una vez más en su poder transformador de la vida social en su conjunto. Más recientemente, el informe de PNUD (2004) sobre *La Democracia en América Latina*, adjetiva los alcances de la evolución de los regímenes políticos de la región para propiciar cambios en un sentido integral, más allá del método eleccionario, y más cerca de la democracia como forma de organización social.

Tabla N° 4
 Representaciones de desigualdad social.
 Pares categoriales del ámbito político

Políticos y ciudadanos	Demócratas y autoritarios	Liberales y conservadores	Votantes y abstencionistas
<p>JC. Productor agrícola pequeño, Valle Central. No me llevo con lo políticos, realmente los políticos son un engaño. P: ¿Y el ciudadano? J: Es el engañado.</p>	<p>S. Funcionaria pública. Pienso que los demócratas tenemos una virtud, que tenemos voz y voto, en esos otros países se hace lo que dice la persona nada más, vemos, por ejemplo el caso que se está dando en Venezuela con Hugo Chávez</p>	<p>AC. Mujer joven, profesional, hija de inmigrantes chinos. Podría decir que los conservadores de cierta edad para arriba y los liberales los jóvenes, los jóvenes costarricenses se han vuelto muchísimo más liberales en términos de aceptar a otras culturas, aceptar preferencias sexuales, aceptar ideas diferentes. Los conservadores la generación de mamá, papá, abuelos son los que se apegan a los valores viejos de CR, a la forma de funcionar de la sociedad vieja de CR como mamá se tiene que casar con papá para tener un hijo. Los liberales ya ahora pues no juntémonos. La diferencia entre conservadores y liberales puede ser también una erosión de valores pero también es una apertura al mundo que es ahora que es mucho más variado.</p>	<p>AM. Mujer joven, casada con hijos. Me da una furia terrible el que se abstiene (...) porque no cumple con su deber ciudadano y que tenemos todos.</p>

...viene

<p>Políticos y ciudadanos</p> <p>EA. Hombre joven, casado, sin hijos. Yo creo, pues, que los políticos son ciudadanos. Desdichadamente por las situaciones que se presentaron en los últimos años con algunos ex presidentes, pues entonces la gente ha empezado a relacionar, como un sinónimo, que el político es una persona corrupta.</p>	<p>Demócratas y autoritarios</p> <p>C. Mujer adolescente. Estudios sociales, no soporto... No sé.</p>	<p>Liberales y conservadores</p> <p>ED. Capitán de policía. Estoy con los liberales porque hay que abrir las fronteras, siempre con las relaciones del caso, estoy de acuerdo con la apertura, un renacer de las cosas, no todo es estático, todo debe de cambiar, porque si no, no hubiéramos progresado como especie. Hay que abrir, abrir los espacios, tener nuevas visiones, nuevos pensamientos. Más que todo sería estar con los liberales en el campo ideológico, tal vez no en la parte comercial o la parte económica porque todavía como Estado o como nación no estamos preparados para una apertura comercial completamente.</p>	<p>Votantes y abstencionistas</p> <p>AC. Hija de inmigrantes chinos. Lo bonito en CR es que te pide y se fomenta que ejerzas ese voto, el abstencionista se ve como una persona que no está ejerciendo su deber como ciudadano y estando en un lugar donde no se vota que es Macao y estando aquí, veo la diferencia.</p>
<p>H. Maestra de segundo grado. Más que todo es una diferencia de intereses. Los políticos tienen más que todo interés material, de provecho de ellos, beneficio de ellos, estar mejor y como siempre ver que partida sacan, que tajada sacan de todo. Mientras que el ciudadano generalmente es el ser inocente, el ser ingenuo que todavía tal vez tiene un poquito de esperanza a pesar de tantas decepciones que ha visto.</p>	<p>Cr. Hombre gay. Gracias a Dios por la democracia, porque realmente eso nos ha ayudado a que nuestros políticos no se hagan dictadores verdad, porque ya quisieran...</p>	<p>H. Maestra de segundo grado. Los liberales tratan de renovar las cosas, hacer cosas diferentes, cambiar las ideas, las rutinas y el conservador el que trata de mantener algo que se ha venido dando, una costumbre. Ahí debe haber un equilibrio porque no puede uno esperar arraigarse a algo que está obsoleto y no cambiarlo con el tiempo, es como que yo diga no voy a usar luz eléctrica porque antes no existía</p>	<p>C. Funcionaria pública. Bueno tal vez el abstencionista es una persona herida, una persona que ya desde su niñez le han metido odio en su familia. Casi siempre esas personas que se abstienen de votar le están quitando un derecho al país de crecer.</p>

...sigite

...viene

Políticos y ciudadanos	Demócratas y autoritarios	Liberales y conservadores	Votantes y abstencionistas
<p>N. Campesino Valle Central ...de los políticos digamos que de todos no se hace uno. En el momento en que están en una campaña política pulseando para llegar al poder, hasta por aquí andan... pero era solo para engañarlo a uno, mientras que uno se iba como por el voto. Pero sentados en el puesto se olvidaron.</p>	<p>JF. Alto funcionario público. Yo creo que el costarricense espontáneamente es un demócrata.</p>	<p>IS. Pequeña empresaria turística. Pacífico Sur. Me quedo con los conservadores porque en Costa Rica hemos tenido costumbres, hábitos muy lindos que son como un recuerdo agradable. La otra corriente, de liberalismo, a veces se va la mano y no es correcto como tan desenfrenado- Es decir, un liberalismo bien dirigido no sería malo, lo que pasa es que ya se llega a libertinaje entonces ya cambia la cosa. Entre libertinaje entonces me quedo con el conservatismo.</p>	<p>D. Adulto soltero alto ingreso. Depende de cada quien, si yo no voto es porque ni uno, ni el otro, no veo el futuro con los que se están presentando entonces me abstengo y el que vota es porque está seguro, ¿no?</p>
<p>SA. Pastor evangélico. Ve los diputados, no todos pero algunos, se venden al mejor postor, no aprueban las leyes.</p>	<p>ML, empresaria. Aunque yo soy de formación democrática a veces siento que nos metemos en unos entabamientos, que yo quisiera un Pinochet unos cuantos años aquí para que cierre las fronteras.</p>	<p>ML. Empresaria. Soy más orientada a los esquemas productivos y medio tirada hacia la derecha, pero eso es un tema que yo creo que para distribuir la riqueza hay que crearla. Sin embargo de los conservadores hay que cuidarse del fundamentalismo. Yo me cuidaría de eso.</p>	<p>AS. Ciudadano de origen extranjero, profesional. Votar es un deber para cualquier ciudadano pero si existe abstención hay que ver la causa.</p>

...sigue

...viene

Políticos y ciudadanos	Demócratas y autoritarios	Liberales y conservadores	Votantes y abstencionistas
<p>T. Empleada de comercio. Políticos son las personas que quieren tomar en sus manos el país, ya a veces no saben nada, sinceramente. O son las personas en las que el ciudadano tiene la fe de que van a sacar adelante. O son las personas que prometen que van a quitar la pobreza o que van a hacer esto o lo otro y al final no hacen nada. Entonces a veces están ellos por sus propios intereses.</p>	<p>R. Alto funcionario público. Los términos se utilizan interesadamente sobre todo para descalificar y de alguna manera les han vaciado el contenido, se han vuelto slogans, y me parece que eso es muy peligroso, porque hay una diferencia real entre demócratas y autoritarios</p>		<p>EM. Dueña de pulpería, Pacífico Central. Los que se abstienen renuncian al derecho de poder ir a opinar, al valor como ciudadano... soy una persona que tengo mis derechos, yo voy y voto sea lo que sea voy y voto (...) tanto el que no va, tanto el que no se hace valer como ciudadano.</p>
	<p>S. Socióloga Zona Sur. Son los extremos, el autoritario es él que no permite absolutamente nada que no sea lo que él dice, se impone, es una persona que todo tiene que girar alrededor de él. Esos términos no solamente existen a nivel de política, incluso hasta en el aula porque un maestro se expresa en forma autoritaria hacia sus alumnos y subalternos y violenta sus derechos y el alumno tiene que aguantarse hasta que un día explota.</p>		<p>EP. Afrocostarricense, político y empresario. El abstencionismo no resuelve nada, ni ayuda en nada ni hace ninguna diferencia. Si usted no va a votar no pasa nada.</p>

*La representación de la estructura social.
Los ricos, los pobres y la clase media.*

La sociedad igualitaria ejemplar en el imaginario nacional no es necesariamente la sociedad sin clases de la utopía socialista, sino el paraíso de la clase media. Una comunidad donde los ricos y los pobres son excepcionales. Esa imagen maximalista del utopismo costarricense se encuentra con otras representaciones en las que la riqueza se asocia con la herencia y la ventaja adquirida, más que con el esfuerzo propio y el emprendimiento, mientras la pobreza se confunde con la humildad y la austeridad.

Conviven prejuicios sobre los pobres asociados al auto abandono o la insuficiente voluntad para progresar, con manifestaciones conscientes de la discriminación y la forma en que las relaciones sociales obstaculizan el avance de unos y favorecen el de otros. Hay visiones redentoristas de la pobreza porque los pobres saben el valor de las cosas y disfrutan lo que tienen. Las definiciones sobre riqueza y pobreza son volátiles: pocos se definen como ricos y muchos se definen como pobres aunque tengan, por ejemplo, la posibilidad de ahorrar una parte de sus ingresos, lo que los colocaría por encima de la línea de pobreza prácticamente en cualquier definición. Hay, sí, una clara identificación de la educación como mecanismo igualador.

H, maestra de segundo grado en una escuela pública, relata cómo la condición de pobreza destaca o es anotada por el trato entre los propios niños alrededor de cuestiones como la posibilidad de vestir con ropas de marca. Demuestra el valor de políticas igualadoras, como las del uniforme escolar, en la evidencia y el uso de las diferencias sociales:

(Los niños pobres) no dan la misma calidad de estudio. Vienen tal vez sin comer en la noche, sin comer en la mañana, cansaditos, con sueño, pensando también en situaciones que pasan en la casa. No dan el mismo rendimiento. Y cuando hay alguna actividad donde van con ropa corriente, se ve la miseria. Uno trata como docente que ellos no se sientan mal, uno trata que se sientan igual, pero los mismos chiquillos a veces son muy crueles entre ellos para decirse las cosas: “Mi mamá me compró los zapatos de tal marca”: aunque no sean ricos, tal vez de la clase media, pero dicen mi mamá me compró tal cosa, y el chiquito pobre quisiera tenerla también pero no puede. Si con costos el bollito de pan.

N, pequeño agricultor de hortalizas no tiene reparos en considerarse pobre, y piensa que su vida es más tranquila así y que sus posibilidades de convivencia son mejores, porque los ricos viven en la desconfianza. Define un claro antagonismo entre pobreza-tranquilidad y riqueza-desconfianza. Es la imagen, muy propia de la literatura victoriana y de la socialización católica, de la avaricia de los ricos frente la gratitud y conformidad de quienes viven la vida simple.

En el caso de nosotros los pobres yo lo he vivido, tenemos la felicidad más grande: que nos sentamos y comemos y si arroz y frijoles los reparó Dios, los comemos felices y contentos. Mientras que el rico si compró un pedacito de carne se puso a analizar “cuanto gaste en esto”, ó tal vez ni le tomará gusto a esa cena. Porque tanto que tiene ellos que desean tener más. Entonces ellos nunca van a tener la tranquilidad porque ellos van a estar centrados, y eso es un hecho, en “¿qué estarán haciendo los empleados?” Yo me acuesto tranquilo y le pido a Dios que me deje levantarme tranquilo, con fuerza y voluntad para salir adelante, mientras que el rico casi no duerme, cuidando lo que tiene. Después generalmente al rico lo que lo mata es la desconfianza.

Esta imagen empata bien con una visión de la pobreza que, como la de I, empresaria turística pequeña en la zona sur, resulta ser acicate para el progreso. Si en un caso la pobreza redime, en el otro, estimula el emprendimiento.

Si hay una diferencia entre ricos y pobres, pero yo creo que ser pobre es a veces un privilegio porque le da la oportunidad de ver cómo hace, cómo se las agencia para obtener lo que quiere, como sacar su familia adelante, con qué sacrificio. Pero el rico como tiene y no le costó nada... La enseñanza que deja la pobreza porque aprende a manejar mejor el dinero, a disfrutarlo más y al rico en cambio sólo le llega y le llega y lo gasta; es como algo indiferente: pasa y pasa. En cambio el otro está sufriendo pero tiene su mente más activa, más definido qué es lo que quiere, lo tiene más fijo. El rico no piensa porque no tiene necesidad de pensar porque con el dinero casi se puede hacer todo. Entonces no sé francamente si ser rico sería una ventaja, porque para mí el que está luchando es más rico.

Las relaciones, como las percepciones, cambian con el tiempo. RG, representante político de alto nivel, cree que puede hablarse de nueva riqueza y de nueva pobreza. Ilustra algo así como el tránsito de una especie de estado natural de las clases sociales, que por tanto no es confrontado fuertemente, hacia una estructura social construida políticamente que, del mismo modo puede ser desmantelada.

Antes la relación que había entre ricos y pobres era una relación de indiferencia por parte de los pobres, es decir a los ricos como que los pobres no los determinaban. Y los ricos eran personas que hacían un esfuerzo consciente de no marcar sus diferencias, que encontraban que eso era un valor, una virtud en el conducirse de una manera que las diferencias de bienestar no fueran tan evidentes. Ahora hay un segmento de los ricos que cree totalmente lo contrario: que es una virtud mostrar su bienestar y hacerlo de una manera cada vez más ostentosa. Ante eso ha surgido un grupo dentro de los pobres que se distingue del anterior por su oposición militante a eso.

Las representaciones tienden a mostrar una especie de flujo constante entre la pobreza y la condición media, pero un corte más profundo respecto de la riqueza. Algunos que se consideran pobres, aunque no lo sean, o que afirman haber conocido la pobreza, insisten en que el esfuerzo y el ánimo de superación son esenciales para la movilidad social. Otros que conviven con la pobreza reconocen que aunque la convivencia es difícil para los pobres, si se aprovechan las oportunidades se puede salir adelante. El tránsito de la pobreza a la clase media es posible, pero no se advierte continuidad hacia la cúspide de la pirámide, porque la riqueza por lo general se cree que proviene de otras fuentes distintas del esfuerzo personal. MA, es una gerente de empresa privada de alto nivel económico. Para ella la sociedad costarricense es de clase media y la pobreza no es una situación idílica, porque en ella la supervivencia cotidiana deja poco tiempo libre:

Costa Rica todavía tiene una gran clase media, aunque todo el mundo diga que la sociedad se está polarizando, pero todavía hay un grupo importante de clase media acá. Básicamente la diferencia entre la clase media y los pobres, es que la clase media se atreve a soñar y los pobres están tan metidos en su dinámica que ya no pueden ni soñar. O sea la clase media cualquier cosa que se proponga con un poco de esfuerzo lo puede lograr, con ahorro o lo que sea. En la clase pobre entran más en sobrevivencia, sin derecho a soñar.

Quizá la conclusión de este apartado sobre las relaciones al interior de la estructura social, es que la sociedad costarricense se representa tales vínculos a partir de una posición media: no necesariamente objetiva pero sí relacional. Los individuos más pobres que entrevistamos en este estudio se reconocen como tales, pero reivindican su capacidad de crecer, de alimentarse, de gestionar una vida mejor. Los menos pobres vislumbran una sociedad donde la pobreza es minoritaria, como la riqueza. La satisfacción con la vida con frecuencia se relata como el producto del esfuerzo, la voluntad y la conformidad razonable con un estado de vida material, antes que pobre, humilde. La expresión “humildad” enuncia un proyecto de convivencia social que trasciende los niveles socioeconómicos y que resulta contrastante con las tendencias a la soberbia como derecho de los más acomodados.

Las jerarquías y las desigualdades legítimas

La importancia de las jerarquías en las relaciones sociales es que representan una vinculación asimétrica entre individuos, derivada del poder asignado en una comunidad. Esta comunidad puede ser religiosa, escolar, familiar o laboral, incluso deportiva y militar. En este caso hemos indagado sobre las relaciones de poder que se establecen en el trabajo (entre jefes y empleados); en la escuela, entre alumnos y maestras y en la familia (adultos con niños y ancianos y marido y mujer).

La indagación de las jerarquías laborales quiere establecer el grado de conformidad o aceptación que tiene la distinción entre empleados y jefes. En las representaciones indagadas se manifiestan al menos las siguientes explicaciones: quienes se definen como jefes aluden a una relación horizontal y basada en principios menos de mando y más de colaboración, que conviven con una visión pedagógica o paternalista del liderazgo. Quienes no se consideran jefes aceptan la pertinencia de la distinción, es decir consideran legítima la asimetría pero advierten un deber de buen trato y respeto; lo que desde arriba se plantea como colaboracionismo, desde abajo se reclama como respeto al empleado. En suma la desigualdad laboral es legítima pero está gobernada por principios superiores de igualdad de derechos; ello condiciona una autolimitación de los jefes y una actitud reivindicadora de la condición laboral por parte de los empleados. Reclama buen trato quien reconoce el derecho que le asiste. Todo ello, al menos, en el plano discursivo. En la siguiente tabla contrastamos las visiones de jefes y empleados sobre esta relación:

Tabla N° 5
Representaciones de desigualdad social
Desigualdades legítimas: jerarquías laborales

Jefes	Empleados
<p>Bueno para mí eso es una relación muy linda cuando los jefes entienden la labor importante que hace el empleado, que muchas veces si no hay empleados no puede haber negocio pero también viene siempre el poder, la prepotencia del poder, la autoridad del dinero entonces eso sirve para que empiecen a desvalorizar a la persona, o el trabajo de la persona y las relaciones empiezan a ser nada agradables. Inclusive muchas veces hasta el empleado decide irse porque no aguanta al jefe y en los casos contrarios donde estas relaciones son humanas y son sensibles a las necesidades del trabajador, los trabajadores trabajan con más gusto, con más alegría, con sinceridad y hasta protegen a sus patronos y no les gusta que hablen mal de ellos así es que eso depende mucho del jefe que tengan verdad.</p> <p>Empesaria turística.</p>	<p>Si está como jefe es una persona preparada, verdad. Yo creo que tiene que tener buenas maneras de tratar a los empleados.</p> <p>Joven soltero.</p>
<p>El Ministerio de Trabajo educa a las personas -que ayudan a una empresa y uno les llama empleados- que el patrón es el enemigo: "hay que destruirlo porque te oprime, te explota". Cualquier tontería vaya al Ministerio de trabajo, y entonces a los empleados o colaboradores los convierte en estúpidos porque primero la persona que te emplea decentemente, de ahí comen sus hijos, de ese salario come usted, si esa empresa produce y se mejora, usted se mejora también y su familia también. Entonces porque el patrón es el enemigo, el explotador, el verdugo vaya al Ministerio de Trabajo y denúncielo, demándalo. Yo estoy de acuerdo en que no hay que explotar a nadie, pero ese sobreproteccionismo no.</p> <p>Empesario de servicios afrocostarricense.</p>	<p>El jefe es el que tiene la palabra y los empleados los que tienen que obedecer sea como sea. El empleado puede sugerir pero no puede imponer ninguna ley sin la aprobación del jefe. Siempre el jefe está sobre el empleado, por eso existen leyes que protegen al empleado.</p> <p>Joven profesional, hija de inmigrantes chinos.</p>

sigue...

...viene

<p>Bueno, yo no quiero ser jefe. No deseo ser jefe, si soy, es simplemente como un colaborador. Yo trato de que sea una colaboración. Trato primero la negociación y el convencimiento personal, si bien nuestra estructura es bastante vertical trato de que esa estructura no sea tan vertical, ni tan estrecha digámoslo así. Y la verdad es que yo dependo de ellos. Yo soy él que dependo de ellos. La jefatura depende de lo que hagan ellos y entre más motivados estén, yo sé que más trabajo me van a dar, y no solo para mí o las jefaturas, es para toda la población para la que uno brinda el servicio.</p> <p>Capitán de policía.</p>	<p>En mi experiencia he tenido desde buenos jefes hasta el peor jefe del mundo que era una persona que te humillaba, que era malcriado que trataba mal al empleado. Entonces yo creo que a veces hay que tener un poquito de ... o sea pensar en los demás, no sólo en uno mismo. No sé a lo que yo estoy estudiando yo pienso que hay valorar más bien las personas y no darles un mal trato. Eso es lo principal, hacer que la persona se sienta bien en el lugar que está, porque es muy feo que un jefe te trate mal.</p> <p>Joven empleada de comercio.</p>
<p>No hay diferencia, he estado en los dos, he sido empleada y soy jefe desde hace mucho tiempo. Hay que ser hábil para ser jefe -para ser empleado no o sea te gusta o no te gusta y si no te gusta entonces se va para otro lado y ya-. Para ser jefe tenés que ser más hábil porque tenés que tener al empleado contento, tenés que exigirle. Pienso que requiere más, no cualquiera puede ser jefe. Si sos inteligente podrías traer la capacidad de los empleados -o sea de enseñarles muchas cosas-, de que aprendan, de que tengan contactos que talvez en otro lado es más difícil. Yo siento una obligación importante no solo a nivel profesional sino a nivel social, son las personas que tenés más cerca y las que tenés que ayudar.</p> <p>Madre joven, casada.</p>	<p>El jefe está porque una empresa lo necesita, que haya alguien que esté más arriba que los demás, pero que no abuse. Por algo él está ahí y se necesita. En cualquier sector se necesita un patrón. Si no, si hay diez empleados entonces todos los empleados estarían peleando entre ellos. Porque en cualquier lado si usted no se cuida y tal vez un compañero o alguien le cae mal le serrucha el piso. Jefe siempre tiene que haber, siempre tiene que haber alguien a la cabeza, que sepa hacer las cosas.</p> <p>Vendedor ambulante.</p>

En un país que se precia de tener más maestros que soldados, la relación con los docentes está en principio caracterizada por respeto y admiración. Esa imagen persiste pero es también una añoranza de mejores tiempos. Como lo dice E, un hombre joven, casado y sin hijos:

Yo siento que los tiempos han cambiado. En mis tiempos la maestra era realmente la formadora. Era la persona a la que uno le debía todo el respeto. Hoy en día, pues no sé, uno lo ve con los niños que no respetan a los profesores, no respetan a los maestros... Desdichadamente uno ve como que los alumnos ahora no respetan a los profesores y los ven como uno más y no como aquella persona de autoridad, ejemplar que era como un modelo a seguir, que uno veía en aquellos tiempos en la escuela.

En unos casos se añora una relación asimétrica donde el respeto debido por parte de los alumnos manifiesta una relación legítima de mando y control. En ese sentido la erosión del vínculo jerárquico se define como debilitamiento del valor o principio de respeto a condiciones sociales superiores. En otros casos tiende a explicarse como producto del cambio de recursos a disposición de las personas: estudiantes cada vez mejor equipados frente a docentes estancados por la insuficiencia de recursos. Como lo dice SA,, pastor evangélico,

En una zona rural una maestra sabe más que el alumno, en la zona central del país a veces el alumno sabe un poco más que la maestra porque si tomamos la maestra o maestro o profesor o profesora, desde el punto de vista del Ministerio de Educación pública, ellos trabajan siempre con las mismas herramientas, mientras que el alumno la mayoría están metidos siempre en Internet, se aprende más viendo y haciendo, que solamente diciendo sin hacer. El Ministerio de Educación Pública no le dan al profesor las herramientas necesarias, de hecho los profesores trabajan con las uñas.

Hay visiones sobre el vínculo centradas en la tensión del poder y los recursos entre estudiantes y maestros, pero hay otras visiones relacionadas con la violencia y el abuso. Para algunos la experiencia educativa fue un trauma corto y violento antes que una experiencia de aprendizaje y formación. La asimetría aquí se ejerció con la violencia, el abuso y el maltrato, agravado posiblemente por prejuicios culturales y racismo. Un líder indígena relata su experiencia como estudiante:

Cuando tenía 14 años regresé, por la primera escuela que se abrió aquí en Volio. Me costó hablar español, sí... Tuvo que llevarme a mí y a mi papá delante de la junta y llevó otra persona para que tradujera porque me costaba español y me pegaba en la escuela, me pegaba en la casa y yo ya estaba que ya no aguanto más, y ya no aguante.

La situación actual puede haber cambiado para bien, pero en opinión de algunos la violencia sigue siendo un recurso de la relación social entre maestros y estudiantes. Dice una empresaria exitosa:

Yo no quisiera ser maestro porque a las nuevas generaciones no se les puede ni jalar una trenza. A una carajilla malcriada no se le puede jalar ni una trenza. Siento que los profesores son víctimas;

ahora las víctimas de agresión son los maestros. También siento que los maestros están poco preparados, y yo tengo dos hermanas maestras y son personas muy comprometidas y con una formación creo que bastante importante, pero en términos generales, siento que tanto la profesión del maestro se ha debilitado, la calidad, como el respeto del alumno por el maestro.

De esta visión de generaciones en conflicto en el aula puede extraerse un contraste con la visión de las desigualdades laborales. Las primeras, claramente reconocidas, son poco cuestionadas. Los jefes están ahí porque saben, y tienen que ejercer el poder del que disponen, siempre que sea con respeto para los empleados. El orden jerárquico no se cuestiona, lo que sí parece ocurrir con el caso de los maestros; la del aula es una jerarquía en disputa, otrora sostenida por la violencia “pedagógica” (el reglazo) de la tradición hispánica o por la moral ejemplarizante del maestro ideal, el formador, una especie de sacerdotisa (porque son la mayoría mujeres) de la religión secular que es el conocimiento. Hoy no está claro quién puede mandar por la fuerza, quién es el agredido o quién realmente sabe más.

La relación con los adultos mayores es reconocida como una vinculación discriminatoria. Prácticamente sin excepción los entrevistados denuncian el abuso, el irrespeto y el abandono de que son objeto las personas de avanzada edad. Nadie parece interpelado directamente en lo personal. Como si la vivencia entre personas de distintas generaciones fuera una cosa lejana y no cotidiana, la denuncia de la discriminación se localiza en un plano macrosocial. En otras palabras, se reconoce una relación social discriminatoria pero no se alude a una vivencia personal. La vinculación subordinada de los adultos mayores se genera en diversas causas: una relacionadas con el egoísmo o la ingratitud de las familias que desatienden a sus ancianos porque han perdido dominio de sus habilidades físicas y mentales, o simplemente porque ya no pueden trabajar y generar ingreso. En otros casos la privación se asocia con la expansión de la esperanza de vida y el cierre de las oportunidades laborales conforme se avanza en la edad, lo que produce una situación de desempleo combinada con mayor esperanza de vida que limita las posibilidades de realización personal. Finalmente se reconoce que la discriminación y la pérdida de calidad de vida de las personas adultas mayores proviene de la ausencia de políticas públicas orientadas a su atención. AM lo sintetiza así:

Nos hemos olvidado de los ancianos, nos hemos olvidado por nuestra cultura, de la importancia, la experiencia, la vida tan enriquecedora, de las cosas tan importantes que tienen (que incluso

tienden a convertirse en un niño grandote) y lastimosamente nosotros hemos perdido ese respeto por escuchar. Este corre-corre del día de hoy no nos da la oportunidad de disfrutarlos, oírlos, aprovecharlos, aprender de ellos, de sus historias, experiencias. A mí me produce mucha tristeza porque aunque hoy en día viven más, cada vez les ponemos menos atención y es algo muy triste.

La desvinculación ocupacional, que conduce a esa valoración negativa de la ancianidad, asociada con carga monetaria para las familias y la sociedad, producto de una ideología claramente utilitarista que califica las relaciones sociales en virtud de su capacidad de producción material, o de su vinculación en la estructura económica por medio del empleo, se resuelve “ocupando” en algo a los adultos mayores, en otras palabras produciendo esa vinculación ocupacional que el mercado, “naturalmente”, niega.²⁶

Siento que muchas personas que de pronto se retiraron a los 60 años y ahora la esperanza de vida son los 80, tienen 20 años de su vida ahí como en cuestión. Nosotros estamos pensando en algunos programas para que esas personas puedan ser productivas, porque yo pienso que cuando uno se queda en la casa y como dicen lo que no se mueve se apelota. (Gerente de empresa de alto nivel socioeconómico)

En síntesis, la asimétrica relación social en perjuicio de los adultos mayores se resuelve con una actitud comprensiva, agradecida, respetuosa, por una parte; por otra con un esfuerzo a favor de la reubicación productiva. En un caso la identidad y el derecho provienen de lo que fueron y su experiencia pasada, en el otro del beneficio de una restauración utilitaria.

Las relaciones sociales están marcadas por el tiempo. Cuando entre las generaciones se instalan relaciones de poder, ello se expresa en vínculos adultocéntricos que perjudican las aspiraciones de equidad de quienes son más jóvenes, o como hemos visto, más viejos.

26 Aunque las personas estén físicamente aptas para el trabajo, e incluso dependiendo de las ocupaciones, estén en mejores condiciones que personas de menor edad, la tendencia es a contratar menos conforme al aumento de la edad en relación con costos económicos asociados a incapacidades y enfermedades potenciales. La paradoja de la ocupación en las sociedades como la costarricense es que la edad óptima de contratación baja tendencialmente, lo que hace difícil la ocupación para las personas superados los cuarenta años, y entretanto la esperanza de vida aumenta casi hasta ochenta años. De modo que, con mala suerte, alguien descartado desde los cuarenta puede quedar inactivo por la mitad de su vida.

Interrogados sobre las relaciones con los menores, niños, niñas y adolescentes las representaciones parten de una desigualdad natural, de una asimetría biológica que pareciera no tener implicaciones sociales, culturales o políticas. Los menores son diferentes porque son menores pero nada más. Tienen en cuenta además, el grado de desarrollo de las instituciones públicas y las políticas orientadas a la promoción y exigibilidad de los derechos de los menores.

Ocasionalmente se manifiesta con claridad, nostalgia por un pasado donde el poder de los adultos podía ejercerse autoritariamente y por medio del uso de la fuerza. Las expresiones de este líder indígena no corresponden solamente a una construcción étnica del vínculo etéreo y de la subordinación adultocéntrica; es posiblemente una imagen que subsiste aún cuando expresarla se considere políticamente incorrecto. La imagen del PANI como freno al abuso es paradójicamente interpretada como problema antes que solución:

Ahora un papá, una mamá no puede pegar al niño, porque le pega y entonces dice "yo voy al PANI a decirle". Entonces fueron a decir y el PANI viene, lo investiga y comienza a decir "Usted no debe pegar al niño. Luego si no hace caso lo llevan aparte, llevan a los niños para decir que no pueden castigarlos. ¿Cuál es entonces la educación? Por eso hoy los jóvenes, los niños que están creciendo, no respetan mamá, no respetan al papá, no respetan al abuelo y mucho menos a la abuela. Yo creo que eso no era antes. Antes estaba el papá, está el tío, la tatarabuela, las tías, todos los que le digan levantan la faja y les pegan, entonces el niño respeta porque saben que están en manos de ellos mayores. Y lo que yo hago me pegan, entonces ya le digo, eso se ha venido cambiando. Entonces ahora los niños desde pequeñitos, te quieren gritar, te gritan, te hacen lo que te quieren decir y hasta que te da vergüenza y otros dicen mira como ese niño le grita a su mamá y si le quiere hablar vulgaridades, lo habla en público, inclusivamente ese tema.

El reconocimiento social de los derechos de los menores, produce una tensión con la cultura habituada a la asimetría en la relación con los adultos. Porque no se puede ejercer la "educación" por la fuerza o porque, como dice N, pequeño agricultor del Valle Central, la libertad separa a los menores de los mayores. La independencia derivada de los derechos lesiona la convivencia que solo se entiende en una vinculación vertical de ejercicio del poder desde los adultos:

En el caso de nosotros, nosotros mismos a pesar que éramos tantos, diay donde andaba papá nosotros andábamos guindando de la bolsa del pantalón parecíamos todos chapulines, ahora no. Ahora un carajillo más bien le dice el tata: “¿vamos a tal lado?”, “yo no, yo voy con otros”. Eso olvídense ya no les gusta compartir con los tatas, mientras que antes sí, uno era feliz. En el caso de nosotros íbamos a la escuela y cuando llegábamos, decía mi mamá, ahí está el almuerzo, lléveselo a su tata y nos íbamos y nos quedábamos con él. Ahora no.

Las entrevistas parecieran indicar por otra parte, que hombres y mujeres se representan distinto la jerarquía adultocéntrica o las desigualdades que pueden derivarse de las relaciones sociales de los menores con los demás grupos de edad. Mientras en los hombres, como vimos en las dos citas anteriores hay una nostalgia por el control que corresponde claramente con una percepción de pérdida del poder absoluto del varón en la familia tradicional; en el caso de las mujeres tiende a definirse la relación en virtud de las formas de vivir, localizando las diferencias en lo que se hace y se es en cada etapa de la vida, y menos en las relaciones entre generaciones. Para E, pequeña comerciante de abarrotes, la cuestión es de actitudes esenciales:

Niños... la inocencia, el futuro, cosas bonitas, adulto... a veces nos complicamos mucho la vida porque queremos... nos jodemos la vida solos, mucha complicación.

Para C, una joven adolescente del área urbana, más que una relación jerárquica, el vínculo es un flujo de responsabilidades: del estudio en los menores al trabajo en los adultos:

El niño se convierte en adulto. Los niños siempre tienen que estar al cuidado de alguien. Y yo me imagino, es algo que siempre he dicho, que toda la vida es lo mismo. Digamos uno como niño estudia, y siempre se pasa ocupado, y también como un adulto trabaja; que es como el estudio del niño.

En una sociedad patriarcal como la nuestra, las desigualdades de género son fundamento de asimetrías de poder no solo en el plano social sino en el nivel básico de las interacciones como es la familia. Las relaciones de género matizan todo otro orden de desigualdades como las aquí exploradas: no es lo mismo anciana que anciano; y en la educación se habla del “maestro” cuando la mayoría del personal docente siempre han sido mujeres.

Hemos visto cómo la desigualdad de género emerge en cualquier consulta general sobre las desigualdades sociales, en otras palabras, en las representaciones sociales las desigualdades no son solamente económicas. Aquí se abundará en un par categorial primario como es el de la pareja, en este caso la pareja heterosexual del hogar nuclear, marido y mujer. También indagamos sobre las relaciones entre hombres y mujeres sin vinculación familiar. En la siguiente tabla distinguimos algunas reflexiones de mujeres y hombres sobre la naturaleza de tales vínculos.

Tabla N° 6
Representaciones de desigualdad social
Desigualdades legítimas: jerarquías patriarcales

Sexo	Relaciones de pareja (esposa-esposo)	Relaciones entre mujeres y hombres
Mujeres	<p><i>Es una relación que yo diría maravillosa y muy importante de tener claro los roles de cada uno, que haya comprensión, respeto, sabiduría, mucho apoyo y por otro lado también de que ambas partes se ayuden, porque de lo contrario es un caos, si no hay respeto no hay matrimonio.</i> AM, mujer joven casada con hijos.</p> <p><i>En mi casa es cierto está mi esposo, estoy yo y en mi casa todos somos iguales. El ayuda con el quehacer de la casa el fin de semana que él esta. Si ya cuando me vengo para el trabajo el ayuda a recoger regueros y de todo y ya él le deja adelantadito a la otra. Si yo no estoy tiene que comer, tiene que cocinar. Si yo estuviera trabajando y tengo un trabajo muy pesado, él agarra la casa. Pero no todos los hombres, porque hay unos hombres que son unos machistas, todo es la mujer y la mujer.</i> L, empleada doméstica de origen nicaragüense.</p> <p><i>Amor y guerra, esa es la explicación amor y guerra, no se a veces es lindo a veces no, a veces desea uno tirar todo a la borda y decir hasta aquí no más y sin embargo hay algo una fuerza que dice “no, sigamos” y ahí vamos adelante y vuelve a tratarse ese amor y después se vuelve hacer otra guerra. Es un vaivén, déle para allá déle para acá, pero lindo a la vez también.</i> E, dueña de pulpería, Pacífico Central.</p>	<p><i>Existe mucha desigualdad en el país por el machismo, no aplica a mi medio específico, porque ya somos otra generación más relax, pero sí el hombre en este país todavía es machista, vez en menos y entre más jóvenes son las mujeres no los dejamos pero sí existe la desigualdad.</i> AM, mujer joven casada con hijos.</p> <p><i>Si se oye, digamos, que aquí las mujeres sean, todo como el varón, igual, trabajar igual. Hay mujeres que si tienen que ponerse los guantes se los ponen, pero hay otras que son unas delicadas. El hombre es el que provee y la mujer es la que se queda en la casa, estos roles han cambiado mucho, ahora usualmente son los dos los que trabajan, los dos los que se esfuerzan, pero igual cuando existe alguna clase de responsabilidad con la casa, quien tiene que lidiar con ella es la mujer y cuando es algo financiero el hombre.</i> AC, mujer joven soltera, hija de inmigrantes chinos.</p> <p><i>El hombre dice, por ejemplo, bueno aquí mando yo y aquí se hace lo que digo yo, y nosotras a quedarnos calladas. Y él dice yo soy papá, yo voy a estudiar y el va hacer de todo, mientras que uno en la casa lavando ropa, cocinando, ese el patrón que ha creado la cultura costarricense desde pequeños.</i> C., funcionaria pública.</p>

sigue...

...viene

<p>Hombres</p>	<p>Ya no necesariamente se piensa que la mujer tiene que casarse y dejar de trabajar para que se dedique a sus hijos ni nada, sino que es una cosa como natural: ella tiene su trabajo, ella tiene su trayectoria profesional.</p> <p>Después de un periodo de ajuste en que los hombres de una generación se vieron ante la cruda realidad de que sus mujeres tenían que trabajar y no podía reproducir el esquema de sus padres, estás nuevas generaciones ya tienen con ese esquema y eso a la larga va a generar me parece a mí que mejores parejas, parejas más solidas.</p> <p>RG, funcionario político de alto nivel.</p> <p>Dios puso la autoridad del hombre, la Biblia dice la cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo y la cabeza de Cristo es Dios, es una cadena. Cuando la mujer está por encima del hombre, es una mujer mandona, pero cuando hay mucho respeto, la mujer reconoce la autoridad.</p> <p>SA, pastor evangélico.</p> <p>Generalmente más en el campo, en el campo se vive el machismo y la desconfianza en la mujer: que si sale a Cartago, tal vez a comprar unos zapatos a un güila, ya el marido se queda pensando, -"juepucha, ¿que andará haciendo? "Y mucho menos que la mujer le diga " voy ir a trabajar", igual, por ahí es la estocada más dura.</p> <p>N, pequeño productor agrícola.</p>	<p>En el campo laboral, la mujer es curiosa en la maquila de un producto la mujer da un buen rendimiento y uno lo ve no hay limitaciones algunas en algunos campos. Yo no le veo ninguna desigualdad, las mujeres son a veces más chineadas. Igual que muchas veces las mujeres son muy exitosas porque son muy ordenadas en gran parte de los casos y eso es una gran ayuda para lo que uno hace.</p> <p>J, productor agrícola no tradicional.</p> <p>Yo siento que hoy en día la mujer tiene como más oportunidades de desarrollo. Uno las ve ocupando puestos importantes, tanto a nivel político, como a nivel empresarial. Yo siento que la mujer se ha venido desarrollando. La mujer se prepara más ahora. Antes la mujer era más de hogar. Uno lo ve con los abuelitos, con los papás; antes el hombre era el que trabajaba y la mujer metida en la casa. Ahora uno ve las mujeres en la universidad preparándose. Y es una prioridad en sus vidas. Antes, tal vez, su prioridad era la casa, atender a los hijos y punto. Entonces yo siento que esa formación que la mujer ha ido adquiriendo, pues ha hecho de que hoy en día, esa brecha se vaya reduciendo. Yo siento que la desigualdad ha ido disminuyendo.</p> <p>E, casado sin hijos de zona semi-urbana.</p> <p>¿Por qué las mujeres en igualdad con nosotros? Entonces a ellos nos les gusta, entonces dicen, si las mujeres es en igualdad con nosotros, deben trabajar igual como nosotros, como trabajamos y así cada uno de los que trabajamos dicen eso. Entonces llegan y me preguntan: Sr. T, usted. que piensa: les digo para mí, más igualdad que los hombres. ¿Por qué? Primero: se levanta a las 3 de la mañana, se acuesta a las 11, 12 de la noche, a la hora que termina. Después cuente, si se levanta a las 3 de la mañana, cuantas horas se duerme? Sólo tres horas. Y nosotros nos levantamos a las 5, nos bañamos, agarramos el machete, tomamos café y nos vamos para el monte. Si a las 11 yo me quiero regresar a las 11 yo me regreso a la casa y tengo una hamaca y me dan la comida, yo como y después yo me tiro los pies tranquilo, roncando ahí y ella trabajando y si tiene hijos, muchos más allá.</p> <p>T, líder indígena bribri</p>
-----------------------	--	--

Concerniente a las relaciones entre esposa y esposo, las mujeres reconocen una tensión sustentada en la necesidad de respeto en el trato y cooperación por parte del hombre en las tareas del hogar. La imagen que predomina es la del desplazamiento en un continuo de conflicto, desde el amor al odio; del irrespeto al respeto; de “acá para allá”. En cambio en la representación de los hombres, predomina una pretendida racionalización mayor de los vínculos: las relaciones entre los esposos cambian porque cambia la posición económica de la mujer en la familia y la sociedad; las relaciones son producto de un orden preestablecido en donde debe primar el respeto en el contexto de la dominación masculina. Finalmente, en contextos sociales más conservadores la liberalización relativa de la mujer respecto de la dominación masculina se asocia con promiscuidad sexual. El vínculo marital se explica en razón de motivaciones económicas, prejuicios culturales o reducciones sexistas que ponen menos acento en la tensión que involucra el vínculo, como es el caso de las mujeres.

En un plano más general, donde la consulta remite al vínculo mujer-hombre, indiferente a la condición marital, las mujeres destacan la persistencia de la dominación patriarcal pese a sus esfuerzos, individuales y colectivos, para una mayor emancipación. El reconocimiento de la persistencia del machismo es superior incluso a la valoración de la propia condición social. En contraste los hombres tienden a enfatizar el mejoramiento relativo de la condición social de las mujeres, aunque no dejan de reconocer, en algunos casos, cómo las prácticas machistas, relacionadas con el trabajo dentro y fuera del hogar, plantean una paradoja a las demandas de igualdad frente a los prejuicios machistas.

En ambos casos la percepción masculina retrata la condición jerárquica de la relación: ellos observan mejorías en la condición social de las mujeres y en sus relaciones mutuas desde la comodidad de la posición privilegiada; ellas tienden a denunciar la tensión y la asimetría en el vínculo, aún en condiciones de sana convivencia individual.

CONCLUSIONES

Este estudio se propuso aportar elementos para el reconocimiento del estado actual de las representaciones sobre desigualdad social en Costa Rica. Dada la ausencia de precedentes analíticos directos que permitan por ejemplo establecer hipótesis asociadas a modelos económicos y percepciones de desigualdad, las interrogantes que el estudio ha pretendido contestar están más bien referidas al tipo de variables que pueden introducir modificaciones en esas representaciones. Por ejemplo cuestiones asociadas a las diversidades de género, etnia, nivel socioeconómico y a la forma en que interactúan como productores o difusores de determinadas imágenes sociales sobre la desigualdad. El objetivo general ha sido descifrar las representaciones dominantes entre los costarricenses sobre la desigualdad social, para lo cual se procuró a) establecer las formas de la definición social de las causas y manifestaciones de la desigualdad, b) estudiar las percepciones sobre el cambio y la continuidad en los patrones de desigualdad social en el país y c) analizar las valoraciones sobre desigualdad, normas e instituciones a fin de identificar umbrales de tolerancia a las desigualdades sociales percibidas.

El método de la investigación combinó el análisis documental de fuentes bibliográficas destinado a caracterizar la historia de las representaciones sobre igualdad en la sociedad costarricense, para en un segundo momento cotejar ese recorrido con entrevistas en profundidad a 30 personas representantes de diversas posiciones sociales.

Las principales conclusiones del estudio son las siguientes:

1. Entendida en clave de desigualdad, es decir de la forma en que se procesan las ideas de equidad y su influencia en el pensamiento convencional y dominante, pueden distinguirse cuatro períodos en la historia costarricense. El primero que abarca desde la

constitución de la República hasta finales del Siglo XIX se caracteriza por la “construcción” de un referente igualitarista para la definición de la nación y la sociedad costarricense. El segundo que va desde principios del Siglo XX hasta la década de los 40, se caracteriza por la “invención” de la desigualdad como herramienta esencial para el fundamento político e ideológico de luchas sociales y movimientos políticos. El tercero que coincide con la era conocida como la II República, se caracteriza por la consolidación de la sociedad de clase media, como expresión de la victoria final de un proyecto igualitarista. El cuarto y último período, abarca la época de la liberalización económica que se inicia con la crisis de los años 80 y se proyecta hasta la actualidad; se define por la ampliación del margen de tolerancia social ante manifestaciones crecientes de inequidad derivado de la implantación de una filosofía individualista-posesiva.

2. Las personas entienden la desigualdad como una condición distributiva, relacional. La desigualdad, de lo que sea, indica que hay unos con mucho y muchos con poco. Pero en general no puede decirse que la respuesta inmediata alude a riqueza o pobreza material. Se refieren en múltiples formas a la disposición de recursos tangibles o inmateriales: reconocimiento o discriminación, incluso el trato aparecen enunciados como elementos definitorios de la desigualdad.
3. La definición de lo que se entiende por desigualdad está asociada a la valoración de sus causas. En términos generales se reconoce una forma socioeconómica de la desigualdad centrada en la distancia entre ricos y pobres, luego la definición de causas califica el tipo de desigualdad que se percibe problemática. Procurando una caracterización de percepciones pueden identificarse las siguientes: a) individuo-generada; b) espacial; c) derivada de políticas públicas y d) cultural.
4. La desigualdad no dice solo de relaciones sino de auto-representación. Entendemos el tema de la desigualdad a partir de la posición que creemos ocupar en la estructura social. Pese a las evidentes diferencias de ingreso, educación y estatus socioeconómico predomina en los entrevistados una representación común de sí mismos: *estamos en el medio, somos clase media*, por lo tanto la representación dominante es la de una sociedad que se entiende integrada mayoritariamente por esa clase.

5. Las representaciones de igualdades o desigualdades sociales responden a visiones de la forma en que se estructura la sociedad en su conjunto. La primera y más común es de una sociedad jerarquizada verticalmente en relación con posiciones de clase asociadas a la disposición de riqueza. La imagen más recurrida es la de un edificio social cuyas bases están ocupadas por los grupos pobres, de ingreso menor, y la cúspide por los sectores de altos ingresos. Otras visiones de la estructura social pueden ser más complejas pero mantienen esta estructura vertical. La estructura interna del edificio social puede ser polarizada, esto es, dos grandes clases (usualmente los ricos y los pobres) o múltiple, donde predomina la imagen de una clase media significativa. En este caso, siempre dentro de las imágenes verticales jerarquizadas de la estructura social, se pueden vislumbrar múltiples pisos, incluso ocupados por distintas categorías de ingreso.

6. Las visiones objetivas de la historia, que sistemáticamente revelan los rasgos de nuestras antiguas asimetrías, se enfrentan a una dura competencia con una recurrente sobreestimación del pasado. “Todo tiempo pasado fue mejor” y eso vale para las valoraciones sobre la desigualdad social. Las visiones sobre los cambios en la desigualdad del país se mueven entre el análisis de variaciones de la estructura social propiamente, y la valoración de cambios en situaciones sociales que tienen una relación indirecta con la desigualdad social, como en los casos de la violencia o la inmigración.

7. Las representaciones reconstruidas entienden antagonismos políticos sobre la base de una afirmación comunitaria. La vinculación políticos-ciudadanos se define a partir de la convicción de ser parte de una comunidad ciudadana que tiene valores positivos; los políticos tienden a ser traidores de esa condición original: el ciudadano justo y honrado víctima del engaño del político abusivo, mentiroso, utilitario. La comunidad nacional, ese conjunto al que se pertenece, es también definida como democrática y activa, donde lo autoritario se considera ajeno y la abstención electoral, a más de un derecho o una manifestación es también una forma de antagonizar violentamente los valores comunes: el costarricense inmanentemente demócrata. Una afirmación más ideológica no es tan clara: liberalismo y conservadurismo aparecen como posiciones a las que se puede acudir en procura de un sano equilibrio: preocupa el libertinaje tanto como el fundamentalismo.

8. La sociedad igualitaria ejemplar en el imaginario nacional no es necesariamente la sociedad sin clases de la utopía socialista, sino más bien el paraíso de la clase media. Una comunidad donde los ricos y los pobres son excepcionales. Esa imagen maximalista del utopismo costarricense se encuentra con otras representaciones en las que la riqueza se asocia con la herencia y la ventaja adquirida más que con el esfuerzo propio y el emprendimiento, mientras la pobreza se confunde con la humildad y la austeridad.
9. La desigualdad laboral es legítima pero está gobernada por principios superiores de igualdad de derechos. Ello condiciona una autolimitación de los jefes, y una actitud reivindicadora de la condición laboral por parte de los empleados.
10. La del aula es una jerarquía en disputa, otrora sostenida por la violencia “pedagógica” (el reglazo) de la tradición hispánica o por la moral ejemplarizante del maestro ideal, el formador, una especie de sacerdotisa (porque son la mayoría mujeres) de la religión secular que es el conocimiento. Hoy no está claro quién puede mandar por la fuerza, quién es el agredido o quién realmente sabe más.
11. Las relaciones sociales están marcadas por el tiempo. Cuando entre las generaciones se instalan relaciones de poder, ello se expresa en vínculos adultocéntricos que perjudican las aspiraciones de equidad de quienes son más jóvenes, o como hemos visto, más viejos. Interrogados sobre las relaciones con los menores, niños, niñas y adolescentes las representaciones parten de una desigualdad natural, de una asimetría biológica que pareciera no tener implicaciones sociales, culturales ni políticas. Los menores son diferentes porque lo son, pero nada más. Tienen en cuenta además el grado de desarrollo de las instituciones públicas y las políticas orientadas a la promoción y exigibilidad de los derechos de los menores.
12. En una sociedad patriarcal como la nuestra, las desigualdades de género son fundamento de asimetrías de poder en el plano social y en el nivel básico de las interacciones, como es la familia. Las relaciones de género matizan todo otro orden de desigualdades como las aquí exploradas: no es lo mismo anciana que anciano; y en la educación se habla del “maestro” cuando la mayoría del personal docente siempre han sido mujeres. Se trata eso sí de una vinculación jerárquica establecida por arreglos culturales

patriarcales ampliamente aceptados en el curso del tiempo. De ahí que el reconocimiento de los cambios experimentados en los últimos años se admite como factor de fomento de la tensión entre una demanda emancipadora y un dominio masculino, cómodamente matizado por la tolerancia de grados de autonomía económica y social.

Esta es obviamente una aproximación parcial a un fenómeno de vínculos asimétricos que abarca todo orden de relaciones sociales. Se ha querido provocar una discusión sobre la desigualdad social no solamente referida a las diferencias de ingresos o al momento actual, sino expresión de fenómenos complejos de asociación y cambio donde la historia juega un papel fundamental, así como la conciencia individual sobre el entorno que la rodea y sus posibilidades de transformación.

Constatamos con optimismo que las aspiraciones de equidad, si bien no han sido capaces de promover la erradicación de la esclavitud moderna que es la pobreza, han jugado un papel central en los procesos de cambio social y político del país hacia nuevos horizontes de bienestar. El presente no tiene por qué ser excepcional.

REFERENCIAS

- Acuña Ortega, Víctor Hugo. (1996). "Centroamérica. Raíces Autoritarias y Brotes Democráticos." En *Revista Envío Digital*. N°.170. <http://www.envio.org.ni/articulo/217>.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. (1984). *La huelga bananera de 1934*. San José, CENAP-CEPAS.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. (1986). *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: Las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. San José, CENAP-CEPAS.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. (2001). "Comunidad política e identidad política en Costa Rica en el siglo XIX". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*. N°. 2 (julio-diciembre 2001)
- Arias, Oscar. (1977). "El futuro socioeconómico de Costa Rica." En *La Costa Rica del Año 2000*. San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Arriagada, Irma. (2001). *¿Familias vulnerables o vulnerabilidad de las familias?* Santiago, CEPAL-CELADE.

- Botey Sobrado, Ana María. (2005). "Las representaciones sociales de la pobreza en la Costa Rica de la década de 1930." En Viales Hurtado, Ronny J. (Editor). ***Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950.*** San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Carmack, Robert M. (1993). "Introducción: Centroamérica aborígen en su contexto histórico y geográfico" en Carmack, Robert M. Ed. (1993). ***Historia General de Centroamérica, Tomo I, Historia Antigua.*** Madrid, Comisión Especial del V Centenario-FLACSO.
- Castel, Robert. (2004). ***La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?,*** Buenos Aires. Editorial Manantial.
- Castro Valverde, Carlos (et al.). (2007). "Las transformaciones en la estructura social costarricense a finales del siglo XX (estratos socio-ocupacionales en el período 1987-2000)." En Castro Valverde, Carlos (et.al.) ***Transformaciones en la Estructura Social en Costa Rica. Estratos socio-ocupacionales, educación y trabajo.*** San José, Editorial UCR.
- Castro Valverde, Carlos y Gutiérrez Espeleta, Ana Lucía. (2007). "Introducción: La sociedad costarricense en el cambio de siglo y las transformaciones en la estructura social." En Castro Valverde, Carlos (et al.). ***Transformaciones en la Estructura Social en Costa Rica. Estratos socioocupacionales, educación y trabajo.*** San José, Editorial UCR.
- Castro, Carlos. (1995). "Sector público y ajuste estructural en Costa Rica" en Trevor Evans Compilador. ***Las Transformaciones Neoliberales del Sector Público en Centroamérica.*** Managua, CRIES.
- CEPAL. (2006). ***Panorama Social de América Latina.*** Santiago, CEPAL.
- CEPAL. (2007). ***Panorama Social de América Latina.*** Santiago, CEPAL.
- Chou, Diego. (2002). ***Los Chinos en Hispanoamérica.*** Cuadernos de Ciencias Sociales, No.124. San José, FLACSO.

- de la Cruz, Vladimir. (2005). "Pobreza y lucha social en Costa Rica, 1870-1930" En Viales Hurtado, Ronny J. (Editor). ***Pobreza e Historia en Costa Rica. Determinantes Estructurales y Representaciones Sociales del Siglo XVII a 1950***. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Fernández Guardia, Ricardo. (2005a). ***Cartilla Histórica de Costa Rica***. San José, EUNED.
- Fernández Guardia, Ricardo. (2005b). ***Historia de Costa Rica. El descubrimiento y la conquista***. San José, EUNED.
- Fernández Guardia, Ricardo. (2006). ***Crónicas Coloniales de Costa Rica***. San José, EUNED.
- Figueres, José. (1977). "Intervención en mesa redonda." En ***La Costa Rica del Año 2000***. San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Fonseca, Oscar M. y Cooke, Richard G. (1993). "El sur de América Central: Contribución al estudio de la región histórica Chibcha" en Carmack, Robert M. Ed. (1993). ***Historia General de Centroamérica, Tomo I, Historia Antigua***. Madrid, Comisión Especial del V Centenario-FLACSO.
- Guerra Borges, Alfredo. (1993). "El desarrollo económico" en Pérez Brignoli, Héctor Ed. (1993). ***Historia General de Centroamérica, Tomo V, De la Posguerra a la Crisis***. Madrid, Comisión Especial del V Centenario-FLACSO.
- INEC. (2006). ***Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2004***. Principales resultados. San José, INEC.
- Jiménez Matarrita, Alexander. (2005). ***El Imposible País de los Filósofos***. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Kramer, Wendy; Lovell, George W. y Lutz, Christopher H. (1993). "La Conquista Española en Centroamérica" en Pinto Soria, Julio César. Ed. (1993). ***Historia General de Centroamérica, Tomo II, El Régimen Colonial (1524-1750)***. Madrid, Comisión Especial del V Centenario-FLACSO.

- Láscariz, Constantino. (1994). *El Costarricense*. San José, EDUCA.
- Lobo, Tatiana y Mauricio Meléndez. (1997). *Negros y Blancos, Todo Mezclado*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José.
- Maar, Wilhelm. (2004). *Viaje a Centroamérica*. Introducción de Juan Carlos Solórzano F. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Meléndez Chaverri, Carlos y Duncan, Quince. (2005). *El Negro en Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica.
- Meléndez Obando, Mauricio. (1995). *Descendientes mulatos de Juan Vázquez de Coronado*. Trabajo presentado para la incorporación a la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas. s.f. Mimeo.
- Meléndez, Mauricio. (1997). "Las Familias" en Lobo, Tatiana y Mauricio Meléndez. *Negros y Blancos, Todo Mezclado*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- MIDEPLAN- Escuela de Economía UNA. (1992). *Evolución Socioeconómica de Costa Rica: 1975-1989*. San José, MIDEPLAN.
- MIDEPLAN. (2007). *Índice de Desarrollo Social 2007*. San José, MIDEPLAN.
- Molina, Iván. (2001). "Elecciones y democracia en Costa Rica, 1885-1913." *En European Review of Latin American and Caribbean Studies* 70, April 2001.
- Molina, Iván. (2002). "Acuña Ortega, Víctor Hugo: Comunidad política e identidad política en Costa Rica en el siglo XIX." En *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. VII, N° 367, 19 de abril de 2002. <http://www.ub.es/geocrit/b3w-367.htm>
- Molina, Iván. (2005). *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

- Molina, Iván. (2005b). "Cuestión social, literatura y dinámica electoral en Costa Rica (1880-1914)." En Viales Hurtado, Ronny J. (Editor). ***Pobreza e Historia en Costa Rica. Determinantes Estructurales y Representaciones Sociales del Siglo XVII a 1950.*** San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Molina, Iván. (2005c). "Paz social e identidad nacional en Costa Rica durante los siglos XIX y XX. Una introducción al problema. " En ***Istmo Revista virtual.***
- Mora Valverde, Manuel. (1938). ***Por la afirmación de nuestra democracia. Por el progreso y bienestar de nuestra nación.*** Discurso al Comité Central del Partido Comunista. Fronton Jai Alai, San José. 13 de noviembre de 1938.
- Mora, Arnoldo. (1997). ***La Identidad Nacional en la Filosofía Costarricense.*** San José, EDUCA.
- Mora, Manuel. (1977). "Intervención en mesa redonda." En ***La Costa Rica del Año 2000.*** San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Morales Gamboa, Abelardo. (2007). ***La diáspora de la posguerra. Regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central.*** San José, FLACSO.
- Morera, Bernal y Barrantes, Ramiro. (1995). "Genes e historia: el mestizaje en Costa Rica". ***Revista de Historia*** 32. Universidad de Costa Rica.
- OFIPLAN. (1982). ***Evolución Socioeconómica de Costa Rica. 1950-1980.*** San José, EUNED.
- Oliva Medina, Mario. (2006). ***Artesanos y obreros costarricenses. 1880-1914.*** San José, EUNED.
- Oyen, Else. (2003). ***Poverty Production.*** CROP, Working Paper.
- Pérez Brignoli, Héctor. (2000). "Central American Economics, 1860-1940" En Cardenas, Enrique, Ocampo, José Antonio and Thorpe, Rosemary (Editors). ***An Economic History of Twentieth Century Latin America*** (Vol.1) ***The Export Age: The Latin American***

Economies in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries.
Oxford: Palgrave and St. Anthony's College.

- Pérez Brignoli, Héctor. (1994). "Economía política del café en Costa Rica (1850-1950)". En Héctor Pérez Brignoli y Mario Samper. (Comps.) *Tierra, Café y Sociedad*. San José, FLACSO.
- Pérez Saínez, Juan Pablo et al. (2004). *La estructura social ante la globalización: Procesos de reordenamiento social en Centroamérica durante la década de los 90*. San José, FLACSO.
- Pérez Saínez, Juan Pablo y Mora, Minor. (2007). *La Persistencia de la Miseria en Centroamérica. Una mirada desde la exclusión social*. San José, FLACSO
- Pérez, Marian. (2006). "Los impactos perversos de la segregación socioespacial en la ciudad de San José." En Anne Marie Seguin (Editora). *La segregación socio-espacial urbana. Una mirada sobre Puebla, Puerto España, San José y San Salvador*. San José, FLACSO.
- Pinto Soria, Julio César. (1993). –Apendice– en Pinto Soria, Julio César. Ed. (1993). *Historia General de Centroamérica, Tomo II, El Régimen Colonial (1524-1750)*. Madrid, Comisión Especial del V Centenario-FLACSO.
- PROCOMER. (2008). *Exportaciones según Región de Procedencia Geográfica*. http://www.procomer.com/est/mercados/PDF/2006/Modulo%208_regiones%20de%20CR%20de%20origen_2007.pdf
- Rodríguez, Carlos Rafael. (2007). "Estratificación y movilidad socioocupacional en Costa Rica en la segunda mitad del Siglo XX." En Castro Valverde, Carlos (et al.) *Transformaciones en la Estructura Social en Costa Rica*. Estratos socioocupacionales, educación y trabajo. San José, Editorial UCR.
- Rodríguez, Carlos Rafael. (1993). *Tierra de labriegos*. San José, FLACSO.
- Rodríguez Vega, Eugenio. (2006). *Biografía de Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica.

- Rojas Bolaños, Manuel. (1989). *Lucha Social y Guerra Civil en Costa Rica 1940-1948*. San José, Editorial Porvenir.
- Rojas, Margarita y Flora Ovaes. (1995). *100 Años de Literatura Costarricense*. San José, Farben Grupo Editorial Norma.
- Rossi, Ana Cristina. (2002). *Limón Blues*. San José, Alfaguara.
- Seligson, Mitchell, Martínez, Juliana y Trejos, Juan Diego. (1993). "Reducción de la pobreza en Costa Rica: El impacto de las políticas públicas." En José Vicente Zevallos, (ed.) *Estrategias para reducir la pobreza en América Latina y el Caribe*. Quito, PNUD.
- Sojo, Ana. (2007). "La trayectoria del vínculo entre políticas selectivas contra la pobreza y políticas sectoriales." En *Revista de la CEPAL*. 91. Abril.
- Sojo, Carlos. (1991). Costa Rica: *Política Exterior y Sandinismo*. San José, FLACSO.
- Sojo, Carlos. (1997). *Los de en medio. La Nueva Pobreza en Costa Rica*. San José, FLACSO.
- Solís, Manuel Antonio. (1992). *Costa Rica: ¿Reformismo socialdemócrata o liberal?* San José, FLACSO.
- Soto Quirós, Ronald y Díaz Arias, David. (2007). *Mestizaje, indígenas e identidad nacional en Centroamérica. De la colonia a las Repúblicas liberales*. Cuadernos de Ciencias Sociales, No. 143. San José, FLACSO.
- Tilly, Charles. (2000). *La Desigualdad Persistente*. Buenos Aires, Manantial.
- Trejos, Juan Diego. (2007). *Inversión Social Pública en el 2006 y acceso a los programas sociales*. Ponencia al XIII Informe del Estado de la Nación. <http://www.estadonacion.or.cr/Info2007/Ponencias/Equidad/Trejos-2007.pdf>
- Vega, Mylena. (2007). "Evolución de las clases sociales en Costa Rica: ¿Desaparece la clase media?" en Víctor Hugo Céspedes y Ronulfo Jiménez, eds. *Distribución del Ingreso en Costa Rica: 1988-2004*. San José, Academia de Centroamérica.

Viales Hurtado, Ronny J. (2005). "El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica, 1870-1930." En Viales Hurtado, Ronny J. (Editor). ***Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950.*** San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

